POESIAS

DE

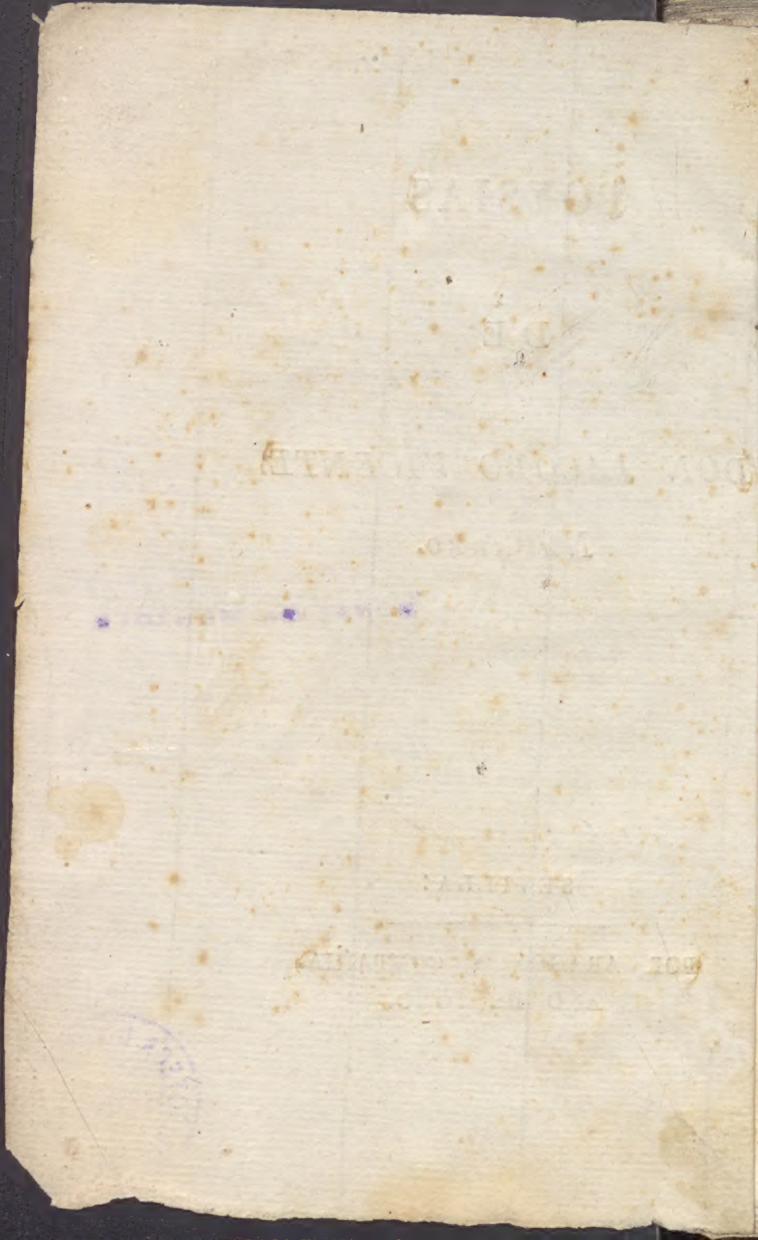
DON JACOBO VICENTE

NAVARRO.

SEVILLA:

POR ARAGON Y COMPAÑIA.
AÑO DE 1820.





PRÓLOGO.

Desde mis primeros años amé la Poesia por instinto; llámolo asi porque en aquella edad en que la razon apénas centellea en nuestras almas, mal pudiera conocer á fondo sus bellezas. Dediqueme á su lectura, la que al paso que ilustró mi entendimiento engendró en mi pecho el fuego del entusiasmo. Animado de él empezé á bosquejar con el tosco pincel de mi pluma los mal trazados conceptos de una débil imaginacion. Mis metros aparecieron informes en su cuna, como todas las producciones humanas, mas despues

la aficion, el estudio y la amena lectura de los mejores modelos en este arte encantador, fecundizaron mi imaginacion, é hicieron florecer algunos mas sazonados frutos. Las diversas situaciones que suelen variar la escena de la vida, han contribuido despues, ó á fomentar mi aficion, ó á impedir su progreso. Esto último acaeció en la precedente desoladora guerra, en que arrancando Marte de mi débil mano la dulce lira, me hizo seguir sus funestas huellas. Restituyómela al fin la paz, y en su tranquilo seno volvieron otra vez á renacer en mi pecho las amortiguadas centellas de aquel antiguo fuego. Empezé á cultivar de nuevo los deliciosos vergeles del Parnaso, en los que cojí por fruto estas humildes flo-

res que ora presento al público. Tú que acaso las estas esperando para derramar sobre ellas el veneno de la sátira, acógelas benigno; míralas con indulgencia, lector amigo, pues con esto al paso que alentaras mis tareas, darás á conocer tu nobleza. Estos cortos rasgos de mi númen no fuéron nacidos tanto para aparecer á la luz pública, cuanto para desahogar con ellos los penosos afanes de la vida. Si, deliciosas ilusiones, vosotras dulcificais sus amarguras. En el pacífico seno de sus hogares ofreceis al ente pensador los mas puros y dulces placeres. El vate dichoso, el hombre por excelencia, embelesado en vuestros encantos se arrebata á espacios imaginarios, su mente creadora

forma mil y mil mundos que él sabe poblar de bellezas, y enardecido del fogoso entusiasmo dá un nuevo pero magnifico aspecto á la naturaleza. El la hace reir en lo mas inculto de sus asperezas, convirtiendo en olorosas flores las punzantes espinas. Todo se embellece bajo su delicado pincel, y á todo comunica los irresistibles hechizos que encantan su imaginacion. El realza la alegria, conmueve dulcemente las pasiones, y modifica las penosas sensaciones del dolor. ¡Oh magia encantadora! ¡oh amable y deliciosa Poesia! ¡destello divinal! ¡arte sobre humano! ¡á tí solo fuera dado tan poderosos efectos! En esta pequeña obrita reuno las dos clases de Poesias lírica y dramática. No he seguido un órden mono-

tono en la composicion de las varias piezas de que consta la primera. Ellas han sido hijas ó de la casualidad, ó de las diversas situaciones de mi alma. Ya en las floridas márgenes del bullicioso arroyuelo he cantado, como Virgilio, la dulce vida de los campos. Ya variando el eco, cual el insinuante Ovidio, he celebrado los placeres del amor, ya los de Baco, como el dulce Anacreonte, y ya, en fin, imitando al lúgubre Tibulo he lamentado con llorosos metros los estragos de la Parca. En el género dramático he dado á luz una Pieza, en la que he procurado reunir en cuanto me ha sido posible todos los preceptos del arte. Feliz yo si en estos cortos trabajos que aventuro á la cen-

sura pública, merezco por premio su aprobacion; en este caso no serán ellos los últimos que le ofrezca, pues siguiendo con ardor la comenzada carrera, iré trepando poco á poco por entre sus escabrosas sendas á la encumbrada cima del Parnaso.

LETRILLAS.

1.ª

Á MIS VERSOS.

Salid ya del seno
de vuestro retiro,
¡oh amigables versos
de mi númen hijos.!
Salid, y si acaso
sois mal recibidos,
decid al que os lea
no aspirais altivos
á que os ciña Apolo
de laurel invicto.
Bien sé que es mi númen
débil y mezquino;
mas por vencer solo
del ócio el fastídio,
por mi torpe musa
fuisteis concebídos,

y en tiempos diversos
sin órden escritos.
De Marte en el campo
muchos habeis sido
trazados á hurtos
del fatal bullicio,
y otros pues en ocios
dulces y tranquilos.
No brilla en vosotros
el vano artificio,
pues sois naturales,
puros y sencillos.
Puros, cual la hermosa
que en mi alma hizo
nacer aquel fuego
de quien fuisteis hijos.
Al fin ya saliis
amables amigos,
del oculto encierro
que os sirvió de de asilo,

Vais á ver el mundo,
mas ¡ay! versos mios,
¿cual pues vuestra suerte?
¿cual vuestro destino?
Sufrireis del necio
dicterios impíos,
del sabio orgulloso
desprecios altivos,
y el áspero ultraje
del mordaz iniquo
que clave en vosotros
el diente maligno.
Quisiera que fuerais
cual los expresivos
de un Petrarca amante,
ó de un dulce Ovidio,
para que cantaseis
mi adorado hechizo.
Si os falta un Mecenas
decid al bien mio

que os acoja afable,
que un mirar benigno
tan solo os dirija,
pues si tal consigo,
de un alto Magnate
el favor no envidio.

LETRILLA

2.a

LA DUDA.

Cuando veo á Mirtilo
yo no sé que siento
que á veces me abraso,
y á veces me hielo.
Si por estos prados
acaso le encuentro,
ya con eco dulce
la flauta tañendo,

ó ya bien cantando
amorosos versos,
dentro allá en el alma
yo no sé que siento,
que aveces me abraso,
y á veces me hielo.
¿Será amor acaso?
mas no, á lo que creo,
por que el amor dicen
que es dulce y risueño,
y es amargo y triste
esto que padezco.
Mas ¡ay simplecilla!
ahora que me acuerdo
segun he oido
á Damon el viejo,
es amor tirano
un muchacho artero
que infunde en el alma
su letal veneno.

Vaya, amor sin duda
es lo que yo siento,
cuando á un tiempo ¡ay triste!
me abraso y me hielo.
Si tal vez Mirtilo
con cuidoso anhelo
de olorosas flores
ciñe mis cabellos,
entónces parece
que un dulce embelezo
hace de alegria
palpitar mi pecho.
Dó quiera que vaya
fijo siempre llevo,
fijo en mi memoria
su amable recuerdo.
Ayer en el prado
me dijo muy tierno:
te adoro, Clorinda ::::
yo me agito :::: tiemblo ::::

no sé que decirle,
le miro, y en esto,
un triste suspiro,
se escapa del pecho.

Desde aqueste instante,
yo no sé que siento,
que al ver á Mirtilo,
me abraso, y me hielo.

LETRILLA

3.ª

La Zagala hermosa,
que el alma adoró
no la quiera nadie,
que la quiero yo.
Cuando al campo sale
mi querido amor,
eclipsan sus ojos
al radiante Sol.

Los prados, y selvas,
llena de esplendor,
como de alegria,
mi fiel corazon.
Si á cantar se pone
con dulce primor,
las aves suspensas
escuchan su voz:
so su pie renace
la marchita flor,
y la clara fuente
al sentir su ardor,
desata en cristales
la elada prision.
Si el fuego atractivo,
de sus ojos vió,
de amor queda herido,
el triste Pastor.
A mi Filis bella,
ninguna igualó,

de cuantas zagalas,
venera el amor,
que en gracias á todas
vence, y perfeccion,
la zagala hermosa,
que el alma adoró.
Del naciente dia,
me halla el claro albor,
ocupada en ella
la imaginacion.
La callada noche
llega, y en mi amor,
en mi dulce Filis,
pensando me halló.
Huye de mis ojos
el sueño veloz,
de aquestos mis ojos,
cautivos de amor.
Y aunque es tan ingrata
á mi fiel pasion,

La Zagala hermosa,
que el alma adoró,
no la quiera nadie,
que la quiero yo.

LETRILLA

4.ª

EL HALLAZGO.

La pastora Elisa,
con ayes muy tiernos,
lamenta perdido,
su amado cordero.
Ya corre afanosa,
por montes, y cerros,
ya baja á los valles,
y prados amenos.
Ya cansada y triste,
sobre el verde suelo

se sienta, y exclama,
¿dó estas mi cordero?
Corderito mio,
tu eras mi consuelo.
Cuando el rojo Apolo,
vibrava severo,
en la estiva siesta
sus ardientes fuegos,
tu triscando alegre,
con rostro halagueño,
tierno y cariñoso,
me buscabas luego,
al pie de la fuente,
consagrada á Venus.
O á la fresca sombra,
del florido almendro,
dó el calor templaba,
del ardiente Febo.
Sobre mi regazo
saltabas ligero,

ya lamias mi rostro,
me llamabas tierno,
con blandos validos,
y ya placentero,
solias divertirme,
con graciosos juegos.
Mas ay! te he perdido,
mi bello cordero!
¿ Que enemigo hado,
que destino adverso,
contra tí ha esgrimido
su rigor funesto?
¿ Si habras sido acaso
de algun lobo fiero,
víctima inocente?
¿ Ó por ser pequeño,
te habras ya cansado
de venir siguiendo,
mis blancas ovejas,
por valles, y oteros?

Si acaso, pastores,
le encontrais, os ruego,
que me devolvais
mi hermoso cordero.
Yo os daré las señas:
Es de rostro bello,
sus rizadas lanas,
manchadas á trechos,
y en su frente apénas
apuntan los cuernos.
Salta como un Gamo,
corre mas ligero,
que corso seguido
de veloces perros.
Mirad cual su madre
bala sin consuelo,
parece le llama,
con tristes lamentos.
Si esto no os conmueve,
yo daros ofresco,

la mejor obeja
de todo mi apero.
Detras de unos mirtos
el pastor Fileno,
que adoraba á Elisa,
todo lo está oyendo.
Salió, y dice, Elisa,
¿que me das, si luego,
te traigo amoroso,
tu amado cordero?
Ella dijo alegre,
todo cuanto tengo.
De cuajada leche,
te doy frescos quesos,
mil frutas sabrosas,
y de vino añejo,
con filete de oro
dos frascos muy llenos.
Ademas hacerte
de lana, te ofresco,

un bordado sayo,
para el frio Invierno.
El pastor amante,
la dice riendo:
nada de eso, Elisa,
nada de eso quiero,
tan solo que humanos,
tus dos soles bellos,
vuelvas cariñosa
al triste Fíleno.
Que no como siempre,
trates con desprecio
las constantes ansias,
de mi fino pecho.
Si asi lo prometes,
no tan solo quiero
entregarte al punto,
tu ansiado cordero,
sino que rendido,
te daré yo en premio,

las dulces caricias,
de un corazon tierno.
La zagala, entónces,
venciste, Fileno,
venciste, le dice,
vé por mi cordero,
que ya mís desdenes,
ceden á tu afecto.

LETRILLA

5.ª

A LA ESQUIVEZ DE UNA DAMA.

Mil veces he visto,
la aurora al nacer,
mas con tu hermosura
¿que tiene que ver?
La fragrante rosa,
gloria del vergel,

con tu amable rostro,
¿que tiene que ver?
El terso marfil,
con tu suave tez
comparado, Nise,
¿que tiene que ver?
La nieve que en copos
se cuaja al caer,
con tus blancas manos
¿que tiene que ver?
El oro de Tibar,
rica esplendidez,
con tus rubias trenzas
¿que tiene que ver?
Los claros luceros
que brillar se ven,
con tus bellos ojos
¿que tienen que ver?
La esencia aromosa
que exhala el clavel,

con tu blando aliento
¿que tiene que ver?
Los ricos panales
de la hiblea miel,
con tus dulces labios
¿que tienen que ver?
Las copias mas bellas
del diestro pincel.
con tu hermosa imágen
¿que tienen que ver?
Mas con tantas gracias,
el diamante cruel,
con tu duro pecho
¿que tiene que ver?

LETRILLA

6.ª

AL AMOR.

Ten ahí tus cadenas
rapazuelo alado,
que solo me has dado
por un bien mil penas.

Toma allá tus gustos,
vuelveme el sosiego,
si has de darme luego
por un bien mil sustos.

Huiré tus encantos,
burlaré tu flecha,
si das de cosecha
por un bien mil llantos.

Y con mañas tales,
¿Dios te llamarás?
mas no, que me das
por un bien mil males.

Tus dichas mezquinas
son harto engañosas;
pues prometes rosas
cuando das espinas.

Rapaz, quien asi
te ve desnudito,
tan lindo y chiquito,
lastima ha de ti.

En mi corazon
por ella te hubiste,
y te me volviste
de huesped, ladron.

De mis verdes años
te ofrecí las flores,
y sembrando amores,
cogí desengaños.

Ya de mis hogares
olvida las sendas,
que no mas ofrendas
daré á tus altares.

LETRILLA.

Á UN HIMENEO.

Hermosas zagalas,
envidia de Abril,
que habitais la márgen
del Guadalquivir,
con festivos himnos
al Dios aplaudid,
que hoy forma amoroso
lazo tan feliz.
Anfriso y Mirtila
gloria del Genil,
¡que par tan dichoso!
Llegad y ceñid
sus hermosas sienes
de fresco alelí.
Mirad á Mirtila,
el rojo carmin

sus labios colora,
su boca al reir
perfuma de aromas
el aura sutil.
Su pecho es de nieve,
que amor dividir
quiso, en dos hermosas
pomas de jazmin.
Sus dientes afrentan
al albo marfil,
y en su faz risueña
se ven competir,
la blanca azucena,
la rosa de Abril.
No ornan su belleza,
y gracias sin fin,
ricas telas de oro,
ni perlas de Ofir.
Sus joyas exceden
lujo tan pueril.

Modestia, inocencia,
fama sin desliz,
virtud, hermosura,
y edad juvenil,
son sus ricos dotes.
Mas el que hoy feliz
llega á merecerla,
digno es de ella, sí.
En el lindo Anfriso
se ven competir
honradez, nobleza,
pecho sin ardid,
apacible trato,
y aire señoril.
¡Que par tan dichoso
que va amor á unir!
El benigno Cielo
les de frutos mil
que hagan sus delicias,
su vida feliz

un conjunto sea
de dichas sin fin.
Aun la misma muerte
tema destruir
los nupciales lazos,
que con himnos mil,
hermosas zagalas
del Guadalquivir,
por su amena márgen
os oigo aplaudir,
diciendo festivas,
que vivan sin fin
Anfriso y Mirtila,
gloria del Genil.

LETRILLA.

Mil veces, Batilo,
me he puesto á pensar
que no hay bien alguno
que no cueste un mal.
Si amor, sustos mil,
temor, si amistad;
si fama, peligros,
si riqueza, afan.
Y entre tantas penas
he venido á hallar,
que el piadoso Cielo
por consuelo dá,
solo la esperanza
de balde al mortal.

ANACREONTICAS.

I.ª

A MIS CANTARES.

No de Pompeyo y Cesar
las armas enemigas,
ni del Macedon fiero
las sangrientas conquistas.
No las guerras de Troya,
ni el tesoro de Midas,
ni el poder del Romano,
ni del Griego las iras,
fiero alumno de Marte
hoy á pulsar me obliga
las mal templadas cuerdas
de mi rústica lira.
¿Qué á mí de que el Romano
sujete al fiero Scita?
¿ni que al Ibero incauto

venza el sobervio Anibal?
Amor y Baco solo
resuenan en mi lira,
que Amor y Baco hacen
felices nuestros dias.
Bulla el vino en la tasa,
y á mi lado Dorila,
alternando los brindis,
entone mil letrillas.
De este modo pasemos
las horas fugitivas,
y el tiempo divertamos
en placeres y risas;
porque al Amor es dado
colmarnos de delicias.
Aquí bajo estas parras,
dó Zéfiro suspira,
ven, y su fresca sombra
gozemos, mi Dorila.
Ven ¡ay! ¿que te detiene?

ven, ven, hermosa mia.
Deja libre el rebaño
pacer en la colina,
y con sediento labio
esta copa vacia.
¡Que dulce está! parece
al ambar que destilan
en el beso suave,
tus labios de ambrosia.
Bebe, bebe de estotra
y á mis amores brinda,
y yo brindo á las rosas
de tu blanca mexilla.
Y cantemos alegres,
y nuestra voz repita,
que vino, amor, y juegos,
hacen dulce la vida.

ANACREONTICA

2.ª

Llena del licor dulce
los cristalinos vasos,
y entre alegres cantares
saludemos á Baco.
Gozosos, mi Dorila,
cantemos y bebamos,
del hijo de Citeres
en los amables brazos.
Coronen nuestras cienes
con mil floridos ramos
las lisonjeras gracias,
y en estos frescos prados
entre juegos y danzas
la tarde divertamos.
Al Dios de amor saluden
de estos bosques los Faunos,

entre tanto, Dorila,
los brindis alternando,
entre amantes placeres
cantemos y bebamos.

ANACREONTICA

3.ª

Dicenme las muchachas,
¿porque en mis verdes años
con dulcisimos versos
celebro al padre Baco?
¿Por que de amor risueño
las delicias no canto,
ni sigo sus placeres,
ni envidio sus halagos?
Mas á eso les respondo,
que amor es un tirano
que nuestra paz inquieta.
Los sonrosados labios

de la niña mas linda,
¿que son si los comparo,
al color de este vino
que arde dentro del vaso?
¿Su voz? su voz no iguala
al delicioso encanto
que halaga mis sentidos,
cuando el zéfiro blando
suspira entre esas vides
con soplo delicado.
Ni los brillantes ojos,
ni el cuello de alabastro,
ni aquel aliento suave
de aromas perfumado,
al placer que recibo
cuando ansioso derramo
en mi sediento pecho
este nectar sagrado.

ANACREONTICA

4.a

Vive el pez en el agua,
en los bosques la fiera,
el ave allá en el aire,
y el hombre acá en la tierra.
La salamandra vive
á las llamas sujeta,
y entre estos elementos
con grande diferencia,
yo vivo, cuando bebo
del rico Valdepeñas.

ANACREONTICA (*)

Cantemos al Dios Baco,
cantemos sin cesar,
pues no hay placer mas dulce
que el beber, y cantar.

¡Que bien que sabe el vino,
cuando se une en la mesa
amistad, y franqueza;
que dulce es el beber!

Su color purpurino
incita á los beodos,
y el vino es de mil modos
el móvil del placer.

(*) *Esta Anacreontica fué compuesta de repente en un convite.*

El manjar delicado
ni agrada, ni es sabroso,
no hay contento, no hay gozo,
si él nos llega á faltar.

Al hombre mas templado
le hace locuaz, valiente,
cuando alegre se siente
de su ardor inflamar.

De cuantas producciones
nos ofrece la tierra,
en él solo se encierra
la excelencia mayor.

En amables reuniones
concilia enemigos,
á todos hace amigos,
é inspira el dulce amor.

Cantemos al Dios Baco,
cantemos sin cesar,
pues no hay placer mas dulce
que el beber y cantar.

ODA.

Tres cosas en el mundo
son las que el hombre ansia,
á saber, Fabio amigo,
riqueza, honor y fama.
Mas para que conozcas
cuanto el mortal se engaña
en amar unos bienes
de tan poca importancia,
lo que ellos son realmente
te diré en dos palabras.
Las riquezas, son humo,
el honor, un fantasma,
y una ilusion brillante
la apetecida fama.
Aunque posea juntas
prendas tan estimadas,

no lo verás contento,
pues para conservarlas
pierde en cambio el sosiego.
Mas oigo que tu exclamas,
si con tan ricos bienes
felicidad no alcanza,
¿en donde está la dicha?
¡Ay amigo del alma!
en la virtud tan solo
es en donde se halla.

ODA.

Yo ví un dia pendiente
del pecho alabastrino,
de la muchacha Arminda,
una rosa y un lirio.
Las dos preciosas flores,
en el trono divino

de aquel cándido pecho
delicia de Cupido,
en dulce maridage,
obstentaban su brillo.
De la jóven Arminda
á par los dedos lindos,
ví tambien adornados
de mil diamantes finos.
Mas al mirar su rostro,
¡angelical prodigio,
y encanto de Dione!
dige entre mí advertido,
mucho mas que las galas
de inútil artificio,
lucen las simples gracias
de un rostro peregrino.
Pues que en tí, amable Arminda,
desengañado miro,
que adorna tu belleza,
el natural hechizo,

muy mas que los diamantes,
que la rosa y el lirio.

ODA.

Un gracioso Jilguero
en rica jaula está;
que adorna de mil cintas
vistosa variedad.
De un lado el limpio grano,
de otro el claro cristal,
brindando su apetito
dulce sustento dan.
Con delicado esmero
le suele bien cuidar,
de una jóven belleza
el solícito afan.
Mas la pobre avecilla,
aun con fortuna tal,

las mas triste endechas
suele á veces cantar.
Mi pecho asi cautivo
de una amable beldad,
goza cuantos favores
da Amor á desear.
Mas yo cual el Jilgüero
me pongo á suspirar.
Pues en tan bello estado,
y en suerte tan cabal,
á él, y á mí, ¿que falta?
la dulce libertad.

EL AMOR MARIPOSA.

ODA.

Matizada avecilla
que con vuelo sutil,
vagas entre las flores
del ameno Jardin.
Que ya libas el nectar
al purpureo alelí,
ya respiras el ambar
del cándido jazmin.
Ó enamorado rondas
la rosa carmesí,
que entre las esmeraldas
despliega su carmin.
Mas tanta alada pompa,
ramillete de Abril,

en la ardorosa llama,
viene incauta á morir.
Cual á tí te acontece
¡avecilla infeliz!
al hombre acaecer suele
en la edad juvenil,
que de una á otra belleza
vaga alegre y feliz,
hasta que alguna de ellas
le viene el alma á herir,
y á probar llega entónces,
rendida la cerviz,
que al mas voluble pecho
vence el amor al fin.

ODA.

Á DORILA.

¿No adviertes, mi Dorila,
cuanto placer nos causa,
ver bullir en la arena
las cristalinas aguas?

¿No miras cuan gozosas
al despertar el alba,
vagan entre las flores
las placenteras auras?

¿No ves cual en los prados
entre verde esmeralda
su carmin nos obstenta
la rosa nacarada?

Pues, amable Dorila,
mas dulce es á mi alma,
el gozar de tus ojos
una tierna mirada.

O D A.

A la modesta Doris
dige la otra mañana,
¿cual es la mejor prenda
que á una jóven esmalta?
Respondió, la hermosura.
Contestele, te engañas.
Replicome, el talento.
Otra hay mas estimada.
¿Las riquezas? tampoco.
Pues sino ¿cual? acaba.
Yo la dige, riendo,
la honestidad, muchacha.

Á UN CANARIO QUE SILVIA COGIÓ EN SUS REDES.

ODA.

¿De que, dime, te sirve
incauto pajarillo,
haber surcado el ayre
con revolantes giros?
¿De que tu libre vuelo?
¿Ni ménos, ¡simplecillo!
vagar tan velozmente
del bosque al alto olimpo?
si de Silvia en las redes
con cautela cogido,
entre amargas prisiones
te miras ya cautivo.
Mas ¡ay! ¡ave inocente!
consuelate conmigo,

los dos aun mismo tiempo
la libertad perdimos,
tú en la red de sus lazos,
yo en la de sus hechizos.
Mas ¡ah! ¡que diferencia
del tuyo á mi destino!
Ella alegre y risueña
te dará mil besitos,
te pondrá en su regazo,
y con sus dedos lindos
haciendote caricias,
abrirá tu piquito,
para que en el recibas
el grano nutritivo.
Tal vez cuando esté triste
con tus suaves trinos,
volverás á su pecho
el contento perdido,
y llenarás su alma
de dulce regocijo.

¡Ay ave venturosa!
¡ay feliz pajarillo!
¡y como por tu suerte
trocára mi destino!
¿Que importa que abandones
en el desierto nido
á la consorte cara,
si los hados propicios
te preparan en cambio
de Silvia los cariños?
En su virgíneo seno
hallarás dulce asilo,
donde yo solo encuentro
rigores, y desvios.
Si algun dia los Cielos,
¡los Cielos compasívos!
la libertad te vuelven:::::
¡ay! ¡que alegre y tranquilo
volarás á los bosques,
tornarás á tu nido,

y en él á gozar luego
tus amores antiguos!
La libertad cobrada
á precio de suspiros,
por esos vanos aires
celebrarás festivo,
y cantarás alegre
miéntras yo lloro, y gimo.
Mas ¡ah! ¡que falaz gozo!
¡que iluso desvario!
Ni tu iras á los bosques,
venturoso cautivo,
ni yo lograré nunca
de esa ingrata un suspiro.
Y asi, ave inocente,
consuelate conmigo,
pues que los dos á un tiempo
la libertad perdimos,
tú en la red de sus lazos,
yo en la de sus hechizos.

EL AMOR OFENDIDO.

ODA.

El bello hijo de Vénus
en las frescas praderas,
que con raudal sonoro
el sesgo Bétis riega,
roto cabe él el arco,
truncadas las saetas,
y vertiendo sus ojos
aljofaradas perlas,
suspiraba afligido
sobre la crespa yerba
dirigiendo á su madre
estas amargas quejas:
¿Y por que, dí, consientes
tu que en el Ida fueras

de aquel pastor amante
premiada por mas bella,
què amor ¡ay! tu delicia
á tal estado venga?
¿Á donde está mi imperio
tan temido en la tierra,
de quien hasta en sus tronos
los inmortales tiemblan?
¿Donde, pues, los trofeos
de mis potentes flechas?
¿Que se han hecho mis triunfos,
pues una zagaleja
á usurparme se atreve
mis victorias supremas?
¿Conócesla? Zelinda,
Zelinda es. La mas bella
ninfa que orna de Bétis
las márgenes amenas.
¿Ni quien á su hermosura
igualó de entre ellas?

¿Que es esto madre mia?
¿Porque tu incauta diestra
dió á sus amables gracias
tan activa influencia?
¡Ah cual llenas de encantos
sus miradas risueñas
brillan! Y ni del dia
cuando á rayar empieza
compararseles puede
la luz alba y serena.
Y asi pues ya estas armas
tan inútiles fueran,
si á mi poder antiguo
es que quieres que vuelva,
¡ay! dame acá sus ojos,
y toma allá mis flechas.

MI DESPEDIDA.

¿Que miras, Heloisa,
con tanta suspension?
¿Te late el corazon?
Tu tiemblas ¡ay de mí!

La plácida sonrisa
de tu labio ha fugado,
¿acaso te ha asustado
la gola y el tahalí?

Mas tú bien los conoces
gloria de mis amores,
ellos son precursores
ó de faccion ó marcha.

Dicen con mudas voces
que llegó aquel instante....
Si, á sufrir vá tu amante
la lluvia, el sol y escarcha.

No mas lo estes dudando,
llegó el amargo dia
en que la ausencia impia
nos quiere dividir.

Ya me está reclamando
la caja estrepitosa,
y su voz imperiosa
ó seguirla ó morir.

¡Ay! aguarda inhumana,
¿por que con prisa tanta
asi arrancas mi planta
de este querido hogar?

¡Oh voz dura y tirana
que á obedecer me induces,
y á mi pecho conduces
á un eterno penar!

Mas esos ojos bellos
suspendenme angustiados,
al verlos ¡ay! bañados
de perlas brilladoras.

Sin mí, sin tí y sin ellos,
la vida ha de faltarme
aun ántes de acabarme
las lides destructoras.

Ese dolor deshecho
en lágrimas vertidas,
aumenta las heridas
de mi fiel corazon.

Por tu cándido pecho,
alma de mi existencia,
te juro en esta ausencia
la mas firme pasion.

Antes del Orbe inmenso
claudicarán los eges,
que en mí de encontrar deges
fineza, amor, lealtad.

Primero al golfo denso
faltará la ola fria,
el resplandor al dia,
y al Cielo magestad.

Que estos eternos lazos
de mi fé verdadera,
corte la segur fiera
de la ausencia cruel.

Lo ofrecí de tus brazos
en la inviolable ara,
y que ¿mi amor osara
llegarte á serte infiel?

En marchas, campamentos,
sitios, ó guarniciones,
batallas y facciones,
jamas te olvidaré.

Y hasta aquellos momentos
al sueño concedidos,
velando mis sentidos
á tí consagraré.

Tan solo, ídolo mio,
saber que tu me alientas,
en las lides cruentas
recrecerá mi ardor.

Cumpliré el cargo impio
pensando en tí propicio,
y á par el sacrificio
haré á Marte y á Amor.

Mas, á Dios mi delicia,
que ya parte tu amado
donde al furor del hado
acabe de una vez.

Si á la bala impropicia
que me dará fin cierto,
del campo caigo yerto
sobre la dura tez.

En su faz sangrentada
con incesante anhelo,
reclamando del Cielo
la benigna piedad.

La vista en él clavada,
y el corazon ferviente,
pediré que clemente
consuele tu orfandad.



Mas sus ecos postreros
me dá con ronco acento,
el belico instrumento,
¿que he de hacer? ¡oh dolor!

Tus ayes lastimeros
aqui me están clamando,
allá á un tiempo llamando
obligacion y honor.

¡Quien en tan fiero abismo
dos mitades se hiciera,
y aquí y allá pudiera
con igualdad cumplir!

Pero ¡Cielos! yo mismo
me abato, me estremezco,
y hasta de accion carezco
al quererme partir.

Mas de una ley precisa
sigamos la inclemencia,
pues la dura obediencia
fuerza es me arrastre en pos.



Si, adorada Heloisa,
mis labios homicidas
van á acabar dos vidas
en tan solo un..... á Dios.

LA AUSENCIA.

ROMANCE.

En las floridas riveras
que el plácido Betis baña,
los ojos fijos en tierra
y el pensamiento en Isdaura,
asi, Dalmiro, las penas
de su ausente amor cantaba.
Prados, que un tiempo alegria
mi corazon os prestaba,
flores mis perdidos gozos,
y verdor mis esperanzas.

Fuentes, cuyas claras linfas
mis venturas retrataban,
fugitivas cual vosotras,
empero jamas tornadas.
Aves, que tiernos amores
aprendisteis de mi alma,
cuando los decia gozoso
á mi prenda idolatrada.
Pintadas flores, que un dia
su cien ceñisteis ufanas,

Escuchad las penas
que en mi pecho labra,
el rigor acervo
de su ausencia amarga.

Prados, fuentes, aves, flores,
gloria de mis esperanzas,
¿que negro velo á mis ojos
ha cubierto vuestras galas?
Mas ¡ay mísero! que ausente
aquella que vida os daba,

¿qué puede haber sino penas?
qué, ¿sino tristeza amarga?
Cual suele en la obscura noche
quedar la tierra enlutada,
hasta que vuelve sus luces
el astro de la mañana.
Yo me acuerdo, verde prado,
que sobre tus esmeraldas,
fué un dia en que amor me dió
oir sus dulces palabras.
De aquellos lavios de rosa,
tan cándidos como el alba,
entre dulcísimos ecos
la suave voz desatada,
»tuya es, dijo, mi Dalmiro,
»la constanté y tíerna Isdaura.
Tambien, cristalina fuente,
que entre flores te derramas,
gozé en tu márgen mil veces
de sus plácidas miradas.

Mas como los bienes
tan veloces pasan,
solo de ellos queda
una ilusion vana.

Lleva tú, cáduco Betis,
que al sobervio mar te lanzas,
lleva los tristes raudales
con que mis ojos te bañan.
Lleve el fuego mis ardores,
el viento mis esperanzas,
y á la tierra dé su dicha
quien en la tierra la labra.
Queda pendiente de un sauze,
Lira armoniosa y blanda,
que de mi Bien la belleza
otro tiempo celebrabas.
Venid, venid amadores,
los que cual yo de la amarga
ausencia, llorais los males,
y aprended de mi constancia.

Tres veces sembró de flores
la primavera lozana
estos campos, desde que
lloro ausente de mi amada.
Sin que su preciosa imágen,
en mi corazon gravada
con caractéres de fuego,
jamas borradose haya.

Que de amor constante
la indeleble llama,
nunca apagar pueden,
tiempo, ni distancia.

Cantó, y alzando los ojos
vió al explendido Monarca
del dia, que ya caido
en el hondo mar bañaba
su voladora cuadrìga,
y abandonando la ingrata
orilla, con lentos pasos
se volvió á su triste estancia.

Á LOS DIAS DE ELISA.

Llegó aquel dia glorioso,
tan feliz, como anhelado,
en que tu natal dichoso,
fuera con placer loado,
de mi Númen sonoroso.

Ídolo de mi aficion,
¡con cuanta eficacia envidio
para tan sublime accion,
lo amoroso de un Ovidio,
lo dulce de Anacreon!

Yo quisiera en este dia
á par celebrar propicio,
con sin igual energia,
tu adorable natalicio,
y mi sincera alegria.

¿ Mas que mucho sea extremoso,
objeto de mi recreo,
el regocijo que gozo,
cuando el universo veo,
brillar hoy muy mas hermoso?

Entre purpureos fulgores
vi el Cielo al nacer la aurora
matizado de esplendores,
como cuando Abril colora
las aromáticas flores.

Vi entorno la fresca rosa
revolar con suaves giros
la versatil Mariposa,
en los plácidos retiros
de la selva deliciosa.

Vi del sonante arroyuelo
los bulliciosos raudales,
en quien se retrata el Cielo,
con sus sonoros cristales,
bañar de aljofar el suelo.

Vi triscar el corderillo
por la verde pradería,
y al son de su caramillo,
celebrar tan feliz dia
el alegre pastorcillo.

Mientras que salvas realzadas,
las armoniosas aves,
te hacian enamoradas,
con sus cánticos suaves,
en las frescas enramadas.

El alado Dios de Gnido
abandonando á Citeres,
de mil amores seguido,
y derramando placeres,
vuela á tus plantas rendido.

Y deponiendo la aljaba,
y las flechas insidiosas,
con que sus triunfos cantaba,
de lirio, azucena y rosas,
tus albas cienes orlaba.

En tanto que el dulce coro
de volatiles amores,
pulsando la lira de oro,
tus merecidos loores;
asi cantaba sonoro.

Á la mas bella
de cuantas Ninfas,
celebra Bétis
en sus orillas.
Á la que hermosa,
cual Vénus misma,
y placentera
como las risas,
es de estos campos
gloria y delicia,
venid gozosas
gracias festivas,
y á par cantemos
su feliz dia.
Pues de esta bella

y amable niña,
gloria del Bétis
y sus orillas,
gracias y amores
son la divisa.

De sus ecos repetidos
en el momento cesaron
los dulcísimos sonidos,
mas luego alegres volaron
á sus vergeles floridos.

Y por fin de sus loores
bellas guirnaldas formando,
las gracias y los amores,
fuéron tus cienes ornando
de las mas hermosas flores.

Á ELISA,

QUE SOCORRIENDO Á UN POBRE LLORÓ DE COMPASION.

DECIMA.

1.ª

Trémulo, enfermo y anciano,
vió ayer un mendigo Elisa,
y á socorrerlo con prisa
tendió la piadosa mano.
Lloró á par su pecho humano
movido de compasion,
y esta dulce emanacion
que vertió aquella Beldad,
dió á conocer la bondad
de su amable corazon.

Á FLERIDA.

2.ª

Yo formé una imágen vana
de la mas bella criatura,
dotándola de hermosura
la que ganó la manzana.
Con su pureza Diana,
Palas de ciencia cabal,
todo el gremio celestial
de gracias y perfeccion,
y pensando era ilusion
hallé en tí el original.

3.ª

Encontró Mauricio á Blasa,
ella Dama, y no de estrados,
y él de los muchos ca-sados
de quien hay copia y no escasa.
Al mirar su linda traza
prorumpe el gran majadero,

Blasa aconsejarte quiero
no pases por el Hospicio,
y ella dice, buen Mauricio,
ni tú por el Matadero.

4.ª

Un sordo enfermo vió entrar
al Doctor, y satisfecho
dice, si la toma han hecho
éste me ha de preguntar.
Mi muger podrá informar
replicaré. En esto hermosa
prole le rodea amorosa,
¿Son vuestros? dijo el Doctor,
y él le contesta en su error,
preguntárselo á mi esposa.

5.ª

Entre un manco y una tuerta
la boda se celebraba,

Á FLERIDA.

2.ª

Yo formé una imágen vana
de la mas bella criatura,
dotándola de hermosura
la que ganó la manzana.
Con su pureza Diana,
Palas de ciencia cabal,
todo el gremio celestial
de gracias y perfeccion,
y pensando era ilusion
hallé en tí el original.

3.ª

Encontró Mauricio á Blasa,
ella Dama, y no de estrados,
y él de los muchos ca-sados
de quien hay copia y no escasa.
Al mirar su linda traza
prorumpe el gran majadero,

Blasa aconsejarte quiero
no pases por el Hospicio,
y ella dice, buen Mauricio,
ni tú por el Matadero.

4.ª

Un sordo enfermo vió entrar
al Doctor, y satisfecho
dice, si la toma han hecho
éste me ha de preguntar.
Mi muger podrá informar
replicaré. En esto hermosa
prole le rodea amorosa,
¿Son vuestros? dijo el Doctor,
y él le contesta en su error,
preguntárselo á mi esposa.

5.ª

Entre un manco y una tuerta
la boda se celebraba,

cuyas faltas ocultaba
del arte la mano experta.
Cada cual estaba alerta
de engañarse satisfecho
mas ¡cual quedan en el lecho
cuando el pastel se deshizo,
él viendo un ojo postizo,
ella un brazo contrahecho!

AL SEPULCRO DE UNA JÓVEN que falleció en la epidemia del año de 1819.

En esta fria losa ¡oh peregrino!
Bañado en llanto tu atencion encierra,
Y del mortal en el postrer destino
Vé todo un Cielo combertido en tierra.
Aprende á seguir bien aquel camino
Que no hay remedio si una vez se yerra,
Pues te avisa esta livida belleza,
Cuan fugaz es la mundanal grandeza.

MURIÓ UNA JÓVEN PRIMA MIA

cuyo retrato se sacó ya cadáver. Á su prematura muerte hice las octavas que siguen para inscribirlas en su Prototipo.

Á LA MUERTE DE ALMIRA.

OCTAVAS.

Mortal que fijas los errantes ojos
Á contemplar atento esta belleza,
¿Ves de sus labios los claveles rojos?
¿Ves su gracia, donaire y gentileza?
Pues de la muerte ya son frios despojos.
La inhumana, con bárbara fiereza,
La union rompiendo del mas tierno lazo,
La arrebató del paternal regazo.

¡Jóven dichosa! ¿para que llorarte
Si inmortal brillas en mejor esfera?
De gloria quiso el Cielo coronarte
En la flor de tu hermosa primavera.

Cuando tu Prototipo formó el arte
Mustio cadáver ya tu Beldad era,
Y el trémulo pincel que te copiaba
Á trasladar tu imágen no acertaba.

De luto y orfandad dejas cubierta
La mansion infeliz donde habitaste.
No puede describir mi musa yerta
Cual con tu muerte á todos nos dejaste.
Al alto Empireo, de tu triunfo cierta,
Á gozar las delicias te elevaste,
Y en los horrores de la tumba helada
Nos acuerdas tu fin, y nuestra nada.

Venid ¡oh Ninfas! cuyo encanto admira
El Bétis en sus márgenes frondosas,
Mirad la huesa en que descansa Almira
Rodeada de sombras pavorosas.
Imitad las virtudes que os inspira,
Pues bañado de lágrimas copiosas,
Erígela el amor por mas trofeo
En cada corazon un Mausoleo.

SONETO.

1.º

Á UN ZELOSO.

Sufre, Batilo, interminable pena
El avaro velando su tesoro,
Tambien aquel que por el frágil oro
Al voluble elemento se condena,
El cautivo amarrado á la cadena
El militar tras el clarin sonoro,
La doncella zelando su decoro,
Y el marinero cuando el Noto suena.
Mas aunque el hado con rigor severo
Impele á que los hombres sin reposo,
En el afan de su tormento fiero,
Vivan en este valle luctuoso:
Por el mayor de todos considero,
Tener muger hermosa y ser zeloso,

SONETO.

2.°

LA CASTIDAD.

Como suele risueña y aromosa
Brillar de Mayo en placida alborada
Al soplo de los zéfiros rasgada
En solio de esmeraldas la alba rosa:
Asi ostenta su faz doncella hermosa
Del cándido pudor vestal sagrada, (da
Cuando en su amable pecho aun no mancha-
La casta flor de la inocencia goza.
En sus labios sonrie la alegria,
Y sus vivaces ojos resplandecen
Mas que el lucero embajador del dia,
La virtud y las gracias la enriquecen,
Y aun tiempo su modestia y hermosura
Inspiran el respeto y la ternura.

SONETO.

3.º

EL DESENGAÑO.

Aquel que espera un bien jamas reposa,
Decia un Petimetre almivarado,
Esta noche Luisita me ha citado,
Mas que nunca á mis ruegos cariñosa.
¿En que emplearé la tarde perezosa?
Iré un rato al café, mejor al prado.
¿A la comedia? Sí; muy bien pensado.
No, le haré una visita á Doña Rosa.
Ageno el jóven del futuro daño,
Entre mil dudas sin cesar se agita.
En esto de brasero ¡cruel engaño!
Con su fiero rival miró á Luisita,
Y convencido ya del desengaño,
Á Dios café, comedia, prado, y cita.

SONETO.

4.º

Á LA MUERTE.

¿Porqué á tus filos, Atropos piadosa,
La prosapia mortal tiembla afligida,
Cuando de los afanes de la vida
Solo en tus brazos el descanso goza?
Píntate horrible, macilenta, odiosa,
Y de infectos gusanos corroida,
Sin llegar á advertir que en sí te anida,
Desde que pisa la mansion llorosa.
Solo á cortar el corruptible lazo,
Para elevarla donde tú no alcanzas,
Armas feliz el descarnado brazo.
Pues si las prometidas esperanzas
Gozar tiene en los solios eternales
Primero ha de pasar tus frios umbrales.

SONETO.

5.°

RECUERDOS DE MI JUVENTUD.

Cuando en la edad feliz de la alegria
Eras amor de mi alvedrio dueño,
En tu regazo como en dulce sueño,
¡Cual mi existencia plácida corria!
Fueras entónces la delicia mia,
Pues tu encanto á mis ojos alhagueño,
Bajo las flores del placer risueño
Las pesadas cadenas me encubria.
¡Pasó tan dulce tiempo por mi daño!
Y ya veo sobre mí rápidamente
Aglomerarse un año y otro año,
Quedando solo de aquel bien ausente
Lágrimas de un tardio desengaño,
Que bañan mis megillas tristemente.

SONETO.

6.º

Á LA ESQUIVEZ DE FILENA.

Todo varia en la terrena esfera;
Despues que Enero calma sus rigores,
Vertiendo risas y sembrando flores,
Renace la templada Primavera.
El fructifero Otoño remunera
Del abrasado Estío los ardores,
Y en pos la negra noche entre esplendores
Resplandece la aurora placentera.
Siguen al Boreas auras bonancibles,
Á fortunas contrarias las dichosas,
Y á los amargos, dias apacibles.
Asi truecan de ser todas las cosas,
Ménos para acabarme en cruda pena
El duro corazon de mi Filena.

SONETO.

7.°

Á LA INSTABILIDAD DE LAS GLORIAS HUMANAS.

Envuelta en destruccion, polvo y ceniza,
Yace nuestra existencia transitoria,
Y del hombre mayor la mayor gloria
Con él al frio sepulcro se desliza.
De la fama que al héroe simboliza
Queda tan solo una fugaz memoria,
Y del tiempo enemigo la victoria
Locuaz natura toda nos avisa.
La vana magestad del mortal vano,
Que mas llenó de admiracion la tierra,
¿ En que para ? en ser pasto de un gusano.
El sepulcro fatal todo lo encierra,
En él yacen los inclitos varones,
Los Ciros, Alejandros y Scipiones.

SONETO.

8.o

AL BÉTIS,

Tú que desatas el raudal bullente
Por los últimos términos del dia,
Bañando de argentada pedreria,
Los humidos umbrales de Occidente.
Tú, que progenitor de inclita gente,
De los rios te dan la monarquía.
¡Oh Bétis gloria de la patria mia!
Alza entre todos la cerulea frente.
Plácido corres por floridos llanos,
Dó subalternas ondas te acaudalan,
Retratando los muros soberanos
De Hispali inmortal, á quien no igualan
Las augustas Metrópolis que ufanos,
El Támesis y el Sena circumbalan.

SONETO.

9.º

Corre el mortal sediento de riqueza
Del Austro al Boreas la espaciosa tierra,
Y á los remotos climas se destierra
Del oro tras la pálida belleza.
El que de sabio aspira á la ardua empresa
Busca el tesoro que Minerva encierra,
Y otro codicia que en la infausta guerra
El sacro laurel orne su cabeza.
Cada cual por la senda apetecida
Al templo del honor llegar desea,
Y por felicidad tan fementida,
Con inquietud el hombre se atarea,
Mas en el golfo de la fragil vida,
¿Quien en buscarte ¡alma virtud! se emplea?

SONETO.

10.º

EN LA VIRTUD SE CIFRA LA VERDADERA FELICIDAD.

Reunase en un hombre la riqueza
Que Creso y Midas juntos poseyeron,
La ciencia de los sabios que existieron,
De todos los Monarcas la nobleza:

La autoridad, el fausto, la grandeza,
La esclarecida gloria que adquirieron
Con sus hazañas cuantos héroes fuéron,
Y de Sanson la invicta fortaleza:

Las victorias de un César admirable,
El valor de invencibles Adalides,
Y aquella ilustre fama imponderable

Que en sus doce trabajos ganó Alcides,
Y con todo jamas será dichoso,
Si con tanto poder no es virtuoso.

SONETO.

II.º

Á FLÉRIDA.

Hé aquí, Flerida, el sitio venturoso,
En que á pesar de tu falaz recato,
Pudo mi fiel amor aquel sí grato
Arrancar de tu pecho cauteloso.
Pronunciólo ese labio artificioso,
Mas ¡con cuánto dolor, destino ingrato,
Conocí luego en su mudable trato
De una perjura el corazon odioso!
¿Y qué extrañar? si la sagaz natura
Dió al indómito bruto la fiereza,
Á los floridos campos la hermosura,
Brio al caballo, al ciervo ligereza,
Á la purpúrea rosa la frangrancia,
¿Y á la muger? la frágil inconstancia.

SONETO.

12.º

AL NAUFRAGIO DE VIRGINIA.

Ella es, orilla el mar con alegria
Exclamó Pablo, al ver que hácia el volaba
La nave que á Virginia regresaba.
Ella es, repite. Ven, deseada mia.
La rauda embarcacion que Eolo influia,
Veloz en tanto el piélago surcaba,
Y el suspirado puerto ya tocaba
Cuando le asalta tempestad impia.
Brama el Euro, la mar se ensoberbece,
El marinero y el piloto experto
Su afan redoblan, la borrasca acrece....
Ya entre las ondas el bagel abierto
La desgraciada náufraga perece,
Y Pablo cae sobre la arena yerto.

LA MAÑANA EN EL CAMPO.

Cuando nace en las puertas del Oriente
La precursora de la luz Febéa,
Y saludan las Aves placenteras
Al luminoso dia ¡ó que embeleso!
Cobran los campos su explendor hermoso,
Y las marchitas flores su belleza.
Los amorosos Zéfiros vagando
Por las praderas, de frescor y vida
Bañan los senos del florido bosque.
El tierno corderillo trisca alegre
Á par gozoso de la dulce madre.
Miéntras que el Sol por la frogosa sierra
Sus luminosos rayos resvalando
Cubre los campos de brillantes luces.
De los erguidos álamos las hojas
Por las ligeras auras conmovidas

Forman los sones del amor. La fuente
De verdor coronada se desliza
Por entre limpias guijas murmurando.
Vaga la vista entre las claras ondas,
Que hacen heridas del brillante astro
Reflejos mil con variedad graciosa.
Los bulliciosos Zéfiros sus alas
Bañan en ellas, y con raudo vuelo
Llenos de su frescor van á esparcirlo
Á la amena floresta. El torpe sueño
Desecha el Labrador, y alegre aplaude
Al claro dia que á nacer empieza.
Unce al arado los tardios Bueyes,
Y dá principio á su afanar gozoso,
Miéntras que sus ganados por el bosque
El rústico Pastor á pacer lleva.

Grandiosa se presenta la natura,
Amable empero y placentera rie.
Aquí se oyen las parleras aves,
Allí el balar de la sencilla oveja,

Mas allá del Pastor el dulce canto.
Á otro lado se escucha el sordo ruido
De la cascada que bullente baja
Por entre el peñascal, en donde ufano
Sus raudales desata el arroyuelo.
Ora la vista vagorosa vuele
Por el oculto bosque, ora á los prados
Alegre se dirija, encantadores
Objetos mil el campo representa.
Ya pues notando las lozanas vides,
Entretegidas á los verdes olmos
Sus bellos ramos obstentar pomposas,
Y entre sus hojas el gracioso fruto.
Ya contemplando las diversas flores
Con que natura ornó los frescos prados,
En un dulce placer se baña el pecho.
Todo es belleza. Al despertar el dia
Resuenan en mi oido los sonoros
Acentos del placer. Árboles, prados,
Selvas y bosques, á mi vista rien.

Y yo inundado de un inmenso gozo
Saludo transportado el albo dia
Sobre la fresca y abundosa yerva,
Que en verde alfombra me presenta el prado.
Abandonad, Pastores, el rebaño.
Venid conmigo, y ante el Ser supremo
Al son de vuestras rústicas zampoñas
Himnos mil entonad, dándole gracias
Por sus favores, y aplaudid contentos
El astro que dá vida á vuestros campos,
Bendiciendo la mano soberana,
Que de fecundas luces lo ha ceñido.

EL DESPECHO.

ODA.

No mas ya suspirar, no mas amores,
No mas de un pecho ardido,
Fiel módelo de finos amadores,
El ruego encarecido.
No el desden mas sufrir de una inhumana.
Ni el lloro, ni terneza tan perdida,
Para el rigor cruel de esa tirana.
La ingrata envanecida
Del fiero vencimiento,
Mas su impiedad aumenta, y mi tormento.
¿Hasta cuando el gemir, y ser burlado
De pensamientos necios?
¿Seria que siempre unido hubiese el hado
Mi amor y sus desprecios?

Merced ¡oh Nise! á tu eternal fiereza.
De hoy ya libre al forzoso desengaño
Vencida fué la sin igual firmeza.
¡Oh cuanto, si, mi engaño
Creyó un error terrible,
Si al verte hermosa, te juzgó sensible!
No es que deges de serlo, no, no es eso,
Sino que el agradarte
Le fué negado á quien te amó en exceso.
Nise, ¿nunca ablandarte?
¿Nunca piadosa mas, fiera homicida?
Ese aspecto gentil del Cielo hechura,
Esos tus ojos donde amor anida,
Que expresan la ternura,
Que nos brindan los gozos,
¿Han de ser tan crueles como hermosos?
Del insidioso Dios el voraz fuego,
¿Que Ser hay que resista?
¿Que corazon no se le rinde luego?
¿Que pecho no conquista?

Solo el rebelde tuyo no se inflama.
Y á par del mármol se demuestra helado,
Á su apacible y ardorosa llama.
Permita el Cielo airado,
Si capaz de amar fueres,
Al desden mueras del que mas quisieres.
Y que sea inflexible á tu tormento.
De tu angustiada pena
Jamas escuche el infeliz lamento.
Arrastres la cadena
De un mal pagado amor, triste, abatida,
Y frio despego encuentren tus finezas,
En el ardor de la pasion rendida.
De tiranas bellezas
Seas egemplo infelice,
Que aun tiempo él tuyo su castigo avise.
Tu imágen borraré del pecho mio,
Tu imágen seductora,
Que tan ciego adoró mi desvario.
La senda encantadora,

Que la esperanza me cubria de flores,
Mostraronme de espinas ya sembrada
El triste desengaño, y tus rigores.

Cual Nave contrastada
Del mar bravo al embate,
Rindióse mi constancia á tal combate.

Á Dios, ¡oh Nise! á Dios. A no mas verte.
¡Si el Cielo permitiera
Cual te quise llegára á aborrecerte!
Si esto á mi dado fuera,
De Amor el fatal lazo romperia.
En fiera esclavitud no mas llorara
La perdída quietud del alma mia.
De entónces ¡ay! tornára
A gozar fortunado
De aquella dulce paz que me has robado.

Á LA PAZ.

ODA. (*)

¿ Y podré ya pulsar la suave lira,
Que arrancó Marte de mi débil mano,
Cuando sembró su ira,
Sobre la faz del emiferio Hispano?
¿ Será que vuelva la sublime Clio,
Á influir favorable, cual solia,
La lírica armonia,
Al ya casi olvidado canto mio,
Que otros tiempos el Bétis aplaudia?

(*) *La entrada de esta Oda sirve de invocacion á las Musas, que he tenido abandonadas todo el tiempo de mi carrera Militar.*

Inflamad de mi Númen la vehemencia,
Sacras hermanas del melifluo Apolo,
Pues la dulce influencia,
Recibí un tiempo de vosotras solo.
Volved á recordar benignamente,
Del sueño en que os hallabais sumergidas,
Cuando las pavoridas
Huellas, seguí de aquel que incita ardiente
De los hombres las armas fratricidas.

No alzo hoy el eco por el insidioso
Dios, que de todos tan cantado ha sido.
Tampoco Marte odioso
De mi lira esparcir hará el sonido.
Ni aquella influye mi sonoro acento,
Que fué del sacro Jove producida,
Que no á Deidad mentida,
Ficciones del humano entendimiento,
Ha de ser mi cadencia dirijida.

Es la cándida paz, hija del Cielo,
La que hoy mi voz aplaudirá propicia.
La que huyó de este suelo
Con la santa verdad, y la justicia.
Á ella canto esta vez. Otros mejores
Y muy mas dulce cisnes por el viento,
Con elevado acento,
Esparcirán sus plácidos loores,
Que serán de las musas ornamento.

Brilló en Oriente el suspirado dia,
Que desde los alcázares del Cielo,
Bañada de alegria,
Te devolvieses al humilde suelo.
Apénas con tu luz la tierra heriste,
¡Ay! exclama el mortal, bendita seas.
Tú las pálidas teas
De la ominosa guerra consumiste,
Y de pasados males nos recreas.

Ofrecenos do quier felicidades
Vertiendo dones tu fecunda mano.
En nuestras heredades
La espiga encorva el duplicado grano.
La abundancia se vé por todas partes
Volvernos á colmar de ricos bienes.
Mientras que en nuestras sienes,
Ganado en los sangrientos baluartes,
De altos trofeos el laurel sostienes.

Cíñense de pacíficas olivas
De Minerva los hijos ilustrados.
Las ciencias fugitivas,
Vuelven á florecer en sus estrados.
Vela el guerrero sobre el patrio muro,
Y en él decanta su victoria ufano.
Y del ocio lejano,
En su humilde taller vive seguro,
El industrioso y agil artesano.

El Dios de amor su mirto floreciente
Á los nupciales tálamos enlaza.
Y el dueño del tridente,
Que en círculo espacioso el globo abrasa,
Mira cubrirse de preñadas Naos
Los tersos campos de su mole undosa.
Y surcar vagarosa,
Por la ancha faz de sus inmensos caos,
La veligera selva presurosa.

El Ibero valiente, decantando
Sus brillantes y explendidas hazañas,
Triunfa del fiero bando,
Que asolaba sus fértiles campañas.
Ebrio de gloria en tan sublime dia,
Pulsando con su mano vencedora
La Cítara sonora,
A tí canta mil himnos de alegria,
A tí celebra, de su bien autora.

Tranquilo ya su corazon respira,
Bajo el laurel de la inmortal victoria,
Y cercado se mira
De honrosos triunfos, de contento y gloria:
Y al Cielo pide que su vasta esfera,
De altivos héroes fecundal terreno,
Por siempre sea tu seno,
Volviendo á renacer la edad primera
En que brillaba tu explendor sereno.

Á UNA JÓVEN PRESUNTUOSA,

DESENGAÑANDOLA DE LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA.

ODA.

Cuanto en el Orbe existe portentoso,
Y en mas alta eminencia,
Por muy durable, Flerida, que sea,
Por muy bello y grandioso,
Cede del raudo tiempo á la violencia.
No hay que resista á su furor perverso.
La inmensa copia de fecundos seres,
Que tan varia hermosea
El sensible universo,
Aunque contino renovarse vieres,
Ha de acabar el delicioso curso,
Al revolver del rápido transcurso.

Las mas famosas y altas Monarquias,
Que del Polo á la Aurora,
Al mundo ley y admiracion pusieron,
De los veloces dias
Miserables trofeos son agora.
Los Héroes que á sus armas orgullosas
Vinculada tuvieron la victoria,
Que al Orbe espanto dieron
Con empresas gloriosas
Que eternizan los fastos de la historia,
A pesar de los triunfos de su acero,
Ha hundido el tiempo en el sepulcro fiero.

El claro Sol, Monarca de la esfera,
Brilla ufano en Oriente,
Y efimero de un dia, Ocaso apaga
La explendida carrera.
Si tal sucede en el lucir potente
A objetos tan sublimes, la hermosura,
Que á cada flor de sus fugaces años

Un nuevo estrago amaga,
Que la frágil natura,
Ha rodeado de funestos daños:
¡Como pretendes, dí, Flérida amada,
Sea del tiempo por débil respetada?

¿En que la ilusa vanidad confia?
Si un precioso atractivo,
Del juvenil verdor de tu belleza
Te roba cada dia.
Ese de tu cabello lazo esquivo,
Que en torno ciñe el cuello alabastrino,
Nevados copos, de su ardiente oro
Trocarán la riqueza.
En el rostro divino
Se posará vejez, y con desdoro,
Deslucirán sus pérfidos agravios,
Rosa en megillas y coral en labios.

Desvélase en rendir adoraciones,

Ante tus bellas aras,
Un tropel de amadores obsequiosos.
Mas ¡ ay ! sus oblaciones ,
Trocadas en desprecios las miraras,
Si esa embelesadora gallardia ,
Tu airoso cuerpo de alentar dejase.
Los templos suntuosos ,
Que el amor te erigia ,
El brillante concurso abandonase.
Del fondo oirias lamentando el daño,
Con afligida voz al Desengaño.

Galan la Abeja de las bellas flores
En torno errante vaga ,
Y quien rondarlas viere tan ufana ,
Juzgará que de amores
Con solícito esmero las halaga.
Empero en ello el interes disfraza ,
Su dulzura tan solo es quien la inclina.
Asi la tropa vana

Que en tu fuego se abrasa,
Si ciega adora tu Beldad divina,
Es por coger el fruto manifiesto
Que entre tus labios el deleite ha puesto.

Mostrarte debes de hoy muy mas esquiva
Á los dulces halagos
Con que te brinda tan voluble encanto.
De la edad fugitiva
Teme cauta los súbitos estragos.
Mira lucir apenas una aurora
De la rosa la efimera belleza.
Con su livido manto
La vejez destructora
Un dia cubrirá tu gentileza,
Y ofreciéndole al tiempo sus tributos
Del desengaño cogeras los frutos.

Á LA NOCHE.

ODA.

¡Con que magnificencia el astro ardiente,
Que ilumina la Esfera,
Camina al Occidente
Á terminar la explendida carrera!
Ya en las montañas, del lejano dia
Reflejan los postreros resplandores:
Y raudo vuela el enlutado coche,
Donde con funeral melancolia
En medio los horrores,
Nos aborta la noche,
Del frio Boreas la region umbria.

¡Como descienden sobre el Universo
Las silenciosas horas,
Y van su imperio adverso

Extendiendo las sombras voladoras!
Ya no brillan las cimas empinadas
Del Etna mugidor, y confundidas
De la tierra en los términos extensos,
Están con las llanuras dilatadas
Las montañas erguidas.
Por los aires inmensos,
¡Cual vagan las tinieblas agrupadas!

Iluminando con sus luces bellas
El globo macilento
Las trémulas estrellas,
Brillan en el callado firmamento.
Astros mil con explendida hermosura
Veo centellar sobre el azul del Cielo.
Y tal vez rauda lumbre vagarosa
Rielar en largo surco. En la espesura
Paró su libre vuelo
El ave, y silenciosa
Del armonico canto la dulzura.

¡Oh que horror! Todo en inaccion parece
Sobre la faz umbria,
Apenas enmudece
El resonante estrépito del dia.
Tú ¡Supremo Hacedor! tú solamente
Velas cuidoso en tan augusta calma.
Solo á tí veo en el desierto mundo.
Á tí, gran Dios, que con tu soplo ardiente,
A todo inspiras alma,
Del Cielo hasta el profundo,
Y el Orbe gira so tu pie potente.

Tú ciñeras la aurora explendorosa
De rayos brilladores.
Tú la noche sombrosa
Rodeaste de tetricos horrores.
En la tierra infinita muchedumbre
De flores bellas y árboles criaste.
El ganado tambien que ella sustenta,
Cubriendo el llano y la fragosa cumbre.

Y en los Cielos fijaste
El Sol que nos alienta,
Destello puro de tu excelsa lumbre.

Aunque en el caos universal exista
El Orbe en sombra obscura,
Se presenta á mi vista
Grandiosa empero la inmortal natura.
Mi alma embelesada considera
Del sacro Empireo los celestes velos
Sembrados de brillante pedreria.
La alba nube tambien vagar ligera
Por los tendidos Cielos,
Y admira la armonia
Con que giran los astros por la esfera.

Veo del campo las fértiles alfombras
Cubrir negrores densos,
Y cual las pardas sombras
Divagan por sus ambitos inmensos.

Contemplo al bruto en lobregal clausura,
Quieto el pez en el piélago insondable,
Y las calladas aves en su nido,
Miéntras oigo la voz aspera y dura
Del Buho lamentable,
Y el horrido bramido
Que resuena en la líquida llanura.

¿Y que podrán ser todas las escenas
Que los hombres ofrecen,
Si á vista de estas llenas
De magestad explendida aparecen?
Al momento anonádanse mezquinas
Las invenciones de mayor grandeza,
Cuanto produce el humanal ingenio,
Cuando á presencia de obras tan divinas,
De la naturaleza,
De aquel inmortal Genio,
Hablan las maravillas peregrinas.

Con su opio letal Morfeo baña
Al que habita olvidado
La pagiza cabaña,
Como al que cubre el arteson dorado.
Los sueños soporiferos igualan
El humilde al mayor de los mortales.
¡Oh que imágen tan fiel es en sus brazos
El hombre, á cuando ya le circumbalan
Las teas sepulcrales!
Todos entre sus lazos
El fugaz tiempo de la vida exalan.

En ellos por escala imperceptible
Pasan del lecho al dia,
Como á la inaccesible
Eternidad, desde la huesa fria.
Desque la tetra obscuridad empieza
A dominar, emblema de la muerte
Es el Orbe á mi vista. ¿Que la pura
Beldad del Universo? Su belleza

Sin explendor se advierte,
Cubriendo la natura
El velo funeral de la tristeza.

Á LOS DIAS DE UNA DAMA.

ODA.

Presta á mi Lira, Númen soberano,
Tu enérgica influencia,
Que aunque pulsada por mi débil mano,
Si la inspiras tu plácida cadencia,
Hará con dulce encanto
Brillar las glorias del natal que canto.

Plácido el dia en que el Criador potente,
Adorable Luisa,
Tu sol al mundo demostró en su oriente,

Hoy vuelve á renacer con dulce risa,
Y su alegria excita
Desde el ser insensible al que medita.

Apenas tiende sus nacientes lumbres
Sobre el vasto universo,
Bañando de explendor las altas cumbres,
Cuando las aves en cantar diverso
Le saludan gozosas,
Por los veloces aires vagarosas.

En tanto que las Ninfas placenteras
Del Bétis olivoso,
Llenando de alegria sus riveras,
Al cielo que oye su clamor piadoso,
Estos votos divinos
Le embian de sus pechos cristalinos.

Concede ¡oh Cielo! el favorable auspicio,
Y tus almos placeres,

A la que aplaude su natal propicio.
Y si nuestro clamor escuchar quieres,
Un bien interminable
La extension sea de su vida amable.

Disfrute entre los brazos de Himeneo
Aquellas complacencias
Con que colma este Dios nuestro deseo,
Reproduciendo amables existencias,
Que en virtud y hermosura
Hagan en algun dia su ventura.

Y por siempre la goze el Ser dichoso,
Que en lazo indisoluble
A ella uniera el destino venturoso,
Sin que del hado el influir voluble
Turbe sus dias serenos,
Que brillar vean de delicias llenos.

Asi el coro cantó de estas Deidades,

Cuyos votos ardientes,
Al que antecede á todas las edades
En un punto volaron diligentes,
Y abierto el firmamento::::
Sea asi, pronuncia el divinal acento.

Entónces de placer el Orbe henchido
Te aclama venturosa.
A tí, que en el regazo de Cupido,
de madre á un tiempo y de modesta esposa,
Cumpliendo los deberes,
Heróico Fenix de tu sexo eres.

Á LICIO.

CONVIDÁNDOLO Á GOZAR LAS DELICIAS DEL CAMPO.

Despues que de la Corte fementida,
Dejé, Licio, el tumulto bullicioso,
Y en dulce soledad paso la vida,
De una envidiable paz tranquilo gozo.
De aquella paz de mí desconocida,
Cuando con pie veloz corrí afanoso,
Tras la sombra fugaz de un bien iluso,
Del vano mundo en el babel confuso.

Aquí de vicios la infernal cuadrilla
Jamas fijó su lamentable imperio,
Ni los infaustos males que acaudilla
La tirana ambicion. Este emiferio

Es donde el hombre en igualdad sencilla
Vive, libre del fiero cautiverio
Con que oprimirlo suelen las pasiones,
En medio de las vastas poblaciones.

Sin mirar del magnate el duro ceño,
Ni sufrir al hinchado poderoso,
Les aventajo siendo mas pequeño,
Pues ni vivo envidiado, ni envidioso.
El que se vé de sus acciones dueño,
Ese debe llamarse venturoso,
Y de vida feliz goza propicio,
Quien sabe huir el mundanal bullicio.

Mas que un Palacio explendido á mi vista
Es el hogar pacífico en que moro.
¿Que importa que en su término no exista
El vano lujo, ni el brillante oro,
Si en cambio en él mi corazon conquista
Mucho mas rico y sin igual tesoro,
Pues los placeres faciles disfruto
Que al mortal dá natura por tributo?

Ella siempre magnífica y activa
Me ofrece en las volubles estaciones,
La mas encantadora perspectiva.
Al renovar sus varias producciones
Con igual y sublime alternativa,
En sus vastas y amenas extenciones,
Miro en órden simétrico y diverso,
De bellezas poblado el Universo.

Á penas de la flor las hojas riza
El soplo de la fértil Primavera,
Cuando sus verdes ambitos matiza
De mil colores la feraz pradera.
El insecto que astuto profundiza
La oculta habitacion, la indócil fiera,
Todos dejan su lóbrega guarida,
Y á gozar salen la estacion florida.

Miro el reptil que arrastra por la tierra
De brillantes colores matizado.
¡Oh que belleza en su estructura encierra
Con sabia economia organizado!

Mi entendimiento al observar se aterra
Su número infinito y variado,
Y la igualdad de perfecciones llena,
Que los sutiles miembros encadena.

En toda su extencion se ve poblada
De rizados vellones la floresta,
Y de manchadas cabras coronada
Del alto monte la empinada cresta.
El colorin suave en la enramada
Al dulce ruiseñor se las apuesta,
Y á lo léjos resuenan confundidos
Armonia, brámor, silvo y balidos.

El aura en las floríferas praderas
Se embalsama en esencias aromosas,
Y batiendo sus alas placenteras
Las respiran en las selvas espaciosas.
Del cristalino arroyo en las riveras
Se ven brotar las encarnadas rosas,
El purpúreo alelí, la alba mosqueta,
El turquesado lirio y la violeta.

Cuando brillar entre la seca espiga
En el ardiente Estío el aldeano,
Por premio merecido á su fatiga,
Mira los grupos del dorado grano:
Yo de las selvas á la sombra amiga,
Veolo afanoso en el tendido llano,
De los estivos rayos abrasado,
La fecundante mies cortar doblado.

¡Con que dulce placer reproducido
Vé de la tierra sobre el fértil manto,
Aquel sustento de su afan nacido,
Bañado de sudor, mas no de llanto!
Escuchase en los campos repetido
De la Chicharra el monotono canto,
Cuando en mitad de la espaciosa esfera
El claro Sol dimidia su carrera.

Luego que yá los campos reverdece
Otoño, el dulce nectar purpurino
Que de la ópima vid el fruto ofrece,
Templa del labrador aquel contino

Trabajo, con que al hombre infiel parece
La amarga vida concedió el destino:
Y los afanes del tostado Agosto,
Alegre calma con el suave mosto.

De otras nuevas primicias codicioso,
Unce los tardos bueyes al arado,
Y de su misma madre duro esposo
La prepara al fructifero preñado,
Miéntras el sembrador tras él cuidoso
Vuelve el tesoro donde lo ha sacado,
Pues del fecundo grano deja llenos
Del ancha tierra los abiertos senos.

Cuando del encumbrado Pirineo
Por sobre la cerviz la nieve monta,
Mas que el puro cristal brillar la veo
Desde que nace hasta que el Sol trasmonta.
Tal vez el tiempo en observar empleo
Cual la preñada nuve se remonta
Luego que de la mar la lluvia sorbe:
Cual hace el Boreas retemblar el Orbe:

Despues que la estacion ya se atempera
Compito con los agiles pastores,
En la lucha, en el salto, ó la carrera.
Y si el premio me dan, que es de mil flores
Bella guirnalda, corro á la pradera
Á ofrecerla al iman de mis amores,
Que al mirar en la mano estos despojos,
De gozo brillan sus vivaces ojos.

Ya fatigando el monte con anhelo,
Suelo tal vez abastecer la mesa,
Acechando del ave el libre vuelo,
Ó el tímido conejo en la maleza.
Ya orillas del armonico arroyuelo
Hago del pez incauto rica presa,
Y vèo en las ondas del raudal esquivo,
Un retrato del tiempo fugitivo.

Á mi regreso los manteles cubre
Un sabroso aunque rústico alimento,
El suave nectar de la hinchada ubre,
El cuajado manjar de este sustento,

O aquellos seres que là selva encubre,
Despojos del mortifero instrumento;
Y rebosando la anchurosa copa,
Su licor brinda á mi sedienta boca.

En brazos de aquel Dios me entrego ansioso
Que á los mortales deja inanimados,
Y en blando lecho del descanso gozo,
Entre apacibles sueños regalados.
El extasi tranquilo y delicioso,
Solo interrumpen hasta mí llegados,
Los primeros crepusculos del dia,
Cuando á los campos vuelve su alegria.

Del astro ardiente el apacible aspecto,
Torna á animar las mustias producciones,
Y desde el hombre al desmedrado insecto:
El Orbe todo goza de sus dones,
No hay quien no sienta el poderoso efecto:
Sus rayos en brillantes escuadrones
Por cima las montañas van trepando,
El plácido Universo iluminando.

De la empinada roca veo suspenso
Las encrespadas olas del altivo
Occeano inmortal, y por su denso
Golfo, vagar el leño fugitivo.
Reverberando en el cristal inmenso
El naciente explendor del Sol activo,
Y á par los verdes campos hermosea,
Que en el piélago undoso centellea.

Al ver este espectáculo grandioso,
Mi alma se eleva hasta el autor del dia.
Vuelvome á mi mansion y en ella gozo
De los libros la amable compañia.
En unos me embelesa el cadencioso
Metro, de la dulcísima Poesia.
Otros en el transcurso de la historia,
De altos héroes me acuerdan la memoria.

En ella veo á Curio celebrado,
De labrador sujeto á humildes leyes,
Que obteniendo el supremo consulado,
Despues que en magestad fué igual á Reyes,

Y en la soberbia Roma hubo triunfado,
Volvió tranquiló á manejar sus bueyes:
Y cifrando en vencerse el heroismo,
Fué mas héroe venciéndose á sí mismo.

*Si eres avaro de caudal y honores,
Si mas que disfrutar vida dichosa,
Aprecias de fortuna los favores,
En buen hora te queda en la ominosa
Corte, á sufrir sus crudos sinsabores.
Empero si en mansion tan deliciosa
Es que quieres en paz estar contigo,
Ven á los brazos de tu dulce amigo.

UNA IDEA DE LA ANTERIOR GUERRA.

EPISTOLA Á DALMIRO. (*)

Tus deseadas cuanto amables letras
Desde esa gran Metrópoli de Italia
A mis manos llegaron, cuando menos,
Mi querido Dalmiro, lo esperaba.
Despues de tantos años de silencio,
Cuando ya mis megillas ví bañadas
De la amistad en el ingenuo llanto,

(*) *Esta carta fué escrita en respuesta de otra que recibí de un amigo, residente en la ciudad de Roma.*

Y al Eterno mis sinceras plegarias,
Juzgandote en el seno de la tumba,
Dirigia por tí, por tí elebaba,
¿Vuelvo, pues, á saber que de la vida
Rèspiras aun las apacibles auras?
¡Oh que placer! Me ordenas que te pinte
El estado funesto de la España,
Y que de sus fatidicos sucesos
Te haga, Dalmiro, narracion exacta.
¡Catastrofe horrorosa! que mis metros
En vano, amigo, diseñarte osaran,
Aunque bebiera en el sagrado monte
Los plácidos raudales de Castalia.
Ó que pulsar tal vez me fuese dado
Aquella dulce lira celebrada
Del Griego ilustre que en sublime plectro
Cantó de Aquiles las potentes armas.
Mas ¿quien podrá pintarte, infausta guerra,
Ni describir tan lastimoso mapa
Con sus propios y negros coloridos?

Hablad por mí, columnas de la patria,
Valerosos é impávidos guerreros,
Laureados trofeos de la parca,
Yo os evoco del plácido silencio
Donde reposa vuestra sombra helada.
Mas huid la fatidica presencia,
Y esos rasgados miembros de quien mana
A borbotones la humeante sangre,
Pues bañareis en llanto nuestras almas.
¡Oh Dios! parece que la humana estirpe
Degeneró en feroz y sanguinaria.
Empero ¿que admiramos, caro amigo?
Si á su remoto orígen retrogradas
Se mostrará á tus ojos cual ha sido,
El mundo criminal desde su infancia.
Apénas le alumbró la luz Febéa,
Cuando ya el hombre transgresor se hallaba
De aquella primer ley que el fatal fruto
En que tragó su muerte le privara:
Mirando luego la revelde tierra

En sus tardias lágrimas bañada;
Y afanes y odios y desdicha y males
Circundaron despues su vida amarga,
Pues escrita con lágrimas y sangre
La historia está de la progenie humana.
Tan solo desunion y controversias
Veo desde aquella sociedad primaria,
Al contemplar que cuando allá en su cuna
Reciennacido el Universo estaba,
Una mano cruel selló su triunfo
Con sangre fraternal. De ella bañada
Su aun no poblada faz miró la tierra.
¡La tierra! que despues se vió anegada
En purpureos raudales, cuando en ella
La pálida codicia, la tirana
Ambicion, propagaron su dominio,
Ya me traslade á la opulenta Asia,
Examine los ambitos de Europa,
Recorra las arenas abrasadas
De Africa adusta, ó el espacioso clima

Dó los riscosos Andes se lebantan,
En todas partes se me muestra el hombre
Pródigo en destruir su semejanza,
Bien el que unido en sociedad habita,
Bien el que errante entre las selvas vaga.
¿ Pero que mucho que la tierra asole
La destructora de la grey humana,
La discordia feroz, si cuando el mundo
Se absorvía en el seno de la nada,
Y antes que fuera la mortal estirpe,
En el Empireo vomitó su saña
Las celicas mansiones conturbando ?
Ella del hombre en la infeliz morada
Sembró los tristes llantos, y en su mano
Puso cruel las homicidas armas
Para arruinar el mísero Universo.
Ella es, pues, la que impávido lo arrastra
Á la funesta lid, y del cruento
Armipotente Márte le señala.
La senda horrible, sus sienes coronando

De purpúreo laurel. ¡ Victoria amarga !
¡ Triunfo horroroso! aquel que á tanto precio
En su misma ruina el hombre labra.
Mas al dolor de tan fatal recuerdo,
Perdona, amigo, digresion tan larga.
Cuando tranquilo el valeroso Ibero
En el regazo de la paz gozaba
Los frutos de su industria ó su talento,
Las asperas fronteras vió pobladas
De belicosas huestes. Del Pirene
Trepando el feroz Galo las montañas,
Abanza sus armados escuadrones
Hasta la augusta Capital de España.
Bajo la fé de un amigable pacto
Vió nuestro suelo so su fiera planta,
Escudado del fuero respetable
De una jurada union, de una alianza
Que en su favor ha tiempo habia labrado
El sordido interes. Aquel que alza
Trono de muerte cabe el raudo Sena,

Con doblez ominoso astuto entabla
El pérfido congreso de Bayona,
Y dél llamó bajo amistad falsaria
Al sucesor augusto de Pelayo,
Al que en sus regias manos empuñaba
El cetro de dos mundos, á Fernando,
Que confiado en la real palabra
Halló en vez la fatidica cadena.
De entónces sin Piloto abandonada
En el golfo quedó la triste nave.
Al viudo trono y la nacion infausta
El luto y orfandad á par velaron.
De la hueste feroz transpirinaica
En tanto en numerosas divisiones
Á Madrid las legiones circumbalan.
Mas muy en breve su espacioso seno
Henchirse vió de la infernal canalla,
Que descorriendo el engañoso velo
Con que el designio perfido ocultaba,
Sentarse quiso en el desierto trono.

El dormido Leon vibró sus garras,
Y de aquel sacro pueblo entusiasmado
El dos de Mayo la lealtad proclama.
¡Oh dia venturoso! ¡Dia de gloria!
¡Á tí eterno loor. ¡Invictas almas
De Velarde y Daoiz! Vuestros nombres,
Víctimas generosas de la patria,
Del Cafre indocil al elado Scita
Hará pasar la voladora fama,
Y los de aquellos bravos patriotas
Que á par vieron su sangre derramada.
Sí, héroes, la corona ¡inmarcesible
Allá en el alto Cielo se os prepara.
Bañando en tanto mi afligido pecho
De triste lloro vuestra tumba elada,
Hoy en recuerdo fiel osa mi labio
Entonaros el himno de alabanza.
Retumbó el eco del cruento Márte
Del Pirineo á las herculeas playas,
Y se oyeron los hijos de la Iberia

Impávidos clamar *guerra y venganza.*
Venganza y guerra eterna embrabecidos
Juraron sin piedad, y la alianza,
Tú, sobervia Albion, les ofrecieras.
Cual de su vasto imperio soberana
Hiendes el mar con las herradas proas,
En cuyos altos leños raudos vagan
Los ondeantes linos, tu derrota
Siguiendo en pos las quinas Lusitanas.
Al fin arriban las preñadas naves
De las volubles olas arrojadas,
Y veo de Febo al explendente brillo
Del bravo Isleño centellar las armas,
Marchando en formidables escuadrones
Por las tendidas playas Gaditanas.
Á la cabeza del britano bando,
¡Cual la enhiesta cerviz feroz lebanta
El inmortal Weligton! Salve héroe,
¡Tú gloria de Albion! Cabe ti ufana
Veo la Victoria con sus sacras manos

Ornarte de laureles, y la fama
Alígera, extender tu inclito nombre
Del Boreas al Antartos. Ervoladas
Las triunfadoras Aguilas en tanto
Llevan á las Provincias mas lejanas
El terror de sus bélicas legiones.
Desde las que circuye con sus aguas
El estendido y caudaloso Ebro,
A las que el olivoso Bétis baña.
La amenazada libertad, los fueros
Siempre inviolables de la amada patria,
El pacífico hogar tan grato al hombre,
La dulce sociedad, la esposa cara,
Los pequeñuelos hijos, los clamores
De religion y ley amancilladas,
Recordar hacen del invicto Ibero
El antiguo valor. ¡Libertad sacra!
El mas noble de todos los derechos,
De los mortales propension innata,
Siempre fueras el Idolo del hombre.

Corramos á tus márgenes sagradas
Eurotas caudaloso, en tu recinto
Fueron los héroes de la augusta Esparta:
¿Y qué vemos? magnificas ruinas
Que sus antiguos triunfos nos señalan.
Triunfos de libertad, por quien sus diestras
Inundaron en sangre tus campañas.
¡Ah! veo á Leonidas, inmortal guerrero,
Contraponer sus valerosas armas,
Por defender la libertad nativa
Al formidable egército del Asia,
Labrándose un eterno Mausoleo
En las adustas y asperas gargantas
De Termopilas... Veo á par los campos
De Platea y Maraton, en quienes alza
La Grecia vencedora á sus guerreros
Un trofeo inmortal. Mas, ¿porqué causa
Me traslado á regiones tan remotas?
Roma, esa augusta capital de Italia,
Esa conquistadora irresistible,

Que al carro triunfador encadenaba
A todas las naciones, subyugando
A su imperio las más preponderadas
Monarquias, cual suele el mar sobervio
En su seno absorver todas las aguas,
Hizo á la libertad su Corifeo,
Siendo de ella una enérgica entusiasta,
Defendiendo orgullosa aquello mismo
Que inexorable á todas usurpaba;
Y aun para conservarla muchas veces
Fué con sus propios hijos cruel madrasta.
Ella inmoló bajo el puñal de Bruto
Á César Dictador, que á la inhumana
Coronó de laureles. Á Cartago
Miro tambien á las triunfantes armas
De su feroz rival caer abatida
Por sostener la independencia amada.
Veo en los campos de la altiva Iberia
Á Sagunto, á la intrépida Numancia....
Mas ¿para que me canso amigo? Fuera

Circunscribir á término las vastas
Arenas de la Libia, los inmensos
Rayos del Sol, y de la mar las aguas,
Querer enumerar estos modelos
Que en sus fastos la historia nos consagra.
¿Qué mucho, pues, que el Ibero valiente
Impávido se lanze á la campaña
Por defender su respetado suelo?
¿Ni que en sus brios otra vez renazcan
Aquellos bravos Héroes que supieron
Reconquistando la nacion esclava,
Hacerla sacudir el servil yugo
Que tanto tiempo y con injuria tanta
El tostado Agareno le impusiera?
Los que eternas hicieran sus hazañas
Cuando tan á pesar la alarbe chusma
Orilla allá los mares arrojaran.
Soldado es el artífice ingenioso,
Soldado el que las ciencias profesaba,
Sóldado el rico, el menestral, el noble,

Y cuantos pueden manejar las armas.
De suyo el labrador suelta el arado
Al ronco son de las marciales cajas,
Y entusiasmado del ardor de Márte
Airado empuña la luciente espada.
De entónces ¡ ay ! miraras combertidas,
En paramos incultos las campañas
Donde reia la feraz natura,
Y Ceres sus tesoros prodigaba
Con benéfica mano. En sangre tintas
Del labrador las ricas esperanzas,
Á enemiga segur vieras tendidas
Sobre la dura faz de la asolada
Tierra, dó sus floriferos pimpollos
Los insepultos cuerpos tal vez ajan.
De sangre y muerte y orfandad sedientos
En tanto baten las sañosas armas
El Luso, el Anglo, el Español y el Galo,
Y los bélicos lauros se arrebatan
En la trabada lid, á par haciendo

De la tierra las moles encumbradas
Claudicar la sonante artillería
Al estruendo de horrisonas descárgas,
Que vomitando estragos, de ellos dejan
Sobre el campo reliquias hazinadas.
Allí humean inmensas poblaciones
Derruidas en medio de las llamas,
Y errantes sus medrosos moradores,
Sin saber dó fijar la incierta planta
Vagan despavoridos por las selvas.
Pintura que en su imágen nos retrata
La triste noche del Troyano incendio.
Vé tan horrible cuadro en la arruinada
Zaragoza inmortal, cuyo heroismo
Renace en sus cenizas, cual de Arabia
El ave vividor.,.. De estotra parte
En páramos trocados contemplaras
De la virtud los plácidos asilos.
Dispersas las vestales consagradas
Al verdadero Dios, sin domicilio

Mendigando el sustento y la morada.
Acaso enternecido escucharias
La voz imprecadora con que clama
Timida Virgen anegada en llanto,
Al bárbaro asesino que la amaga,
Suspenda el golpe destructor...mas ¡ay?
El impio con furia encarnizada
Hiende el azero en el doblado cuello,
Y aquella flor en juventud temprana
Sobre la tierra estremecida cae,
Rojos carmines de su faz elada
Purpurando la pálida azucena.
¡Bárbaro! Ni aun los duros Garamantas
Dejáran de ablandar sus corazones
Á esta escena de horror. A par mezcladas
Se oyen tal vez las clamorosas voces
De la trémula madre á quien arrancan
El tierno infante, que en sus castos pechos
El alimento cándido libaba,
Sin que enternezcan los maternos lloros

Del opresor las horridas entrañas.
Corre al traves de los incultos campos,
Cual de ciervos la tímida manada,
Inmensa poblacion, abandonando
El invadido hogar. La honesta dama
Por conservar su pundonor ileso,
Seguida en pós de la caduca anciana,
Se sumerje veloz entre las breñas,
Y en los abrojos que en su sangre baña,
Imprime con amargo sobresalto
Aquella débil torneada planta
Que un dia tal vez sobre enlucido mármol
Ricas alfombras desdeñosa hollaba.
Otros confian en veloces naves
La amable vida á las volubles aguas,
Dando á un tiempo en los leños fugitivos
Á las olas y al viento su esperanza,
Buscando entre los brazos de Neptuno
La piedad de los hombres desterrada.
En ciudades las selvas se convierten,

Las ciudades en selvas despobladas,
Y trastornado el órden, todo cede
Al ímpetu furioso de las armas.
El tálamo nupcial el triste esposo
Manchado vé por el lascivo Gaula,
La doncella su cándida pureza,
Y su honor la viuda respetada.
Caen en hastillas las robustas puertas
De aquella nunca penetrada estancia
Á donde el infeliz mísero avaro
Su corazon con el tesoro guarda,
Y el pálido metal por quien suspira
Mira arrancar de sus preñadas arcas.
La inestimable copia de riquezas
Con que la religion pomposa y fausta,
En honor del Supremo de los Seres
Los sacrosantos templos decoraba
Es presa de la bárbara codicia,
Y aun del Galo imperterrito no basta
Á saciar la ambicion. Los dobles muros

Que las sitiadas Plazas circumbalan,
Como al soplo del Euro el tierno arbusto
Á impulsos caen de la silvante bala.
Y con ellos intrépidos guerreros
Que defendian con valor sus altas
Fortificadas torres. Los sobervios
Magnificos Palacios, envidiadas
Habitaciones, donde entre opulencia
Polula el ocio, caen subitanea
Estrepitosamente, siendo luego
Explendida materia de las llamas.
Y cual se ven en hazinados grupos
Confundidas las victimas amargas
Por sobre las ruinas, de este modo
Miranse enderredor interpoladas
Las reliquias del débil edificio
Con los fragmentos del sobervio Alcazar.
Los pávidos horrores acreciendo
Se presenta feroz la hambre inhumana,
Y de los que se ven por su infortunio

Sobrevivir á la arruinada patria,
La dolorosa y débil existencia
Va, cual polilla, corroyendo á pausas.
En espectros vivientes convertidos
Entre el dolor y los estragos vagan.
El insipido asno, el can impuro,
Horroroso sustento les preparan,
Y hasta el mas vil insecto que procrea
En las habitaciones soterradas.
Dó quiera vuelvan los dolientes ojos
Sin piedad miran la sañosa parca
Trofeos hazinar. Aqui contempla
Los frios restos de la esposa cara
Descarnados y feos el esposo.
El viudo padre de su prole amada
Á otro lado los fétidos despojos,
Y el triste hermano á par los de la hermana.
Del impávido jóven juntamente
El desolado corazon se pasma
Al observar ya lívido cádaver

Aquella que á su ser aliento daba.
Aquella perfeccion por quien un dia
Su enamorado pecho palpitara
Con trémulos latidos. El amigo
Del amigo abrazado, allí descansan.
En medio los hogares arruinados,
Templos y calles y anchurosas plazas
Se miran con horror victimas tristes
Del hambre, del acero ó de las llamas.
Sin perdonar la inexorable muerte
Vejez adusta ó juventud lozana.
Segando á par sus dolorosas vidas
Como suele cortar segur tirana
Enarbolada de membrudo brazo
El tierno arbusto y la caduca palma.
Mas ¡ay! aquellos restos insepultos
Arrojan de sus putridas miasmas
La peste asoladora, que en la esfera
Sus mortiferos halitos propaga
Y gira entorno devorante.... ¡Cielos!

Siento caer mi pluma desmayada
De la trémula mano. No es posible,
No es posible ¡ gran Dios ! que aliento haya
Para pintar tan horrorosa escena.
¡ Ay amigo ! lamenta la desgracia
De tu nativo suelo, y prosternado,
Al arbitro Supremo tus plegarias
Humilde eleva con ferviente anhelo,
Para que aparte de la triste España
El Genio destructor, y á ella dolido
Incline sus benéficas miradas,
Haciendo renacer entre sus males
La suspirada paz. Y tú, ¡ inhumana !
¡ Implacable enemiga ! ¡ cruda guerra !
Por maldicion eterna al hombre dada,
Huye á ocultarte en el umbroso Averno,
No se vierta mas sangre ante tus aras,
Y el mortal fascinado reconozca
Que es la paz sola quien sus bienes labra.

EGLOGA

DAFNIS Á DORILA, AUSENTE.

De luz bañaba el sonrosado Oriente
El albo dia naciente,
Y el astro celestial, vertiendo lumbres,
Por las doradas cumbres
De los montes brillaba,
Y sus fecundas luces destellaba.

El blando son del ruiseñor doliente,
La cascada bullente,
Que entre altas peñas su raudal desliza,
El prado que matiza
Natura de mil flores,
Y el plácido cantar de los pastores:

Dulce embeleso inspira. El manso rio
Por el bosque sombrio
Derrama sus raudales bullicioso,
Y el Zéfiro oloroso,
Jugando entre las flores
Respira sus balsamicos olores.

Del colorin suave la armonia
Con grata melodia,
Por los tendidos valles resonando,
Del amor el ¡ay! blando
Dulcemente suspira,
Y en raudo vuelo por los aires gira.

Cuando en Oriente el albo dia amanece,
Entónces ¡ay! parece
Se baña de placer la alma natura.
Trisca entre la espesura
Del bosque el cabritillo,
Y alegre bala el tierno corderillo.

Su flor despliega la flamante rosa,
Y en la selva frondosa
Entonan con placer las dulces aves,
Sus cánticos suaves,
De los blandos balidos,
De la inocente oveja interrumpidos.

Alegre yo, bajo el sausal frondoso,
Á Cintio luminoso,
Miré trepar por el nevado monte,
Y el lejano orizonte,
Cuna del Sol dorado,
De brilladoras luces coronado.

Mas sin Dorila, luz de mis amores,
Mustias yacen las flores,
Brotan los prados asperos abrojos
Lejanos de sus ojos.
¡Ay! torna, hermosa mia,
Torna al Bétis la plácida alegria.

Tristes lloran sus fértiles riveras,
Y las frescas praderas,
En que ledo el pastor del bien que amaba
Los favores cantaba,
Resuenan tristemente
De mi afligida voz al son doliente.

En liquidos cristales llora el rio,
Llora el bosque sombrio,
Y el ave en sus canciones melodiosas,
Y las perlas hermosas
Que vierte el alba aurora,
Lágrimas son con que tu ausencia llora.

Testigos fueron de la gloria mia
La luz del claro dia
Y las tinieblas de la noche obscura;
Y ora de mi amargura
Testigos son los rios,
Que el llanto acrece de los ojos mios.

Gozé á tu lado en deliciosas horas
Mis primeras auroras,
Y á par de tí guiaba mis ganados
Por esos verdes prados,
Dó el alma primavera
Entre las flores rie plancentera.

¡Dichosa edad! veloz despareciste.
¡Mas ay! ¿cuándo fué á un triste
En la llorosa tierra el bien durable?
¡Dolor interminable!
Tú hasta el sepulcro frio,
Conducirás al mísero amor mio.

¡Ay! ¡Bien que lloro por mi mal perdido!
Flor hermosa que ha sido
Trasplantada del Bétis espumoso
Al Genil delicioso,
Que la fértil campaña
De la plácida Iberia sesgo baña.

La Lira de tu Dafnis, que gozoso
Oyó Bétis undoso
En otro tiempo, yace abandonada,
Lira de Orfeo embidiada,
Cuando en blanda armonia,
De Dorila las gracias aplaudia.

Vuelve á animar el pecho que te adora,
Vuelve, amable pastora.
De mi amargo penar dulce consuelo;
Vuelve al árido suelo
Donde habita el quebranto,
Y el raudal baña de mi triste llanto.

EGLOGA.

DAMON. *LICAS.*

DAMON.

Paced las crespa yerva, mis cabrillas,
Por esos verdes prados,
Dó yo del Bétis busco en las orillas
Fresca sombra de Sauces empinados,
Que entre frondosas ramas,
Del Sol mitiguen las estivas llamas.

Alli, sobre la alfombra de mil flores
Con placer recostado,
Oiré cantar los dulces ruiseñores,

Y en su blanda armonia embelesado,
De mi ingrata Pastora,
Tal vez pienso escuchar la voz sonora.

O al son del Zefirillo bullicioso
Que sopla en la floresta,
Agitando las hojas del frondoso
Alamo, pasaré la estiva siesta
Con reposo alhagueño,
En dulces brazos de un tranquilo sueño.

¡Oh que grato placer gozara el alma!
¡Oh que ledo sosiego!
Si en esta soledad dó en dulce calma
Á una tranquila paz feliz me entrego,
El amor despiadado,
No hubiese el tierno corazon flechado.

Mas, ¡ cuan en vano son mis tristes quejas,
Bella Pastora mia,

Puesto que en mi dolor, cruel, me dejas
Siendo cual duro bronce á mi porfia,
Y entre crudos dolores,
A sufrir me condenas tus rigores.

Cuantas veces despues que mi ganado
Al redil conducia,
Al pie de tus umbrales he pasado
Las largas horas de la noche umbria,
Confiándole al viento,
Las quejas de mi amargo sentimiento.

Y mientras que mis ayes resonaban
Por la selva florida,
Donde á las duras fieras ablandaban,
Tú á mi triste clamor ensordecida,
El plácido veleño
Tal vez gustabas de un tranquilo sueño.

Al nacer en Oriente luminoso

El explendido dia,
Recordando del extasi amoroso,
En que mi triste alma se absorvia
En lágrimas desecho,
Tornaba luego á mi pagizo techo.

Pues en él impaciente ya el ganado
Balando me llamaba,
Y con trémulo paso al verde prado,
Absorto en mis pesares lo llevaba,
Donde te hallaba ufana,
Mas bella que la cándida mañana.

La cándida mañana si te via,
Apénas vergonzosa
Tocar osaba en el umbral del dia.
Las florestas, la selva deliciosa;
Risueñas se mostraban,
Cuando los rayos de tu luz brillaban.



De dulzura los blandos ruiseñores
Estos campos henchian,
Y de tus lindos ojos los pastores
En los incendios plácidos ardian,
Miéntras yo mil suspiros
Por ti exalaba en vagarosos giros.

Mas ¿que veo? segun de aqui diviso
Licas, pastor dichoso,
Es quien pasa el arroyo del Aliso.
¡Que fortunado! ¡pues amor bondoso
Sus ansias favorece,
Miéntras las mias sin piedad recrece.

Pero ya se aproxima. ¡Cruel amigo!
¿Bienes de un desdichado
A aumentar el dolor? ¿á ser testigo
De las penas que sufre un despreciado?
¡Ay! á mi me odia Filis,
Miéntras que á tí te adora tu Amarilis.

LICAS.

¿Que te escucho, Pastor desventurado?
¿Piensas que me complace
Ver de tu suerte el sino malhadado?
Si tal cosa á mi pecho satisface,
Del Cielo que me mira
Venga infinita sobre mí la ira.

DAMON.

Disimula de un triste el desvario,
Hasta el seso he perdido:
No pues mi corazon, el labio mio
Tan solo, Licas, es quien te ha ofendido.

LICAS.

Sosiega, dá apacible
Oido á la razon

DAMON.

Me es imposible.

Miéntras mi mal de condicion no mude
Todo alivio es envano.
Inutil es que tu amistad me ayude
Á sacudir un yugo tan tirano,
Pues la homicida flecha
Taladró el corazon.

LICAS.

Damon desecha
Ese injusto dolor, esa locura.
Tú eres jóven ahora,
Pues de la edad temprana en la frescura
El bozo apénas tus megillas dora,
Y asi alegre y florida,
Goza pues la mañana de la vida.

DAMON.

¿Que es gozar? mas la muerte apeteciera,
Á ver si asi muriendo
El pecho de esa ingrata enterneciera.

Mas yo me estoy en vano consumiendo,
Pues la esquiva pastora
Desoye mi clamor.

LICAS.

Véncete ahora
Entregando al olvido sus amores,
Y si esto no te es dado
Templa al ménos tan rígidos dolores,
Todo el tiempo lo vence y el cuidado,
Espera en la fortuna,
Que es mas mudable que la fragil luna.

¿No ves cual todo sin cesar varia?
Despues del frio Enero
De flores borda Abril la praderia,
Sigue á Estío el Otoño placentero,
Y ahuyenta el alba hermosa
Las sombras de la noche tenebrosa.

Mira cual con las olas lucha altivo
El náufrago infelice,
Nadando entre las aguas semivivo,
Pues cuando con dolor su fin predice
Arriba al puerto ansiado,
Y en él mira tranquilo el mar airado.

El cautivo que en bárbaras cadenas
Pasa la vida odiosa,
Cuando lamenta sus amargas penas,
Tal vez suele encontrar mano piadosa,
Que sus hierros truncando,
Le dá la libertad que está anhelando.

DAMON.

Balsamo celestial fueran tus voces
Á caber en mi alivio,
Ó á poderse calmar penas atroces,
Mas como en sus desiertos vaga el Libio

Sin quietud ni reposo,
Asi de amor yo surcò el golfo undoso.

LICAS.

Pues para terminar tristes querellas
Luego al punto saquemos
De los zurrones nuestras flautas bellas,
Y el alternado canto acompañemos,
Pues ya el ave gozosa
Á escucharnos se para silenciosa.

DAMON.

Al blando susurrar del aura leve
Que en estos frescos prados
Exhala aromas que en las flores bebe,
Miéntras pacen los cándidos ganados
La bien nacida yerva,
Y el frescor esta sombra nos conserva.

Dando al viento la armónica dulzura
Canta, pastor dichoso,
De tu tierna Amarilis la hermosura,
Celebra sus favores venturoso,
Tú, á quien el cielo ha dado,
Las delicias gozar de amor premiado.

Que yo ¡infeliz! cuyo afligido acento
Pudiera en noche umbria
Al cáravo funesto dar tormento
Y ahuyentar de estos campos la alegria,
¿Que cantaré de amores
Sino es penas, desdenes y rigores?

¿Mas que Juez ha de ser el que decida
La contienda sonora?
¿Podrálo ser aquel Pastor del Ida,
El divino de Anfriso, ó el que adora
Del Latmo en le espesura
Al astro amable de la noche obscura?

LICAS.

Á Pan el Dios de Arcadia invocaremos
Pues ha sido el primero
Que halló la flauta, nuestro Juez le haremos.
Yo en premio te señaló de mi apero
Un tierno corderillo,
Y de olorosas flores un cestillo.

DAMON.

Pues yo de Palemon te doy gustoso
Los dos vasos labrados
Que le gané cantando en el frondoso
Bosque. Tienen dos mirtos enlazados,
Y están con mil labores,
Entretegidos de diversas flores.

LICAS.

Pues canta tú primero.

DAMON.

Que asi sea,
Del pecho arrancar quiero
La triste voz. En tanto tú te emplea
En soplar el armónico agugero.
A escuchar te apercive,
Y el eco amargo de mi voz recibe.

CANTA.

Cuando viene mi Filis á estos prados
De verdor coronados,
Cobran nuevo explendor las mustias flores,
Y oigo á los ruiseñores
Entre las ramas del sauzal florido,
Con eco repetido,
Y armonia sonora,
Darle la bien venida á mi Pastora.

No tan risueño el campo resplandece
Cuando el alba amanece,

Ni tan hermosa brilla en el Oriente
La luz del dia naciente,
Cual la donosa Filis. En el prado
Trisca alegre el ganado,
Canta el ave gozosa,
Y el campo todo de mas vida goza.

Solamente padece el pecho mio
Al ver su cruel desvio.
¡Ay! si mi corazon mirar pudiera,
De mí lastima hubiera,
Hubiera de apiadarse á mi tormento,
Pues las ansias que siento
Tan fieras como extrañas,
Parece que devoran mis entrañas.

Desde que amor me trae en sus rigores
Del Sol los explendores,
La belleza que obstenta la natura,
Del campo la hermosura,

El cantar melodioso de las aves,
Los zéfiros suaves,
Y aun hasta el mismo Cielo,
Aumentan mas mi duro desconsuelo.

Y á par que fina mi pasion recrece,
Ella mas me aborrece.
Todo término tiene, todo acaba,
Menos la furia brava
Del crudo dolor mio. Bosques, prados,
Pastores y ganados,
Me muestran sentimiento,
Mas no aquella que causa mi tormento.

Hasta mis corderillos amorosos,
Tristes y silenciosos,
Escuchan mis cantares, olvidando
El pasto dulce y blando,
El ave pára el remontado vuelo,
Me oye el claro arroyuelo,

Tambien las tiernas flores,
Mas no aquella que causa mis dolores.

Dobla sus ramas el abeto erguido
Á mi acento sentido.
Los montes y peñascos se enternecen,
Las fieras compadecen
Las penas que padezco irresistibles,
Y todos son sensibles
Á mi angustiado llanto,
Mas no aquella que causa mi quebranto.

Campos de flores y árboles poblados,
Apacibles ganados,
Driadas de estos bosques, manso rio,
Espejo del bien mio,
Naturaleza toda á quien imploro,
Á la ingrata que adoro
Decidla mis amores,
Decid que muero amando sus rigores.

LICAS.

No es tan grata la sombra lisonjera
Á la ovejuela ardiente,
Ni el rocío á la flor, ni á la pradera
Las frescas aguas de la clara fuente,
Cual á mí, Orfeo dichoso,
El dulce son de tu cantar sabroso.

Canto tan celestial que asi embeleza,
Ecos tan apacibles,
Calmaran el rigor de esa belleza;
Pues conmueven los troncos insensibles,
Si acaso á sus orejas
Ora fuesen tus bien sentidas quejas.

Al mirar de tu suerte la amargura,
Tu llanto y tus dolores,
Bien te podrán llamar el sin ventura
Entre todos los tristes amadores,
Mas tu voz placentera

Te hace el Cisne en la bética rivera.

DAMON.

Á cantar luego al punto te prepara,
Pues ya con ansia espero
La armonia escuchar de tu voz clara.

LICAS.

Con el tuyo mi canto es bien grosero,
Empero aunque asi sea,
Ya en complacerte mi amistad se emplea.

CANTA.

¡Que hermoso de mirar el dia parece
De purpureos celajes revestido,
Cuando todos los Cielos esclarece
El Sol reciennacido!
¡Que risueño y florido
El campo se presenta,
Cuando su faz ostenta

La amena primavera!
¡Como florece la aspera maleza!
Mas vista tan amable y hechizera
No iguala de Amarilis la belleza.

¡Que apacible que es mirar de léjos
El fértil valle de verdor poblado,
Y de Febo brillar á los reflejos
El monte plateado!
En el herboso prado
Triscar el cabritillo,
Entre el verde tomillo,
Y en las selvas frondosas
Escuchar de las aves la dulzura,
Pues mucho mas que todas estas cosas
Me agrada de Amarilis la hermosura.

El blando murmurar del manso rio
Que entre limpias guijuelas corre undoso,
La fresca sombra en el ardiente Estío,

El soplo delicioso
Del Zéfiro aromoso,
La fruta sasonada
Que en las ramas colgadas
Al viento bambolea,
Bellezas son que no hay quien la resista,
Mas aunque todo esto me recrea,
No como suele de mi Bien la vista.

La vista de mi Bien me es mas amable
Que del alba los cándidos albores,
Del campo la belleza interminable
Y del prado las flores.
¡ Ay que dulces favores !
¡ Que gustos tan sabrosos !
¡ Que dias tan hermosos,
Amarilis, poseo,
Cuando mis cabras van tras tus corderas,
Y los dos mano á mano con recreo
Del Bétis recorremos las riveras !

Ó cuando en el ardor del seco Estío
Las apacibles sombras disfrutamos,
¡Que felices entónces, amor mio!
Cuando tal bien gozamos
De un Señor no envidiamos
La prospera fortuna,
Ni menos su importuna
Y ruidosa grandeza.
Mas que á ella aspiramos felizmente
De otros mayores bienes á la alteza,
Que consiste en amarnos mutuamente.

Cante su fausto el vano poderoso,
El avaro los bienes que atesora,
Sus triunfos el guerrero valeroso.
Que á mi avena sonora,
Yo de mi fiel Pastora
Cantaré los amores,
Celebraré favores
De su fé verdadera.

Y el nombre que fijó mi pensamiento
Del Bétis resonando en la rivera,
Hará famoso el rústico instrumento.

DAMON.

Como suele á la voz aspera y dura
Del Cáravo nocturno
Aventajar del Cisne la dulzura,
Asi tú en este contrapuesto turno
En que el premio adquiriste,
Con sin igual destreza me excediste.

Recibe el galardon, tuyo es el premio,
Pues colocarte debes
De Orfeos y Anfiones en el gremio.
¿De que Castalia la dulzura bebes?
¿Ó cual Apolo ha sido
Quien tu canto inspiró? ¿quien te ha influido?

Toma los vasos, ¡y ojala que el oro
Entorno los ciñera!
¡Que esmaltaran diamantes, y que el coro
De las Musas en ellos se esculpiera!
Mas ten, Licas, la gloria
Que fuéron galardon de otra victoria.

LICAS.

No asi, Damon, pretendas generoso
La ventaja cederme.
Tu canto fué mas dulce y melòdioso.

DAMON.

Con el tuyo lograstes excederme.
Las Ninfas placenteras
De Bétis, suspendiste en sus riveras.

LICAS.

Pues yo á tu voz del pasto ví olvidadas
Nuestras blancas cabrillas,

Ví á las aves de gozo embelesadas,
Y de peces cubrirse estas orillas,
Y tambien si te oyera,
Á tu Pastora celebrarte viera.

DAMON.

Pues eso aun mas que todo admiraria,
Y creyera primero
Que obscureciese en la mitad del dia,
Ó que el Sol variase de sendero.
¿Mas quieres que amistosos
Aun tiempo nos quedemos y gustosos?

El don recibe que admitir reusabas,
Y dame luego al punto
Aquel con que hace poco me brindabas,
Y quedese resuelto asi este asunto.
Mas su negror horrendo
Las pavorosas sombras van tendiendo.

Ya á lo léjos relumbran las majadas
Á la nocturna llama.

LICAS.

Guiemos al rédil nuestras manadas,
Pues ya la noche á descansar nos llama,
Que á todos los mortales
Su beleño letargico hace iguales.

FIN.

AMOR Y AMISTAD

UNIDOS

VENCEN EL MAYOR PELIGRO.

COMEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DE ESTA CIUDAD

EL AÑO DE 1818.



PERSONAS.	INTERLOCUTORES.
El Rey.	*Sr. Miguel Muñoz.*
El General. Conde de Welfein.. . .	*Sr. Cristoval Catalán.*
El Baron de Leysantic, Capitan. .	*Sr. José Godo.*
Eduardo Manfert, Capitan.	*Sr. Antonio Hermosilla.*
Filisberto Urley, Coronel, Gobernador del Castillo d. Spandau.	*Sr. Manuel Garcia*
Cárlos Sermendorf, Teniente, Ayud. del Gobernador.	*Sr. José Rojo.*
Matilde, hija de Filisberto.	*Sra. Josefa Romero*
Roselia, criada de Matilde.	*Sra. Josefa Ferrer*
Mauricio, criado de Eduardo.	*Sr. Ramon Quintan*
Mervil y Confid. del Cond	*Sr. José Ojeda.*
Breslow Confid. del Cond	*Sr. Juan Garcia.*
Un Sargento. . . .	*Sr. José Muñoz.*

Guardias Reales, música militar, y acompañamiento.

La escena es en el Castillo de Spandau y sus inmediaciones, á dos leguas de Berlin. La accion empieza á las seis de la mañana y concluye á media noche.

ACTO I.

Salon del Castillo, cuya entrada será por el foro. A sus lados se figurarán algunas puertas cerradas, que se suponen ser de varias prisiones. En el medio habrá un gran farol, cuya sola luz alumbrará la escena, y a un lado una ventana con hierros, tambien cerrada, que dá al campo. Por la puerta del foro sale Roselia y detras Matilde, en peinador, como acabada de vestir con un papel en la mano. Roselia abre la ventana por la que irán entrando en graduacion los rayos del Sol, apagando luego el farol, interin Matilde dice los primeros versos.

MATILDE.

¡Oh que amorosos conceptos!
¡que insinuantes! ¡cuan grata

para mi es vuestra lectura
dulces y tiernas palabras!
Escrito amable, en tus líneas
embevida toda el alma,
de aquel que tus caractéres
imprimió, en la ausencia amarga,
solo hallar puede el alivio.
Oye pues, Roselia amada,
oye el amoroso y tierno
contenido de esta carta.

Matilde se acerca á la ventana para leer.

LEE. *Eduardo á Matilde.*

Estos de mi fiel pasion
dulces conceptos recibe,
que la débil mano escribe
y dicta mi corazon.
En esta infausta prision,
sufriendo indecibles penas,
jamas gozo horas serenas,
viendome dos veces preso

una en tu amable embeleso,
otra en mis duras cadenas.
Mas, mi bien, si en algun dia
plugiese al benigno Cielo
la libertad á que anhelo
conceder al alma mia,
¡ ay Dios! ¡ y con que alegria
se colmara mi deseo,
cuando á tus pies por trofeo,
con la fé mas verdadera,
vida y mano te ofreciera
en las aras de Himeneo!
Como tan firme te adora
de mi pecho el fino ardor,
solo desea mi amor
de hablarte la feliz hora.
Mas ¡ ay! el tiempo, Señora,
en que tal ventura aguardo,
siempre me parece tardo,
pues que como el Sol sustenta

al universo, asi alienta
tu vista, al triste Eduardo.

ROSELIA.

En efecto es amorosa
y expresiva.

MATILDE.

¡ Cuan fiel paga
mi fina pasion !

ROSELIA.

A noche
me dió Mauricio esa carta
para Vmd.

MATILDE.

Y siendo asi,
¿ cual fué, Roselia, la causa
de retardar á mi amor
placer que tanto anhelaba?

ROSELIA.

El no tener ocasion
hasta hoy por la mañana
de entregarosla.

MATILDE.

¿Y con que
remunerará mi alma
tan inapreciable dicha?
No hay cosa que á ella equivalga,
toma este anillo de piedras
en albricias. *Se quita uno y se lo da.*

ROSELIA.

¡Rica alhaja!
Al veros tan generosa
diré con muy justa causa
que gano mucho en serviros,
aunque pagais á pedradas.

MATILDE.

No ignoras, amiga mia,
cuan grande es la ardiente llama
que amor aviva en mi pecho,
y que con igual constancia,
es tambien correspondida
del objeto, que idolatra

mi corazon. Sí, á Eduardo
adoro con finas ansias
hace ya cerca de un año,
desde que por una rara
casualidad, nos hablamos
en un sarao, cuando estaba
de guarnicion en Berlin,
acrecentando la llama
de nuestro naciente amor,
el frecuentar él mi casa
todos los dias despues,
cuando mi padre mandaba
su regimiento. El continuo
trato, la vista, y el habla,
nuestro simpatico afecto
cada vez mas aumentaba.
Luego varió la escena,
mi padre pidió al Monarca
el gobierno de Spandau,
merced que le fué otorgada,

siéndonos forzoso entónces
sufrir una ausencia amarga,
aunque esta separacion
era por corta distancia,
pues de Berlin á Spandau
solo hay dos leguas escasas.
Él llevado de su amor,
todos los dias sin falta
venia á verme, mas la suerte,
á un infeliz siempre infausta,
ordenó que le acaesiese
la inesperada desgracia
de esa muerte que le imputan,
por cuya razon se halla
aprisionado un mes ha
en este Fuerte. Impulsada
del amor que le profeso,
pude quitarle con maña
á mi padre, de su encierro
la llave, y luego gravada

en cera, logré que hiciesen
otra igual, con lo que cáuta,
todos los dias consigo
hablarle bien de mañana,
franqueando su prision.
Mas todo esto, mi amada
Roselia, muy bien te consta,
pues de mis amantes ansias,
confiada en tu lealtad,
te hice fiel depositaria.

ROSELIA.

¿Y que mucho que asi sea,
cuando siempre las criadas,
en la armonia de amor,
por costumbre inveterada,
suelen ser la voz tercera
que ajusta sus consonancias?

MATILDE.

Supuesto que la quietud
del lecho, tan de mañana

dejamos, para este intento,
no en dilaciones tan largas
perdamos el tiempo.

ROSELIA.

Sí,
pues podrán, si mas se tarda,
cogernos en el garlito,
y entónces.....á Dios maraña.

MATILDE.

Dices bien, pues toma y abre.
Observaré si alguien pasa.

Le da una llave á Roselia, esta abre la prision de Eduardo y en el ínterin Matilde se acerca á la puerta del foro á observar.

Sale Eduardo de Capitan, corre hácia Matilde hincando una rodilla delante de ella, le toma la mano y la besa, exclamando con la mayor ternura.

EDUARDO.

¡Matilde mia!

MATILDE.

¡Eduardo!

EDUARDO.

¡Dulce prenda idolatrada!

ROSELIA.

Vayan palabras de azúcar.... (*apart.*
si se les derrite el alma.

MATILDE.

Roselia ponte á observar.

ROSELIA.

Lo haré con grande eficacia;
este sí que es propiamente.... (*ap.*
amor á salto de mata.

Se pone á observar en la puerta del foro.

EDUARDO.

¿Cuando será, dueño mio,
que disfrutemos sin tantas
zozobras, de nuestro amor?

MATILDE.

Cuando se calme la infausta
suerte, que te aflige.

EDUARDO.

¡Ah!
esa fugaz esperanza
es cual un sueño apacible,
que solo causa en el alma
una ilusion pasagera.

MATILDE.

Término de la desgracia
suele ser tal vez la dicha,
pues la fortuna es tan varia,
que el bien y el mal encadena
con alternativa estraña.

EDUARDO.

Es innegable, mi bien,
mas hay ciertas circunstancias
en que la funesta suerte
tanto nuestro mal agrava,

que nos priva hasta el consuelo
benigno, de la esperanza.

MATILDE.

Sin lid nunca hubo victoria,
y jamas nos es tan grata
la serenidad amable,
que despues de la borrasca.

EDUARDO.

¿Y si en vez de ella, Matilde,
la mar recrece su brava
furia, absorviendo en sus olas
la barquilla contrastada?

MATILDE.

En el proceloso golfo
de una funesta desgracia,
tal ves al puerto se arriba,
si el piloto es la constancia,

EDUARDO.

Y en ese caso, bien mio;
¿podré tener esperanza

de gozar en dulce union
de tu amor?

MATILDE.

¡Ay! ¡cuanto agravias
en dudarlo mi cariño!

EDUARDO.

Con tan dulce confianza,
las mayores desventuras
ya á mi pecho no acobardan.

ROSELIA.

Gente se acerca.

MATILDE.

¿Qué dices?
Pues luego vuelve á tu estancia,
Eduardo mio.

EDUARDO.

Matilde,
á Dios, á Dios. ¡Oh que amarga
separacion!

Entrase Eduardo y cierra Rose-

lia la prision, entregando la llave á Matilde.

ROSELIA.

A encerrarse
vuelva el lorito en la jáula.

MATILDE.

Vamos aprisa, Roselia.
Amor alivia mis ansias. *Vanse.*

Sale el Ayudante Sermendorf, y empieza á pasearse con precipitacion.

AYUDANTE.

¡Que cabeza ha menester
un hombre de circunstancias!
El Gobernador, los presos,
la tropa..... en una batalla
no hubiera tal confusion.
Uno grita, otro me llama,
aquel me dá un memorial,
este pregunta con ansia
si tengo algunas noticias

del estado de su causa.
Al Ayudante que venga,
al Ayudante que abra,
que se busque al Ayudante,
que el Ayudante lo haga,
¡Válgate Dios por empleo!
para cualquier patarata
allá va el pobre Ayudante,
como si no fuera nada.
Pero Sermendorf ¿que importa?
si la fortunilla grata
te sopla benignamente
serás hombre de importancia.
¡Oh! eso si. Mañana hay guerra,
pido salir á campaña,
y si es que una redondilla
la cabeza no me aplasta,
vuelvo lo ménos, lo ménos
de coronel, no que es chanza.
Ya parece que lo soy.

Riêndose y dando palmadas.

Mas no para aquí, la faja.....
¡la faja! ¡oh grande bocado!
Sin duda que no habrá un alma
que me hable, si soy General.
¡Que magestad! ¡que fachada!

Paseándose con gravedad.

¡Y que aire de proteccion!
Mas ¡ah! ¡que vana esperanza!
¿en qué la fundo? ¡un teniente!
¡ahí no es nada la distancia!
Necios mortales, mirad
cual la ilusion nos engaña,
siendo ella comunmente
orígen de los fantasmas
que alucinan nuestra idea.

Sale Mauricio.

MAURICIO.

Señor.....

AYUDANTE.

¿Que cosa? Ea acaba.

MAURICIO.

No seais tan pronto de genio.

AYUDANTE.

Si un momento ántes llegara. (*ap.*
este necio, y no me diera
excelencia, se la hallaba.
¿Pero que traes?

MAURICIO.

¿Habeis visto
al Baron?

AYUDANTE.

¿Tengo yo cara
de andar detras de barones?
Si fueran hembras.

MAURICIO.

¡Que brava (*ap.*
chola, para una veleta!

AYUDANTE.

¡Ah! si, ya se me olvidaba,
y es que venia á eso solo,

si mi memoria es muy mala.
Hablaré al Gobernador
sobre asuntos de importancia
de que es fuerza darle parte.
¿En cuantas haciendo falta
estará ya mi persona?
A buscarlo sin tardanza
voy como un rayo.

Al tiempo de irse apresurado tropieza con Mauricio y lo arroja al suelo.

MAURICIO.

A él parece
en el estrago que causa.
Maldita sea tu locura,
¡que atolondrado! me pasma.

Sale Roselia.

ROSELIA.

¡Señor Mauricio!

MAURICIO.

Hija mia,

si un momento ántes llegaras
me vieras rodar.

ROSELIA.

¿Pues como?

MAURICIO.

Ese Ayudante ó canalla
como es tan grande tronera,
ahora al salir de esta estancia
precipitado, me hizo
que la midiera de espaldas.

ROSELIA.

Y tú, dime, ¿á que venias
por aquí tan de mañana?

MAURICIO.

Marchaba para Berlin
á fin de dar esta carta
al Baron, de parte de
Eduardo, en que le encarga
venga en el momento á verlo,
y como á veces se halla

bien temprano en estos sitios
entré por si lo encontraba
casualmente aquí.

ROSELIA.

Y ahorrarte
si acaso la caminata.

MAURICIO.

No lo niego.

ROSELIA.

Yo creia
fuese tal vez otra carta....

MAURICIO.

¿Para quien?

ROSELIA.

Para Matilde

MAURICIO.

Ola, parece te agrada
el egercicio.

ROSELIA.

¿Que dices?

MAURICIO.

Ya me entiendes.

ROSELIA.

No.

MAURICIO.

¡Que maula!

ROSELIA.

¿Pero que egercicio es ese?
¿porque mas claro no hablas?

MAURICIO.

El de interprete de amor,
oficio de gran privanza.
La verdad ¿hubo regalo?

ROSELIA.

Una muy rica tumbaga
de diamantes.

MAURICIO.

Zapateta,
pues por acá no cae nada
de provecho, bien que yo

jamas por codicia baja
he vendido mis servicios.

ROSELIA.

Deja que ria á carcajadas... *Riendose*

MAURICIO.

¿Pero á que viene esa risa?

ROSELIA.

A lo que la otra chulada,
si no tomas es.....

MAURICIO.

¿Por qué?

ROSELIA.

Por que non dan.

MAURICIO.

No amargara,
pero te confieso, amiga,
que hago de muy mala gana
estas comisiones.

ROSELIA.

¿Di?

¿y no me diras la causa?

MAURICIO.

Bien la ves, porque anda siempre
un hombre á salto de mata.

ROSELIA.

Y es fuerza que sea ingenioso,
y sepa urdir una trama,
valiéndose al mismo tiempo
de aquellas tres circunstancias
indispensables.

MAURICIO.

¿Y son?

ROSELIA.

Lugar, ocasion y maña.

MAURICIO.

¡Como se conoce, amiga,
que eres maestra!

ROSELIA.

Te engañas,
sino que siempre este empleo

es propio de las criadas.

MAURICIO.

Marcho á ver si hallo al Baron.
A Dios Roselia... *(Vase.*

ROSELIA.

A Dios maula. *(Vase.*

Sale Filisberto de Coronel, y detras el Ayudante.

FILISBERTO.

Sermendorf.

AYUDANTE.

¿Que ordena Usia?

FILISBERTO.

Tomad, abrid esa estancia

Saca una llave y se la dá.

y haced que salga Eduardo.

AYUDANTE.

Obedezco sin tardanza.

Abre y sale Eduardo.

FILISBERTO.

¡Pobre jóven! ¡cuanto siento...
su situacion desgraciada!

EDUARDO.

¡Oh señor Gobernador!

FILISBERTO.

Felices dias. Ea valla,
¿y como va de trabajos?
Decidme si os hace falta
alguna cosa, en que pueda
demostraros la eficacia
de mi amistad.

AYUDANTE.

Voyme al punto... *(ap.*
que aquí no sirvo de nada. *(Vase.*

EDUARDO.

Lo aprecio, mi Coronel.

FILISBERTO.

Ved que con franqueza os habla
Filisberto. Soy ingenuo.

EDUARDO.

Lo conozco asi, mas nada
necesito.

FILISBERTO.

Bien, está bien.

EDUARDO.

Por fortuna ¿de mi causa
el resultado sabeis?

FILISBERTO.

Se ignora.

EDUARDO.

¡Con que eficacia
el dia de mi consejo
hablé! mas como no hay nada
á mi favor, ni testigos,
ni prueba evidente y clara
de mi inocencia, me temo
que ha de serme muy contraria
la sentencia, y ya pasados
ocho dias, esta tarda.

FILISBERTO.

Siempre semejantes cosas
se ven con reflexionada
prudencia. Mas, alentad,
puede no sea tan infausta
como se piensa, bien que
el crimen que se os achaca
es delicado.

EDUARDO.

¡Ah Señor!
de él está exenta mi alma.

FILISBERTO.

Tal de vos creo, aunque ignoro
la verdad del hecho. Varias
son las opiniones.

EDUARDO.

Oid,
sabreis á fondo la causa
de mi mal. Desde Palacio
regresaba á mi morada

una noche, cuando oí
confuso ruido de armas
á lo léjos. Impulsado
de ardor juvenil, la causa
quise indagar, poco cuerdo,
de ocurrencia tan extraña.
En efecto apénas hube
andado corta distancia,
cuando al volver una esquina
me hallé un hombre que lidiaba
con otros dos briósamente.
En tan desigual campaña,
viéndole desamparado,
con resolucion hidalga
púseme á su lado luego,
mas el infeliz ya estaba
de heridas todo cubierto,
y entre las finales ansias,
exaló el postrer aliento
á mis pies. La justa causa

que con valor defendia,
me hizo emprender la venganza
de tan vil asesinato,
y asi con furiosa saña
lidié con los dos á un tiempo,
mas mi valerosa espada
los hizo huir, á uno hiriendo.
Dueño ya de la campaña,
quise ver quien era el muerto,
cuando á este tiempo llegaba
el Rey, que volvia á Palacio
con su comitiva. ¡Oh extraña
y adversa casualidad!
Sorprendióme del Monarca
la vista, y despues ¡ay triste!
conocieron ¡que desgracia!
era el muerto el Conde Erliz,
aquel que del Rey gozaba
los distinguidos favores,
y la mas alta privanza.

Indignado contra mi
injustamente el Monarca
mandóme preso á este Fuerte,
ordenando que mi causa
hiciese el conde Welfein.
En tan tristes circunstancias
justificar quise en vano
mi inocencia, pues estaban
acriminándome, el sitio,
la hora, el cádaver, mi espada
teñida en sangre ¡ó que pena!
y el haber, por mi desgracia,
en anteriores disputas,
tenido varias palabras
con el Conde, sobre ciertas
enemistades pasadas.
Este cúmulo, Señor,
de ocurrencias tan infaustas,
es quien me trajo á Spandau,
á donde en prision amarga,

estoy ¡ay triste! esperando
el fallo de mi desgracia.

FILISBERTO.

¡Tal convinacion de acasos
es ciertamente bien rara!
Pero sabed que aun en medio
de vuestra desdicha amarga,
no lo habeis perdido todo,
aun conservais una alhaja
preciosa.

EDUARDO.

¿Cual es? decid.

FILISBERTO.

Un amigo, prenda rara.
El Baron ¡ah! el Baron
¡si vierais con que eficacia
ha intercedido por vos
puesto á los pies del Monarca
infinitas veces!

EDUARDO.

¡Ah!
lo sé. ¡Oh amigo del alma!
Desde nuestros tiernos años
alimentamos la llama
de una amistad verdadera.

FILISBERTO.

Ea, tened confianza
en aquel Supremo Juez,
ante cuya perspicasia,
el crímen y la inocencia
están patentes.

EDUARDO.

Mi alma
solo en su justia fia.

Sale el Ayudante.

AYUDANTE,

Ahora de llegar acaba
el Baron de Leysantic
de la Corte, el que entre varias

noticias, me aseguró,
que hoy el Rey venia de caza
hácia este sitio. Ademas
con él aun tiempo llegaba
un expreso de Berlin
que os trae un pliego.

FILISBERTO.

Y que ¿nada
mas de eso ha ocurrido?

AYUDANTE.

No.

FILISBERTO.

Está bien.

AYUDANTE.

¡Que flema gasta! . . . . (*ap.*
¿Y que resolveis? decid.
Si es verdad viene el Monarca,
es preciso que la tropa

Hablando con precipitacion.

se aliste, se vean las armas,
se pase revista luego,

disponer al Rey morada
conveniente, alojamiento
para toda la comparsa,
y sobre todo avisar
á la bateria alta
del Castillo, para que
haga á su tiempo la salva.
Todo esto es indispensable.

FILISBERTO.

¡ Que torrente de palabras!
Vos sois un atolondrado,
Sermendorf, teneis un alma
de pólvora, aun sois muy jóven,
y en esta edad no es extraña
vuestra ligereza, mas
¿ pensais que con mi cachaza
quedará algo por hacer?
Si la prudencia obra tarda
tambien vincula el acierto,
y la juventud incauta,

por mas que egecute, al fin
todo se vuelve ojarasca.

AYUDANTE.

Pues, sermoncitos. . . . (*ap.*

FILISBERTO

Volved
á Eduardo á su morada.

AYUDANTE.

Está muy bien, vamos luego.

EDUARDO.

¡Sagrado Cielo! tú ampara
mi inocencia.

El Ayudante lo conduce á la prision, cierra, y entrega la llave á Filisberto.

AYUDANTE.

De este jóven. . . . (*ap.*
me compadezco en el alma.

FILISBERTO.

Vamos á ver que noticias
trae ese pliego que me aguarda. (*Vanse.*

ACTO II.

El mismo salon en que empezó la Escena.

Sale el Baron de Leysantic, de Capitan, como distraido, con semblante melancólico, y hablando entre sí.

BARON.

¿Y á que vienes, infeliz
Baron? ¿en tal circunstancia
verlo? ¿y por última vez?
¡Ah! ¡que dolor despedaza
mi corazon! Eduardo-.... ;
fiel amigo..... ¿que contraria
estrella influyó tu suerte?
De mi amistad la eficacia
en vano juzgó salvarte.
¿Cuantas veces del Monarca
postrado á los pies, pedí

por tu vida? pero nada,
nada conseguí. ¿Qué haré?

Sale Matilde y el Baron la saluda, pero conservando siempre un aire triste.

Si yo pudiera.... ¡Madama!
buen dia. Para mas pena. . . (*ap.*
solo este encuentro faltaba.

MATILDE.

El Cielo os guarde, Baron.
Mas decidme, ¿que desgracia
os ha sucedido?

BARON.

¡Como!

MATILDE.

Ese semblante declara.....

BARON.

¡Oh Dios!

MATILDE.

¿Que es esto, Baron?

BARON.

¡Si supierais! . . . ¡ah! (*suspira.*

MATILDE.

A mi alma
no sé que pronosticais.

BARON.

La mas triste..... mas amarga.....
nueva..... que.....

El Baron expresa estas palabras como temeroso de declararse con Matilde.

MATILDE.

Acabad, decidla.

BARON.

¡Ah Señora! es tan infausta,
que aun vos habeis de sentir
sus tristes efectos.

MATILDE.

Nada
será peor que la duda,
y asi haced que de ella salga.

BARON.

Pues sabed que de Eduardo

sustanciada ya la causa,
se ha fulminado su fallo,
el que á la postrer desgracia
le induce.

Matilde se inmuta al oir estas palabras expresando un gran sentimiento.

MATILDE.

¡Ay Dios! ¿que deciis?

BARON.

Por un vocal de su causa
amigo mio, he sabido
una nueva tan infausta.
Y aunque venia resuelto
á darle en esta mañana
el postrer á Dios, no puedo,
porque en tales circunstancias,
soportar me era imposible
despedida tan amarga.

MATILDE.

¡Triste muger! ¿que has oído?

BARON.

Si yo un arbitrio encontrara.....
si fuera dable..... si al fin.....

El Baron queda un momento pensativo, y luego demuestra en la alegria del semblante y eficacia de sus acciones, la aprobacion de un nuevo proyecto.

MATILDE.

Matilde ¿que por tí pasa?
cual débil flor fenecieron
mi amor y mis esperanzas.
¡Cielos! ¡que no hayan podido
la amistad y la eficacia
del Baron, salvar su vida!
¡librarlo de tal desgracia!
¿Y que podrá á vista de esto
hacer una muger flaca
y débil? ¿qué? cuanto es dable,
si á todo está ya arrestada.

Queda un momento pensativa y luego dice.

Esto ha de ser, sí. ¡Oh amor!
tú mis designios ampara
en la empresa que medito,
para llegar á lograrla.

BARON.

¡Brava idea me ha ocurrido!
ella, no hay duda que es árdua,
mas yo cuento con Mauricio,
cuya fé ya acreditada
tengo. Marchemos, Baron,
que un momento es de importancia.

MATILDE.

¿A donde os encaminais?

BARON.

Un proyecto que ahora acaba
de ocurrirseme, será
quien mejor os satisfaga.
Volveré cuanto antes pueda.(*Vas.apresur*

MATILDE.

En situacion tan amarga,
calmad ¡buen Dios! el tormento
que á mi pecho despedaza. (*Vase.*

Sale Roselia.

ROSELIA.

¡Oh que eficaz del amor
es la poderosa magia,
pues que su activa influencia
todo lo trastorna y cambia!
El muda nuestro carácter
con velocidad extraña,
y turba nuestra alegria,
robando la paz del alma.
¡Cáspita con Cupidillo
y cuantos estragos causa!
¡Fuego de Dios! yo no envidio
sus complacencias amargas.
De esta verdad en Matilde
tenemos la prueba clara,

pues desde que ama á Eduardo
aquel gozo que brillaba
en su halagueño semblante
ha desparecido. Ufana,
alegre, jovial y viva,
ántes reia ó cantaba,
mas ya ¡cuan otra! si está
sola, suspira y exclama
cual si fuera una heroina
de tragedia, ¡oh suerte infausta!
¡Ay Eduardo! ¡mi bien!
risa me dá de escucharla.
¡Cuantos locos hace amor!

Sale el Ayudante.

AYUDANTE.

¡Oh! ¿tan solita?

ROSELIA.

Me agrada
soliloquear.

AYUDANTE.

Bien, bravo.

ROSELIA.

Porque asi desquito varias
desasoncillas. Murmuro,
me rio y.......

AYUDANTE.

Ya, todos pasan
revista.

ROSELIA.

Pues. Vos tambien
vivis alegre.

AYUDANTE.

¿Y la causa
de ello sabes?

ROSELIA.

No, decidla.

AYUDANTE.

Que no tengo amor ni trampas.

ROSELIA.

Pues eso en un Militar
es una cosa muy rara.
Pero vos tambien amais.

AYUDANTE.

Concedo, y aun es mi dama
tan amable y atractiva,
que en verdad no la trocara
por otra alguna.

ROSELIA.

¿Y cual es?
sacarme de dudas, valla.

AYUDANTE.

La dulce libertad mia.

ROSELIA.

Vean que friolera, eso es chanza,
Bien se que el afecto os roba
Matilde.

AYUDANTE.

¡Oh! esa es de las varias

que por mí se despepitan
¡ Las compadezco! Mas valla,
aquí entre los dos, amiga,
¿ no te ha dicho en confianza,
¡ oh! Sermenderf es buen mozo,
tiene presencia gallarda,
sus ojos ¡ que interesantes!
¡ que expresivas sus palabras!
y sobre todo aquel ayre,
aquel ayre que derrama
proteccion por todas partes
me hechiza.

ROSELIA.

Y á mí me encanta
vuestra modestia. ¡ Que risa! *(riendo.*
¡ Pobrecito!

AYUDANTE.

¿ Qué? apostara
á que tú tambien estás
muerta por mí.

ROSELIA.

Si, por brava....

cosa moria. Señores,

¡y que habiendo tantas jaulas

este ande libre!

AYUDANTE.

Por vida....

¡habrá memoria mas mala!

se me olvidó á que venia.

Queda un momento pensativo y luego se dá una palmada en la frente diciendo.

Si, á ver cual hora señala

para pasar la revista

el Gobernador. Tarara....

Se va cantando á paso acelerado.

ROSELIA.

El no gasta cortesias,

allá va como una bala.

Y la tendrá muy creida

que es el coco de las damas,
y que al verlo se electrizan.
Esto es ser fatuo de marca,
¿y es este solo? ¡ojala!
En él hallarán su estampa
muchos jóvenes del dia.
Me voy que Matilde aguarda. *(Vase,*

Sale Filisberto con varios papeles en la mano.

FILISBERTO.

Un amigo de Berlin
me avisa de que el Monarca
piensa hoy venir á Spandau
á pasar el dia de caza;
que es lo que anunció el Baron,
y asi quiero sin tardanza
que prevenido se halle
todo, para la llegada
del Soberano, y aun tiempo
entregarle estas instancias

de varios presos que ansiosos
hoy su clemencia reclaman.
Sí, ¡víctimas infelices,
que yaceis en la desgracia,
lamentando vuestra suerte
entre cadenas infaustas!
en mí teneis, no un Alcayde,
sí un tierno padre que trata
de aliviar vuestro infortunio.
Habeis perdido la alhaja
mas preciosa, pero en cambio
yo templaré vuestra amarga
situacion, compadeciéndoos,
y en cuanto pueda mi alma
con benignidad trataros,
supuesto que en la desgracia,
aliviar al infeliz,
la humanidad nos lo manda.
¿Donde estará Sermendorf?

Sale el Ayudante.

AYUDANTE.

Creí, Señor, que no os hallaba
en el Fuerte, pues he dado
mil vueltas por su comarca
buscandoos.

FILISBERTO.

Y bien, decidme,
¿la tropa está preparada?

AYUDANTE.

Si Señor, toda está lista.
En buenas manos estaba
el pandero ¡oh! á ser activo
en tales casos, me igualan
pocos.

FILISBERTO.

Tomad Sermendorf,
le dareis esas instancias
al Rey. (*Le entrega los memoriales.*

AYUDANTE.

Esta bien, lo haré.

FILISBERTO.

¿ Sabeis si acaso se halla
quejoso algun preso ?

AYUDANTE.

No,
todos á una voz os llaman
su padre.

FILISBERTO.

¡ Oh que dulce nombre !
¡ Que feliz es el que halla
el tierno agradecimiento
en aquellos á quien trata
con benignidad !

AYUDANTE.

Tan solo
Cárlos Friz os suplicaba ....

FILISBERTO.

¿ Cárlos Friz ? ¡ ah ! sí, ya caigo.
¿ Y que pretende ?

AYUDANTE.

La gracia
de que ordeneis trasladarlo
á otra mas cómoda estancia,
pues padece el infeliz
de rehumatismo, y se halla
muy mal, por ser la que tiene
en esas prisiones bajas.

FILISBERTO.

Si, Sermendorf, al momento
que se conduzca á una alta.

Sale el Sargento.

SARGENTO.

Ya el Vigía nos avisa
que está próximo el Monarca. (*Vase.*

AYUDANTE.

La tropa teneis dispuesta.

FILISBERTO.

Pues vamos luego á formarla,
para recibir al Rey.

Salen Matilde y Roselia como hablando en voz baja.

Pero Matilde, hija amada,
es forzoso te prevengas
adornandote con gala,
para presentarte al Rey
que hoy viene á Spandau.

MATILDE.

Me agrada
pues que complacernos debe
una noticia tan grata.

FILISBERTO.

Vamos Sermendorf.

AYUDANTE.

Ya os sigo.
El Cielo os guarde madamas. (*Vanse.*

ROSELIA.

Volviendo ahora á nuestro asunto,
yo no sabia palabra
de tal desgracia.



MATILDE.

¡Ay Roselia!
Ya por momentos la infausta
muerte, le está amenazando.

ROSELIA.

Y que, ¿perdeis la esperanza?

MATILDE.

Aun ella abandona á un triste.

ROSELIA.

Amor, Señora, lo alcanza
todo, y mucho mas cuando
como á vos medios no faltan.
Si á la muger le negó
la naturaleza avara
cordura y valor, tambien
quiso pródiga dotarla
de aquella industria sutil,
que en tales empresas basta
para producir recursos.
Ademas, os acompaña

en todos vuestros apuros,
una muy linda criada,
que tiene disposicion
para urdir cualquier maraña.

MATILDE.

Bien puedes creer, Roselia,
que no ha de dejar mi alma
de inventar cuantos ardides
quepan en la industria humana
para salvar á Eduardo. . .

ROSELIA.

Asi me gusta, que haya
valor y resolucion,
y no andarse por las ramas
con timideces femíneas.
Pero que ¿no pudo nada
el Baron?

MATILDE.

Él ha hecho cuanto
era dable, y aun su alma

generosa, alguna empresa
creo que tiene meditada,
segun en su última vista
me insinuó.

ROSELIA.

Confianza,
confianza, Señorita.

MATILDE.

Ya tengo acá proyectada
cierta idea. . . .

ROSELIA.

¿Femenil?
será sin duda extremada,
para estos casos nosotras,
nosotras.

MATILDE.

Mas la desgracia
de venir el Rey. . . .

ROSELIA.

¿Que importa?

nuestro ingenio sea monarca
superior al que esperamos,
ademas que él va de caza,
y por lo tanto de paso.

A este tiempo se oye dentro la salva de artillería del Castillo, mezclada con los ecos de la música militar, y las voces de aplauso, que dicen.

VOCES DENTRO.

Viva nuestro gran Monarca.

ROSELIA.

Mas ¡ay! que ya está ahí el Rey,
segun lo anuncia la salva.

Se asoma á la puerta del Foro.

Señorita ya se acerca,
¡valgame Dios! ¡que comparsa
trae!

Sale el Rey precedido de su guardia, el Conde de Welfein, Filis-

berto, el Ayudante y varios Personajes.

FILISBERTO.

Gran Señor, hoy mi dicha
logra la suerte mas alta
en rendirme á vuestros pies,
puesto que en ellos. . . .

REY.

Lebanta.
¿ Quien es esa jóven ?

MATILDE.

Es
la que veis á vuestras plantas
hija del Gobernador.

Se arrodilla y el Rey la lebanta de la mano.

CONDE.

Y la que me roba el alma. (*ap.*

FILISBERTO.

Si Señor, esta es Matilde

hija mia.

REY.

Es muy bisarra.

ROSELIA.

Creo que al Rey no ha parecido
Matilde, saco de paja. . . (*ap.*

FILISBERTO.

Señor, si es que en el Castillo
vuestra Magestad descansa
algun tiempo, prevendré. . .

REY.

Mi mansion no será larga,
despues que aquí coma, pienso
partirme luego á la caza,
divirtiendo en ella toda
la tarde, y despues que haya
anochecido, volverme
á Berlin.

FILISBERTO.

Estas comarcas

os presentarán, de aves
y fieras, grande abundancia.

REY.

Tú Conde, prepararás
la batida.

FILISBERTO

A vuestra estancia
cuando gusteis os guiaré.

REY.

Vamos pues.

Se entran el Rey, Filisberto y el Ayud.

CONDE.

Matilde amada.....

El Conde se acerca á Matilde, y ella procura retirarse.

MATILDE.

¿Pues que es esto, señor Conde?

CONDE.

Esto es arder en las llamas
de vuestros divinos ojos,

esto es un incendio.......

ROSELIA.

Agua. . . . . (ap.

CONDE.

Que me abrasa, me devora.

Finjamos con eficacia . . (ap.

por si logro seducirla.

MATILDE.

Ese lenguage que gasta

Vuecencia, lo desconozco.

CONDE.

Pues que ¿ignorais que mi alma

os adora desde el punto

en que ví vuestra gallarda

hermosura? ¡Ah bella jóven!

á vos es á quien consagra

mi amor, toda su ternura.

MATILDE.

Ea, señor Conde, ya basta.

CONDE.

¿Pero porque, mi Matilde,
una esquivez tan extraña?
La feliz casualidad
de concurrir veces varias
á este fuerte de Spandau,
por ser Fiscal de la causa
de Eduardo, fué, Señora
la que originó en mi alma,
con la ventura de veros,
la dicha de que os amara.

MATILDE.

Os agradezco el favor,
pero esas lisonjas vanas
gastadlas con quien las pueda
corresponder. (*Vase.*

CONDE.

¡Ah que ingrata!

ROSELIA.

Miren el Señor tambien (*ap.*

y es mas serio que una estatua. *Vase.*

CONDE.

¡Y que esto sufra! Esta noche
pues que pienso aquí pasarla,
veremos si al fin consigo
por medio de la criada.....
ó sino será mas fácil
que de la fuerza me valga,
siendo ella quien consiga
lo que se niega á la instancia.
Parece que la fortuna
hoy se me muestra mas grata,
protegiendo mis ideas,
pues la oculta muerte dada
al Conde de Erliz, dejó
todas mis iras vengadas.
De Mervil y de Breslow,
criados de mi confianza,
murió mi fiero enemigo
á las manos sanguinarias,

por cuyo medio ahora gozo
la favorable privanza
del Rey, que él ántes queria
usurparme. Solo falta
perezca Eduardo tambien,
y de este modo se acaban
de completar mis intentos,
pues una casualidad rara
proporcionó que se hallase
del Conde en la muerte infausta
por cuyo acaso este crímen,
injustamente le achacan.
Ademas que de Manfert
es odiosa é iniqua rama,
cuya orgullosa familia
fué siempre á la mia contraria.

Sale Filisberto.

FILISBERTO.

El Rey, señor Conde, va
á comer, y á mi me encarga

os diga le acompañeis.

CONDE.

Obedezco sin tardanza.

FILISBERTO.

Quisiera saber de vos,
pues sois fiscal de la causa
del capitan Eduardo,
en que situacion se halla:

CONDE.

Ya su sentencia de muerte,
Filisberto, está fallada,
la que juzgo sin demora
intimársela mañana,
supuesto que como veis
no puede ser hoy, á causa
de hallarse aquí el Rey.

FILISBERTO.

Señor,
si la piedad del Monarca
vos reclamaseis......

CONDE.

Lo he hecho,
mas está tan indignada
del Rey contra él la justicia,
que con grande rigor manda
no le hable jamas en ello.
Asi evito que la gracia (*ap.*
de su vida, tal vez lleguen
á pedirle.

FILISBERTO.

Si eso pasa
no intercederé jamas.
Vamos, venid á la estancia
de su Magestad.

CONDE.

Fortuna, (*ap.*
haz, pues, que mis esperanzas
lleguen á verificarse
en una empresa tan árdua. *Vanse.*

ACTO III.

Selva larga figurando una Alameda. A lo léjos, á la izquierda se vé el Castillo de Spandau, situado sobre unas peñas, y desde él baja un camino hasta la Escena. En sus murallas aparecen algunas centinelas. Sale el Conde y Mervil reconociendo el distrito.

CONDE.

Registremos bien, Mervil,
si alguien se vé por acaso.

MERVIL.

Segun desde aqui descubro
juzgo que solos estamos.

CONDE.

Pues siendo de esa manera,

hoy un proyecto arriesgado
Mervil, he de confiarte.

MERVIL.

Ya sabeis con que conato
siempre os he servido.

CONDE.

Sí,
me acuerdo que por tu brazo
tomé del Conde venganza,
y por que sé cuan al caso
eres para mis ideas,
quiero de tí aventurarlo.
Bien conoces á Matilde,
esa jóven cuyo encanto
en sus bellas gracias, tiene
mi corazon cautivado.
Ella esquiva mis finezas,
mas como el amor, y el rayo
donde hallan mas resistencia
obran su mayor estrago,

asi su desden altivo
en mi pecho ha acrecentado
la llama que lo devora;
y viendo ya que es en vano
querer rendirla á mi amor,
y que padece entre tanto
mi altivez, con sus rigores,
tengo al fin determinado
sea la fuerza quien consiga
lo que no pudo el alhago.
Por lo que esta noche intento
que tú y Breslow, recatados
en el jardin del Castillo
me espereis, hasta que el santo
ó seña, que convendremos,
os dé para que mis pasos
sigais, robando á esa ingrata,
y con extremo recato
llevándola á mi Castillo
de Steim, para esto he pensado

tengas mi silla de posta
dispuesta en ese cercano
bosque. Ademas, para que
la oculte en el entretanto
ordenáre yo otra cosa,
entregarás en su mano
al Conserge del Castillo
esta órden mia, y en pago

Saca una carta y se la dá.

de tal servicio, si es que
consigues efectuarlo
como deseo, te ofrezco
remunerar tus conatos,
haciendote venturoso.
Mas en busca del Rey parto,
pues me es forzoso asistirle.

MERVIL.

¡Cuanto, Señor, me ha agradado
este proyecto! Eso sí,
pruebe ese orgulloso encanto

vuestro poder, ceda á él todo.

CONDE.

Luego que ya esté en mi mano,
con fineza, amor ó ruegos,
procuraré ir conquistando
su corazon.

MERVIL.

No hay belleza
que ya al poder ó al alhago
no se rinda.

Va á salir el Baron y al verlos se detiene.

BARON.

De la Corte
regreso precipitado. . . .
pero, ¿qué es esto veo?
¡El Conde y Mervil! yo trato
de investigar lo que hablan.

CONDE.

¿Con que quedas ya enterado?

MERVIL.

Si Señor, y aunque contemplo
que es el empeño bien árduo,
obedeceré á Vuecencia.
Mas la hora se ha olvidado
decirme.

CONDE.

De diez á once.

BARON.

¿Que es lo que estarán tratando
con tal reserva?

CONDE.

Osadia
Mervil, es lo que te encargo.

MERVIL.

Descuidad. En ese bosque
ya Breslow con el caballo
os espera. . . . (*Vanse*,

Sale el Baron.

BARON.

¡Que confuso
me encuentro! mas por si salgo
de dudas, quiero ir reuniendo
cuanto aqui al Conde he escuchado.
Intento.... hora.... osadia....
y ocasion.... ¿Pues que mas claro
que algun proyecto medita?
Su carácter,... ¡es malvado!
Con estos antecedentes,
Baron, está con cuidado
de diez á once esta noche.
Mas ahora al Castillo parto
á ver si encuentro á Mauricio,
pues que ya la última mano
quiero dar á mi proyecto.
El Cielo guie mis pasos. (*Vase.*

Sale Roselia.

ROSELIA.

Me acercaré poco á poco,
divirtiendome en lo vario
y hermoso de este paisaje,
á la Alqueria del llano
donde me aguarda Matilde.

Sale el Ayudante.

AYUDANTE.

Felices, flor de estos campos.

ROSELIA.

Dios os guarde.

AYUDANTE.

¡Bello encuentro!

ROSELIA.

Si no es bello, no es bellaco.

AYUDANTE.

Amiga Roselia, ¡Ah!
¡si tu fueses otra cuanto
me serias de provecho,
haciendo!. . . . .

ROSELIA.

Vaya, explicaos.

AYUDANTE.

De interprete de mi amor
con Matilde.

ROSELIA.

Si, ya caigo,
y veo que sois de los muchos
jóvenes, almivarados,
que se mueren por nosotras,
y se jactan despreciarnos.

AYUDANTE,

No Roselia, sino que
soy muy sensible al encanto
de la belleza. Dejára
de ser militar bisarro,
si en las lides de Cupido
no fuera experto soldado,
pues sabes que Márte y Vénus
siempre se dieron la mano.

ROSELIA.

Ya, bien comprendo la idea.
Nunca con mas entusiasmo
se ha hablado de amor que ahora,
mas vemos que son muy raros
los finos amantes.

AYUDANTE.

Eso
será porque son mas cautos.
El amor en estos tiempos
no es, no, como los de antaño,
se acabaron los Macias,
los Piramos y Leandros.
Ahora alcanza mucho mas
un *te quiero* liso y llano,
expresado con ternura,
que todo aquel aparato
de justas y de torneos,
y andar un hombre rondando
la calle de su Amarilis,

hecho un ambulante armario.
Ya no se matan los hombre
por cojer un guante ó lazo
de su Dama, sí, Roselia,
en nuestro siglo ilustrado
reina mas filosofia,
y se mira muy despacio
esto de perder la vida
por frioleras.

ROSELIA.

Mas al cabo,
los hombres de aquellos tiempos
aunque no fuesen tan sabios,
tenian mejores costumbres,
y guardaban el recato
que es devido á nuestro sexo.

AYUDANTE.

Por ser él mas recatado.

ROSELIA.

Me marcho hácia la Alqueria.

AYUDANTE.

¿Esa que está en en el ribazo?

ROSELIA.

Si.

AYUDANTE.

Y yo á ver á Filisberto
que me estará ya esperando
en esa quinta del Roble.(*Se va apresurad.*

ROSELIA.

Parece que va bailando.

Sale Mauricio.

MAURICIO.

Á Dios, buena prenda.

ROSELIA.

Ola,
Mauricio.

MAURICIO.

Vengo cansado.

ROSELIA.

¿Y de donde?

MAURICIO.

De Berlin,
lo que siento que fué en vano,
pues no he encontrado al Baron.

ROSELIA.

¡Por cierto que es lindo chasco!
¿Y fuistes á pie?

MAURICIO.

No hija,
sino sobre mis zapatos.

ROSELIA.

¡Y que te faltára un coche!

MAURICIO.

Que ¿te estás de mí burlando?
de ménos nos hizo Dios.
Á fé que en el dia ¡cuantos
lo tienen, que no hace mucho
iban detras de sus amos!

ROSELIA.

Todo va en tener fortuna.

MAURICIO.

Si supieras que mal rato
me ha dado la hambre.

ROSELIA.

¿Cómo?

MAURICIO.

Yo no como, ese es el caso.

ROSELIA.

Pues hijo mio, paciencia,
á fé que cuando tu amo
se case con mi Señora,
desquitarán lo atrasado
tus tripas.

MAURICIO.

Ya vá ¿casarse?
¿pues qué mi Señor es fátuo?

ROSELIA.

Ola, ola, ¿y eres tú
tambien opuesto al estado
conyugal?

MAURICIO.

No, no hija mia,
cosa de yugos no aguanto.

ROSELIA.

¿ Pues en donde lo hay mejor ?

MAURICIO.

Yo, si la verdad te hablo,
y es verdad acreditada,
veo que en ningun estado
hay tantos arrepentidos;
y asi, hija mia, sigamos
cada cual nuestro sistema.
Tú ¿á que has de aspirar al cabo
si no á eso ?

ROSELIA.

Ciertamente.
¡ Pobres mugeres ! ¡ que chasco
nos llevabamos, si todos
pensasen asi !

MAURICIO.

Me marcho
á ver si encuentro al Baron.

ROSELIA.

Pues él del Fuerte bajando
viene.

El Baron viene bajando del Castillo.

MAURICIO.

En efecto, es verdad.
Á salirle voy al paso. (*Vase.*

ROSELIA.

Y yo con grande presteza
á la Alquería del llano. (*Vase.*

El Baron y Mauricio se encuentran.

BARON.

¿Donde has andado, Mauricio?

MAURICIO.

Detra de vos hecho un gamo,
corriendo de aqui á Berlin,
y de Berlin á Spandau,

para daros esta carta.

BARON.

¿Y de quien es?

MAURICIO.

De Eduardo
mi Señor.

BARON.

Está muy bien. (*Se la guarda.*
Ahora es fuerza no perdamos
el tiempo. Sabe, Mauricio,
que quiero darte un encargo
interesante en extremo,
y que tú has de egecutarlo
con la mayor eficacia.

MAURICIO.

Muy bien sabeis cuanto gasto
en todas mis cosas.

BARON.

Sí,
mas en esta que tratamos

es menester ademas
grande sigilo.

MAURICIO.

Ya caigo.

Acordaos y con que esmero
os he servido seis años,
cuatro meses y tres dias.

BARON.

Tienes razon, mas al caso.
Quiero pues que á prima noche,
que es cuando cena tu amo,
le lleves esta bebida, (*Saca un frasquillo.*
de ella le ofrescas un vaso
en vez del vino que bebe.
Mira, Mauricio, que exacto
es su color al de aquel.

MAURICIO.

En efecto.

BARON.

Con cuidado
observale atentamente

despues, porque á poco rato
ha de causarle su efecto
y es fuerza que de contado
me avises, para lo cual
esta noche en Spandau
he de quedarme de oculto,
aunque ahora finja me marcho
al Gobernador; y luego
de lo demas que he pensado
te daré parte.

MAURICIO.

Señor. . . .
yo temo. . . . (*como dudoso.*

BARON.

Todo es en vano,
al sargento de la guardia
lo tengo ya preparado,
para que al salir nos deje,
si consigo lo que trato,
de la puerta del Castillo

el paso libre. Ahora parto
á buscar á Filisberto,
y á decirle que me marcho
para Berlin.

MAURICIO.

Y yo al Fuerte. (*Vase.*

BARON.

Estame luego esperando.

Sale Filisberto y el Ayudante,

FILISBERTO

¡Baron!

BARON.

En este momento
iba, Señor, á buscaros.

FILISBERTO.

¿Y para que?

BARON.

Á despedirme,
pues luego á Berlin me parto,
para lo cual en el bosque

me espera ya mi caballo,

FILISBERTO.

Felicidades, Baron,
y haced, pues, porque tengamos
mañana el gusto de veros.

BARON.

Si es que no estoy empleado
lo haré.

FILISBERTO.

Ya, eso es otra cosa,
si hay obligacion me callo,
antes es ella que todo.

BARON.

Señores, con Dios quedaos. (*Vase.*

FILISBERTO.

Id con Dios. Mas, Sermendorf,
¿que asi hubieseis olvidado
dar aquestos memoriales
á su Magestad?

AYUDANTE.

¡Es chasco!
pero cuantos me dá de estos
mi perra memoria?

FILISBERTO.

Exacto
mucho mas debeis de ser,
Sermendorf, en mis encargos.

AYUDANTE.

Teneis razon, lo merezco,
¡esta chola de los diablos!

FILISBERTO.

¿No veis que esos infelices,
que yacen aprisionados,
sus súplicas nos confian
para que las dirijamos
cuanto antes al Monarca?

AYUDANTE.

Si digo que soy un fatuo,
un tronera.... un.... que sé yo.

¿Quereis que tome un caballo
y al momento busque al Rey
y se las entregue?

FILISBERTO.

¡Bravo!
¿Y quien queriais que entónces
se quedase en Spandau
cumpliendo con vuestro empleo?
Vaya responded.

AYUDANTE.

Ya caigo.

A este tiempo se va cubriendo el Cielo de nuves. Por el orizonte centellean algunos relámpagos, y el Sol se aproxima al Ocaso.

FILISBERTO.

Mas, ola, ¿que es lo que veo?
el Cielo se va entoldando
de nubes.

AYUDANTE.

Deciis muy bien,
y por el norte ha cerrado.

FILISBERTO.

¿Os quedais? Yo me dirijo
á la Alqueria del llano
donde Matilde me espera,
para que juntos volvamos
hácia el Fuerte.

AYUDANTE.

Ola, Matilde? . . . (*ap.*
Para tener el buen rato
de acopañarla, ya es fuerza
el ir con este pelmazo.

FILISBERTO.

¿Resolveis venir ó no?

AYUDANTE.

Pues no he de ir, vamos, vamos.
Mas ella y Roselia vienen.

Sale Matilde y Roselia.

Por vida. . . este menos rato. (*ap.*
las acompaño.

FILISBERTO.

Hija mia,
en busca tuya. . .

MATILDE.

Notando
que el Cielo de espesas nubes
se iba cubriendo, mis pasos
dirijia hácia el Castillo.

ROSELIA.

Pues ya á llover á empezado.

Empieza á llover.

AYUDANTE.

Al amor de las mugeres
los dias de invierno comparo.

ROSELIA.

¿Pues en que se le parecen?

AYUDANTE.

En lo mudable y lo falso.

Ellos amanecer suelen
alegres y despejados,
que es semejante á aquel tiempo
en que ellas finjen alhagos;
mas despues en un instante,
cuando ménos lo esperamos,
se nubla, truena, diluvia,
perfectísimo retrato
de aquella infidelidad,
propia de este sexo vario,
con que de un momento á otro,
su frágil amor trocando,
nos hacen sufrir desdenes,
zelos, perfidias y engaños.

ROSELIA.

Pues en esa escuela, son
los hombres nuestros dechados.

MATILDE.

Ved que la lluvia se aumenta.

FILISBERTO.

En efecto bien cargados
están todos los celajes.

ROSELIA.

Si no apretamos el paso
mas lo hemos de estar nosotros
de agua.

FILISBERTO.

El pobre del Baron,
¡que tal llegará empapado
á Berlin!

MATILDE.

Pues que ¿aquí estuvo?

FILISBERTO.

Sí, ahora mismo ha marchado.

MATILDE.

Siento se fuese sin verlo, (*ap.*
por saber el resultado
de aquel proyecto.

FILISBERTO.

Marchemos
á acojernos á Spandau.

Filisberto dá el brazo á Matilde y el Ayudante á Roselia.

ROSELIA.

¡Ved, Señor, y que pareja!
risa me dá de mirarlos.

AYUDANTE.

Es verdad, un frio Enero
con quince abriles de Mayo. *(Vanse.*

Sale el Conde despavorido.

CONDE.

¡Oh Dios! ¡que desgracia! Ahora
se me desbocó el caballo,
á un relámpago improviso,
en ese bosque cercano,
y arrojandome en el suelo

desparecció como un rayo
de mi vista. ¡Que de horrores!
¡que asombro finje mi espanto!

Ahora cierra la noche, y se aumentan con violencia la lluvia, los truenos y relámpagos.

Los truenos, la noche, el agua,
la soledad de estos campos,
mil prestigios, todo, todo
me está á un tiempo consternando.
Mas ¿qué es esto? ¿de mi pecho
se apodera el sobresalto?
¿Qué es de mi valor.... mi furia....
mi arrogancia?.... ¿Yo me abato?
¡Eh! no es posible. Al Castillo
luego al momento me parto
para guarecerme en él,
ya que pretender fué envano
alcanzar al Rey. Parece
que se desploma á pedazos

7

el firmamento, segun
va su furia acrecentando
la tempestad horrorosa,
pues sus violentos estragos
arrojan á un mismo tiempo
lluvia, relámpago y rayos. *(Vase.*

ACTO IV.

El mismo Salon en que se abrió la Escena. Sale Filisberto, el Ayudante, Matilde, y Roselia.

FILISBERTO.

Con grande cuidado estoy
Sermendorf, pues que ya es tarde
y aun no ha parecido el Rey.

AYUDANTE.

Tendria tal vez que albergarse
en alguna de esas Quintas,
en tan desecho contraste
de lluvia y obscuridad.

ROSELIA.

Mal le ha salido este lance,
pues en vez de cazar fieras,
tropezó con tempestades.

AYUDANTE.

Ahora poco volvió el Conde,
que sin duda iba á alcanzarle,
mas fué en vano.

FILISBERTO.

No podria
por la tempestad tan grande.

AYUDANTE.

Y ademas por que el caballo
quiso el gran chasco pegarle
de echarlo por esos suelos.
Si vierais con que buen ayre
venia.

ROSELIA.

Sin duda alguna
fuera muy chistoso lance
el ver cual iria rodando
toda una excelencia.

MATILDE.

Padre

para que del Rey sepamos,
haced que luego á buscarle
salgan, por estos contornos.

FILISBERTO.

Pienso seguir tu dictamen.
Venid Sermendorf. Y tú *(A Roselia.*
dispon la estancia al instante,
en que ha de morar el Rey
si es que regresa.

AYUDANTE.

Es en valde.

FILISBERTO.

¿Porque razon?

AYUDANTE.

Porque el Rey
si acaso llegó á hospedarse
en alguna de esas Quintas,
no es dable quiera arriesgarse,
por mudar de habitacion
á que el chubasco le empape.

FILISBERTO.

Vamos á ver sin embargo. *(Vase.*

AYUDANTE.

Vamos á cualquiera parte,
porque en todas me hallo igual,
esto es, alegre.

ROSELIA.

Me place.

AYUDANTE.

Siempre gasto buen humor,
ya que otra cosa no gaste. *(Vase.*

MATILDE.

Vé tu á egecutar, Roselia,
lo que te ordenó mi padre,
por si vuelve aquesta noche
su Magestad.

ROSELIA.

Que Dios guarde. *(Con soflama.*
Voy al punto á obedeceros. *(Vase.*

MATILDE.

Ea corazon, no desmayes,
y pues la ocasion te brinda,
pongamos luego al instante
en egecucion la empresa.

Se asoma á observar á la puerta del foro.

En silencio todo yace,
pues abramos la prision.

Abre con sosobra la puerta de la prision de Eduardo, llamándolo con voz recatada.

MATILDE.

¿Eduardo? ¿Eduardo?

Sale Eduardo.

EDUARDO.

¡Amable
Matilde mia! ¿que es esto?
¿Tú en estos tristes umbrales
á estas horas?

MATILDE.

Sí, bien mio,
tu Matilde por librarte
del riesgo en que estás, asi
ha querido aventurarse.

EDUARDO.

¡Oh que gozo! ?y porque medio
has ideado salvarme?

MATILDE.

Entre todos es la fuga
el que veo mas adaptable.

Eduardo se sorprende.

EDUARDO.

¿Que dices? ¡la fuga! ¡ah! no,
vuelve, Matilde, á ausentarte.

MATILDE.

¡Ingrato! ¿y asi desprecias
de un amor el mas constante
la fineza?

EDUARDO.

No es que quiera
pagar tan mal tus lealtades,
no es eso, amor mio, no,
sentimientos mas leales
que los que mi pecho anima,
te aseguro que no caben
en un alma apasionada,
mas si ese arbitrio aceptase,
faltando á lo que á mí debo,
me hiciera entónces culpable
á la faz del universo.
En peligro semejante,
¿qué dirian de un Militar,
si por el temor cobarde
de la muerte, atropellára
los fueros siempre inviolables
del honor, anteponiendo
una vida abominable,
á una muerte generosa?

Antes fuí honrado que amante,
y asi, mi bien, no pretendas
que por seguir tu dictámen,
el claro sol de mi fama,
con tan negro borron manche.
Esto te ruego, Matilde.
Además tu triste padre
arruinado quedaria
con mi fuga, y no, no cabe
en mi pecho tal bajeza.
¿ Era justo asi pagarle
las mercedes que le debo ?
Tú, tu misma en este lance
tal accion motejarias,
y debieras denigrarme
con razon, dándome entónces
el título abominable
de ingrato y desconocido.

MATILDE.

Cuanto alegas es muy frágil,

antes que todo es tu vida.
Adorado dueño, sabe....
¡Oh Dios! ¿y osaré decirlo?
el débil labio cobarde,
á pronunciarlo no acierta,
que de tu fin lamentable
está ya prescripto el fallo.

EDUARDO.

¡Gran Dios!

MATILDE.

Procura salvarte.

EDUARDO.

Nada temo, cuando sé
que hasta los frios umbrales
del sepulcro, he conservado
la virtud. ¡Oh detestable
criminal! ¡infame autor
de este vil delito! en valde
en valde ocultas tu nombre,
si lo ignora el hombre fragil,
hay un Dios.

MATILDE.

Eduardo mio,
dejame el lauro envidiable
de haber salvado tu vida.
Cuando la mitad acabe
de su carrera la noche,
me será entónces mas fácil
romper tus duras cadenas.
Yo volveré, tierno amante,
á franquear tu prision,
y por la puerta que cae
á las espaldas del fuerte,
de quien tengo yo la llave,
podrás huir, pues en ella
prevenidos á esperarte
están dos caballos. Sí,
tú y Mauricio, al mas distante
clima, corred á ocultaros,
pues si en los dos riesgos grandes
de ausencia ó muerte, es forzoso

que uno elija, por salvarte
yo me condeno gustosa
de ausencia al amargo trance.
Y si en ella ¡que tormento!
olvidando mi constante
afecto, otro amor ocupa
ese corazon mudable,
yo siempre amorosa y fina,
idolatrando tu imágen,
te adoraré hasta el sepulcro,
por que sepan las edades
futuras, que cuando aquel
sexo, que llaman mudable,
llega á querer con firmeza,
es emblema de lealtades.

EDUARDO.

¡Ah bella! tan grandes rasgos
de amor, no podrán borrarse
de mi corazon jamas.

MATILDE.

Pues en prueba cuanto ántes
aléjate de este sitio.

EDUARDO.

Yo no resuelvo fugarme.

MATILDE.

Morirás.

EDUARDO.

La muerte ha tiempo
que con valor arrogante,
he aprendido á despreciarla
allá en los campos de Marte

MATILDE.

Si no aceptas este arbitrio,
¿hay un otro en que fundarse
tu confianza?

EDUARDO.

En el cielo,
pues él mi inocencia sabe.

Saca Matilde el pañuelo y se enjuga

las lágrimas que pretende ocultar.
Mas que, mi Matilde, ¿lloras?

MATILDE.

¿Y como me fuera dable
á vista de tu fiereza
reprimir ¡ay! los raudales
que brotan mis tristes ojos?

EDUARDO.

¡Deliciosa lluvia! ¡amable
efusion de un alma tierna!
¡que bien sabe cuanto vales
la muger! pero no aspires
á doblegar mi constante
pecho.

MATILDE.

¿Que resuelves, pues?

EDUARDO.

Morir. *(Con resolucion.*

MATILDE.

Que, ¿no son bastantes

mis ruegos, amor ni llanto?

A este tiempo insensiblemente se ha puesto Matilde en la puerta de la prision, y con la mayor ligereza cierra, quita la llave, y la arroja por la ventana, que cae al campo. Eduardo se precipita á impedir la accion, mas en vano; todo esto será obra de un momento.

pues este arrojo te salve.

EDUARDO.

¿Que haces muger? me has perdido.

MATILDE.

Elige, obstinado amante,
entre la fuga ó la muerte.

EDUARDO.

Pasos siento hácia esta parte
¿qué he de hacer?

Eduardo indeciso corre de un lado á otro, sin saber donde ocultarse.

MATILDE.

Aqui te oculta.

Se esconde y sale el Baron.

BARON.

¡Oh! si á Matilde encontrase
para decirla. . . .

MATILDE.

¿Baron?

BARON.

¿Qué es esto, Matilde amable?

MATILDE.

Sal al instante, Eduardo

Lo saca de la mano.

BARON.

Corre á mis brazos leales,
querido amigo.

EDUARDO.

¡Ah Baron!

Se abrazan con la mayor expresion.

BARON.

Mas comprender no me es dable
como aqui te veo libre.

MATILDE.

Sabiendo por vos que á instantes
la muerte le amenazaba,
quise esta noche arriesgarme
á darle vida en la fuga,
mas despreció mis amantes
ruegos.

BARON.

¡Oh muger sublime!

EDUARDO.

Baron, despues explicarte
podré el suceso. Ahora es fuerza
evitar el riesgo grande
que me cerca.

MATILDE.

Hay un arbitrio.

EDUARDO.

¿Cual es?

MATILDE.

La fuga, aceptarle
debes.

BARON.

Mas decidme ¿cómo
quereis que este Fuerte salve?

MATILDE.

Por un postigo de quien
tengo en mi poder la llave,
en dos caballos que esperan
él y Mauricio alejarse
podrán luego.

BARON.

Pues ya inútil..... (*ap.*
es mi proyecto, alentarle
quiero, á que siga esta idea.
¿Y puedes asi negarte
á abrazar, Eduardo amigo,
un medio tan adaptable?
Ea, resuelvete á huir.

EDUARDO.

¿Tú, Baron, á aconsejarme
te atreves de esa manera
una infamia?

BARON.

¡Cómo! ¿ántes
dí, no es la vida?

EDUARDO.

No, al que
la pospone á deshonrarse.

BARON.

Yo mismo iré en tu compaña
á los climas mas distantes
seguiré á un amigo amado,
que en la adversa y favorable
suerte, debe el que lo es fino
acreditar sus lealtades.

EDUARDO.

Todo es inútil.

MATILDE.

Señores

escondeos en esta parte,
pues gente hácia aquí se acerca.

BARON.

Evitemos algun lance.

Se ocultan y sale el Conde.

CONDE.

¡Oh Matilde! ¡cuán dichosa
es mi suerte en este instante,
pues en él feliz disfruto
los influjos celestiales
de vuestros hermosos ojos.

MATILDE.

Señor Conde, ¿aun intentais
seguir en vuestro sistema,
haciendo inútil alarde
de un amor que solo puedo
agradecer, no pagarle?

CONDE.

¿Y cual puede ser, Matilde,
el motivo que á ello baste?

¡Ah! ¿no os adora mi pecho?
¿no os he consagrado amante
mis tiernos afectos?

EDUARDO.

¡Qué oigo!
¿Este género de males
me restaba que sufrir?
¿Á Matilde declararle
amor el Conde? Yo salgo.

BARON.

Tente, Eduardo, ¿qué haces?
¿no ves que ella lo desprecia?

CONDE.

Si acaso no son bastantes,
para que creais mi amor,
estos conceptos que nacen
de un corazon firme y tierno,
yo os ofrezco en este instante
daros la mano de esposo,
pidiéndoos fiel vasallaje

en las aras de Himeneo;
porque asi, mi bien, podais
conocer de mi pasion
la firmeza incontrastable.

MATILDE.

Yo os lo estimo, Señor Conde,
mas ese amor dedicarle
á otra belleza, que á muchas
fuera ventura embidiable,
atendiendo á quien vos sois,
el teneros por amante.

CONDE.

Temple, dueño mio, siquiera
este fuego que en mi arde
la nieve de aquesa mano.

El Conde va á cojer la mano á Matilde y esta la retira con enojo, quiere salir Eduardo y el Baron lo detiene, al mismo tiempo suenan pasos dentro.

MATILDE.

Tened ese arrojo infame.

EDUARDO.

Déjame salir, Baron,
ya el sufrimiento es cobarde.

BARON.

! Oh Dios, que terrible apuro!
Advierte, imprudente amante,
tu peligro.

MATILDE.

¿ Y de esta suerte,
atrevido Conde, osais? . . .

CONDE.

¡ Ah! perdonad.

MATILDE.

No sois digno
si no de desprecio.

CONDE.

El grande
afecto que . . . .

MATILDE.

Mas el Rey,
reportaos en el instante
ó sino por vida mia
haré que os pese este lance.

Sale el Rey y acompañamiento, Filisberto, y el Ayudante.

FILISBERTO.

En hora feliz, Señor
tengamos todos la dicha
de veros volver con bien.

REY.

De mi amor agradecida
es tu lealtad. Mas, Matilde,
con razon la bien venida
pueden darme, pues merezco
como en puerto de mas dicha,
despues de una tempestad,
gozar aqui las benignas
y agradables influencias

de vuestro cielo.

MATILDE.

Sumisa ..
á vuestros pies, me confieso

Se postra y el Rey la levanta de la mano.

de tanto favor indigna.

REY.

Alzad del suelo. Mas Conde
¿como asi mi compañía
abandonaste?

CONDE.

Señor,
la tempestad imprevista
y de las nocturnas sombras
la obscuridad denegrida,
me impidieron que os hallase,
perdiendome en la vecina
selva.

REY.

Pues yo en una de esas
inmediatas Alquerias
me hospedé hasta que calmó
la tempestad.

CONDE.

Grande dicha. . . . (*ap.*
fué salir bien de este apuro.

FILISBERTO.

Si vuestra Alteza benigna
quiere piadoso aceptar
estas súplicas sumisas
que os dirigen varios presos. . . .

Se arrodilla y entrega al Rey unos memoriales.

REY.

Siempre de un Rey atendida
debe ser la humilde voz
del vasallo, si es que aspira
á llenar el alto puesto

á que el Cielo le destina.

FILISBERTO.

Esa piedad generosa,
de vuestra clemencia hija,
de justo y benigno Rey
es la que os caracteriza,
y asi confiado en ella,
hoy una gracia os suplica
mi humildad.

REY.

Yo te la ofrezco
si puede hacerse en justicia.
Dímela pues.

FILISBERTO.

Mis deseos. . . . . (*ap.*
quiera el Cielo que consiga.

REY.

?Qué te suspende?

FILISBERTO.

Señor.

por un infeliz pedia,
que es digno de vuestro amor.

REY.

Si mis mercedes propicias
merece, mucho sintiera
que fuese infeliz.

FILISBERTO.

Su vida
es, Señor, lo que pretendo.

REY.

Pero antes me confia
su nombre.

FILISBERTO.

Es, pues, Eduardo.

REY.

Mucho en verdad me lastima,
generoso Filisberto,
de ese jóven la desdicha,
mas en un Rey ha de hallarse
tan recta y fiel la justicia,

que á pesar de los afectos
que la compasion excita,
debe castigar al reo.

FILISBERTO.

¡Ah Señor! cuando en él brillan
méritos, valor, nobleza,
y otras cualidades dignas,
merece alguna piedad.

REY.

El Juez que á cumplir aspira
con los sagrados deberes
que le impone la justicia,
ha de imitar á la ley
que siempre imparcial castiga
el crimen donde le encuentra,
siendo inútil que me pidas
lo que conceder no puedo

CONDE.

¡Cuanto agrada al alma mia. . (*ap.*
la severidad del Rey!

MATILDE.

¡Y que esto escucheis desdichas. . (ap.

FILISBERTO.

¡Oh cuanto siente mi pecho. . (ap.
no poder salvar su vida!
Cuando guste vuestra Alteza
ya la cena prevenida
e espera.

REY.

Pues vamos luego.
Conde me harás compañia.

CONDE.

Os obedezco. (*Vanse.*

FILISBERTO.

Matilde
ven, pues es justo que asistas
á su Magestad.

MATILDE.

Ya os sigo.
Volveré al punto pues insta. . (ap.

sacar del riesgo á Eduardo. (*Vanse.*

Sale Eduardo y el Baron.

BARON.

Forzoso es que aqui se elija
algun medio, nuestro riesgo
á cada instante se aviva,
y á ser descubiertos vamos,
por lo cual ya nos obliga
á tomar alguna osada
resolucion..... Yo queria.....

Queda por un momento pensativo, y luego dice.

pero es mejor esta idea.
Del Fuerte me es conocida
mucha parte, y asi pienso
que bajemos con gran prisa
por una oculta escalera
que aqui tenemos vecina
á ampararnos del jardin.

EDUARDO.

¿Y si por nuestra desdicha
nos ven? ¡Oh Dios! ¡que conflicto!
¡cuanto mi pecho vacila!
Ademas ¿como pretendes
que de aqui me aparte, á vista
de cuanto he escuchado al Conde?

BARON.

Primero, amigo, es tu vida,
sigueme ahora y despues
deja á suerte mas propicia
el cuidar de tu destino.

Sale Mauricio con el frasquillo en la mano.

MAURICIO.

¿Qué he de hacer de esta bebida
pues no hallo al Baron?... mas, ola,

Repara en el Baron, y despues en Eduardo, sorprendiéndose de ver á este libre.

aqui lo encuentro. O mi vista
se engaña ó este es mi amo.
El es, no hay duda, ¡que dicha!
ya está libre.

BARON.

Quien. . . . ¡Mauricio!

Vuelve el Baron y ve á Mauricio.

MAURICIO.

¡Oh Señor! esta bebida. . . .

BARON.

Arrojala.

MAURICIO.

Mas mi amo. . .

BARON.

Calla pues. Marchate aprisa
y dí en sigilo á Matilde
que á buscarnos se dirija
al jardin, junto á la fuente
de Vénus.

MAURICIO.

Mas yo queria
saber como. . . . .

BARON.

Marcha luego.

MAURICIO.

Pero mi amo. . . .

BARON.

Camina.

EDUARDO.

Si, fiel Mauricio, haz al punto
cuanto se encarga á tu activa
diligencia, di á Matilde
que á la fuente consabida,
donde los dos la esperamos
sin dilacion se dirija.

BARON.

Ea vamos, sigue mis pasos.

EDUARDO.

La suerte nos sea propicia. (*Vanse.*

Mauricio pensativo.

MAURICIO.

Yo no entiendo este misterio,
¡mi amo libre!.... esta bebida...
á fé que el tiempo es quien puede
declarar estos enigmas.

ACTO V.

Vista de un hermoso jardin adornado de varias estátuas y fuentes. En medio de él habrá una magnifica, coronada con la Diosa Vénus. El Baron y Eduardo se dejan ver ocultos detras de ella, pero sin desviarse de aquel puesto.

BARON.

Este, Eduardo, es el puesto
que á Matilde le dijimos,
y pues que ya en él nos vemos
puedes respirar tranquilo.

EDUARDO.

¡Tranquilo! ¡ah Baron! jamas
gozará ese bien tu amigo.
En la situacion adversa
en que por mi mal me miro,

¿á donde me será dado
hallar un seguro asilo?
¿Á donde? ¡oh constitucion
infeliz, de mi destino!

BARON.

¿Y porqué con tal premura
presagiarte los peligros?
Alienta, Eduardo, y creé
que á tu lado el duro filo
de la muerte despreciando,
sabré fiel, leal y fino
sacarte de todo empeño.

EDUARDO.

¡Oh el mejor de los amigos!
ha tiempo que de los hados
el rigor duro é impropicio
vaticinandome está
los mas infaustos prestigios.
¡Oh tú plácida esperanza
de los mortales auxilio,

ven á consolar mi pecho,
dame siquiera un arbitrio
que pueda con eficacia
salvarme de este conflicto!

BARON.

Es fuerza dar tiempo al tiempo,
él suele trocar propicio
en feliz la adversa suerte.

EDUARDO.

Si no me miente el oido
pasos siento.

El Conde de Welfein va entrando en el jardin y aproximandose al sitio donde se ocultan sus criados,

CONDE.

Si las sombras que me cercan
no mienten, este es el sitio
en que esperan mis criados.
Al Rey dejó entretenido,
y viendo eran ya las once,

hora que antes convenimos;
vengo á efectuar mi intento.
Tres palmadas les he dicho
que era la seña; darelas.

Dá tres palmadas y salen Mervil y Breslow de entre unas ramas.

MERVIL.

¿Señor? (*Con voz baja.*

CONDE.

¿Es Mervil?

MERVIL.

El mismo.

EDUARDO.

¿No has escuchado, Baron?

BARON.

Seña es la que hemos oido.

EDUARDO.

Estemos, pues, con cuidado
supuesto que no ha venido
Matilde.

CONDE.

Seguid mis pasos
al momento; con sigilo,
pues que quiero colocaros
en mas conveniente sitio
para lograr mis proyectos.

MERVIL.

Ya obedientes te seguimos.

Se dirijen hácia la puerta del jardin, por la que al mismo tiempo vá saliendo Matilde, que viendo aquellos bultos, creida en que son el Baron y Eduardo, se encamina hácia ellos.

EDUARDO.

Baron si no me equivoco
varios bultos apercivo,

BARON.

Observemos.

MATILDE.

Al jardin

avisada por Mauricio
vengo. . . . mas allí los veo,
ellos serán, determino
acercarme, ¿ mi Eduardo?

Matilde se aproxima al Conde.

CONDE.

Su voz.... es ella.... Mas ¿dijo
Eduardo? ¿como es dable?
¿puede él hallarse en tal sitio
libre? ¡Ah! tal vez ella.... Sí,
por eso me es tan esquivo
su amor. ¡Ah infiel!

MATILDE.

¿No respondes?

CONDE.

De aquesta suerte, ola, amigos,
esta es Matilde, al momento
conducidla donde he dicho.

Los dos criados asen á Matilde, y á este tiempo se le cae á Breslow la

ospada. Matilde dá una voz y salen Eduardo y el Baron, este tira de la espada y acomete al Conde que desembayna la suya. En esto Eduardo tropieza con la de Breslow, se arma con ella y carga sobre los que sujetan á Matilde.

MATILDE.

Valedme, sagrados Cielos.

EDUARDO.

¡Ah Baron! esta que he oido
es la voz de mi Matilde.

BARON.

Pues corramos á su auxilio.

CONDE.

Ea egecutad mi órden.

BARON.

Aun hay quien pueda impedirlo.

CONDE.

¿Que es lo que veo? mi esfuerzo

sáqueme de este conflicto.

Riñe con el Baron, y Eduardo con los criados.

MATILDE.

¿Eduardo?

EDUARDO.

Mi Matilde

ya por tí la espada esgrimo,

nada temas, y vosotros,

infames desconocidos,

pagareis con vuestras vidas

el horror de este delito.

BRESLOW.

Muerto soy. . . . (*Cae.*

Matilde se desase de Mervil y se acerca al Conde, equivocándolo con Eduardo.

MERVIL.

La fuga sea

quien de tan grave conflicto

me saque. . . . (*Vase apresurado.*

MATILDE.

¿Eduardo amado?

CONDE.

Aqui fingir es preciso. . (*ap.*
supuesto que esta es Matilde.
¿Que quieres, mi bien?

BARON.

Indigno
¿donde te ocultas?

El Baron y Eduardo andan esgrimiendo al ayre sus aceros.

MATILDE.

Que al punto
vengas tras mí, y escondido
estés en mi cuarto.

CONDE.

¡Bravo! . . . (*ap.*
ya veloz tus pasos sigo.

Matilde conduce del brazo al Conde fuera de la Escena.

EDUARDO.

Cobardes ¿en donde estais?

BARON.

¿En donde estais, fementidos?

Tropiezan las espadas de Eduardo y el Baron, y riñen con gran furia, al mismo tiempo dice dentro Filisberto.

FILISBERTO.

Hácia el jardian son las voces
y á él es fuerza dirijirnos.

Sale el Rey y acompañamiento, Filisberto, Roselia, Mauricio y dos criados con achas. A la luz se reconocen Eduardo y el Baron, cesan de reñir, quedando suspensos al notar la presencia del Rey. Este y Filisberto se admiran igualmente al ver libre á Eduardo.

REY.

¿Que es esto? mas ¡como! ¿tú
Eduardo libre en tal sitio?
¿Tú, Baron, en este puesto?

EDUARDO.

¡Cielos! yo estoyconfundido. (*ap.*
¿Y Matilde? ¿y los perversos?

BARON.

¡Que riñera con mi amigo! (*ap.*

REY.

¿Y quien es este cadáver?
cada paso es un delito.

FILISBERTO.

Criado del Conde parece.

REY.

Mas tú á cuyo cargo fio
la custodia de este Fuerte,
de este importante Castillo,
que tantos reos contiene
en su murado recinto,

¿como á consentir te atreves
tal cúmulo de delitos?
¿asi, pues, de Alcayde fiel
faltastes al cargo digno?
¿Porque razon á Eduardo
libre aqui y con armas miro?
¿y en fin á sus pies un hombre
de herviente sangre teñido?

FILISBERTO.

¡Que confusion! Yo Séñor
en igual duda me miro,
y no menos admirado
que vos, de cuanto aqui he visto.
Mas creed que siempre exacto
en cumplir mis respectivos
deberes, en ningun tiempo
he sido para ello omiso.

REY.

Dime tú Eduardo ¿como
es que aqui libre te miro?

EDUARDO.

En estarlo, gran Señor,
por quien sois Vos os afirmo,
que ni yo ni Filisberto
cometimos un delito.

REY.

Y vos Baron ¿ como asi
de Berlin habeis podido
faltar á la guarnicion ?

FILISBERTO.

¡Él no fué cuando me dijo ! (*ap.*

BARON.

Aunque es manifiesto el crimen,
es muy honrado el motivo.

Dentro Matilde.

MATILDE.

Padre y Señor. . . .

REY.

Mas ¿ que es esto ?
¿ que voces son las que he oido ?

Sale Matilde corriendo.

MATILDE.

Defendedme de un traidor
que.... pero habiendoos ya visto
Rey y Señor, á mi pecho,
vuelve el aliento perdido,
segura ante vos me juzgo,
pues donde se obstenta el brillo
de la Magestad, no pueden
nunca ofender los impios.

REY.

¿Qué decis Madama?

MATILDE.

¡Ay triste!

EDUARDO.

¿Qué habrá á Matilde acaecido? (*ap.*

REY.

Hablad pues, Matilde.

MATILDE.

El Conde....
gran Señor, no oso decirlo,

el Conde traidor, aleve,
bárbaro, infiel y atrevido
quiso atentar á mi honor,
para lo cual escondido
en este jardin.....

Sale el Conde disimulado.

CONDE.

Señor
buscandoos venia á este sitio.....
mas ¿el Baron y Eduardo?.. *(ap.*
ellos me sean propicios,
puesto que aquí los encuentro,
para este engaño que finjo.

REY.

Dime Conde ¿y así tú
la vilantez has tenido
de querer atropellar
de una honesta dama el digno
decoro?

CONDE.

¿Quien? ¿yo? Señor,

¡como veo que han querido
alucinaros! ¡Que falsas,
que falsas son! esto ha sido
por cubrir su propio crímen
echar á otro el delito.
Escuchad cuanto ha pasado.
Dirigiéndome á este sitio
no hace mucho, con Breslaw
y Mervil, dos criados mios,
entre esas espesas murtas
un sordo rumor oimos.
Con intento de indagar
quien causase este ruido,
ácia aquel puesto al momento
paso entre paso nos fuimos.
Mas al instante, Señor,
por el eco dulce y fino
conocí á Matilde, que
entre amorosos deliquios
sus afectos expresaba

á Eduardo, que embebido
la escuchaba, en compañía
del Baron su fiel amigo.
A la verdad, gran Señor,
quedé como un mármol frio
al mirar en libertad
á tal hora, y en tal sitio,
un reo de esta consecuencia.
A un movimiento improviso
que hicimos, los dos se alteran,
y desnudando sus filos
nos acometen; entónces
en defensa nos pusimos,
pero á poco cayó muerto
uno de los que conmigo
venia, sin saber cual.
En esto ya confundidos,
pensando Matilde que era
yo Eduardo, de su fino
amor llevada, me ordena

por salir de aquel conflicto,
la siga á su cuarto, al punto
tras ella veloz camino,
mas luego viendo su error
prorumpió en dar esos gritos
que escuchásteis, caminando
toda asustada á este sitio,
ved aqui cuanto ha pasado,
advirtiendo aun tiempo mismo,
supuesta esta narracion,
en quien se encuentra el delito.

REY.

¿Y tú que dices, Matilde,
á los cargos que has oido?

MATILDE.

Qué de tan vil delacion,
pongo al Cielo por testigo,
me encuentro, Señor, indemne.
Y vos Conde, monstruo indigno

de perfidia, aborto fiero
del mas refinado vicio,
¿con tanto descaro osais,
llevado de un vil designio,
á profanar mi decoro?
¡Ah Señor! si el justo grito
de la inocencia agraviada
por el labio mas impio,
quereis escuchar, oidme.
Ha tiempo, Monarca invicto,
que de Eduardo y Matilde
los corazones unidos,
al amor se consagraron.
Viendo de mi fiel cariño
al dulce adorado objeto,
en el mas fiero peligro,
intenté salvar su vida
por cuantos medios y arbitrios
puede imaginar amor.
Asi esta noche en sigilo

quise darle libertad,
para lo cual prevenidos
dos caballos le esperaban
en ese bosque vecino,
en los cuales juntamente
fugasen él y Mauricio.
Mas Eduardo impulsado
de un indiscreto heroismo,
obstinado se negó
á seguir este partido.
Vino á este tiempo el Baron,
y esconderse fué preciso
por sentir vuestra llegada.
Despues los dos dirigidos
al jardin, en él se ocultan,
pues Eduardo á su antiguo
encierro, ya era imposible
volviese, por que atrevido
mi brazo, cerró sus puertas,
y la llave de improviso

tiró por esa ventana.
A salvarle del peligro
bajé al jardin, donde ya
el Conde con el designio
de robarme, se encontraba.
Véome asida aun tiempo mismo
de dos hombres, dí una voz,
y á ella Eduardo y su amigo
corrieron á mi defensa
y al punto esgrimen sus filos.
Por librar á mi Eduardo
engañada me aproximo
al Conde, él siguió mis pasos,
y en mi cuarto.... ¡que delirio!
quiso hacer á la violencia
agente de su delito.
Al fin me deshize de él
dirigiéndome á este sitio,
donde encontré en vos, Señor,
el mas poderoso asilo.

FILISBERTO.

Cada acaso un nuevo asombro (*ap.*
reproduce en mis sentidos.

BARON.

Muy suspenso advierto ad Rey. . (*ap.*
¿Qué hará pues?

REY.

Baron tú has dicho
no hace mucho que la causa
que á faltar te ha compelido
á tu deber, era honrosa.

BARON.

Y en ello, Señor, me afirmo.

REY.

Pues decláramela al punto.

BARON.

¿Qué mas heróico motivo,
que en tan eminente riesgo,
salvar la vida á un amigo?
Y asi sabed. . . .

Se oye un tiro de fusil á cierta distancia y todos se sorprenden.

REY.

¿Qué he escuchado?
¿á tales horas un tiro?
Id á averiguar la causa. (*Al Ayudante.*

AYUDANTE.

Ya os obedezco sumiso. (*Vase.*

REY.

Prosigue Baron.

BARON.

Sabed,
os decia, que impelido
de la amitad que profeso
á Eduardo, ideé un arbitrio
para salvarlo, cual fué
darle á beber por Mauricio
un narcótico compuesto
de tal forma, que indeciso
dejase el vital aliento



por diez horas, por que visto
y tenido ya por muerto,
fuese luego conducido
al panteon, pues juzgaba
mas fácil desde aquel sitio
poder sacarlo despues,
y vuelto del parasismo
hacer que al punto fugase,
á otro mas feliz destino.

FILISBERTO.

¡Qué sublime heroicidad! (*ap.*

REY.

¡Pocos hay de estos amigos! (*ap.*
¿Y por salvarlo, Baron,
quebrantabas atrevido
los fueros de la justicia,
dejando impunne el delito?

Sale el Ayudante, un Sargento y cuatro Soldados, dos de ellos traen sostenido en sus brazos á Mervil herido.

AYUDANTE.

Yendo á averiguar, Señor,
de aquel impensado tiro
la cáusa, hallé esa patrulla,
que traen á este hombre herido
por un centinela, que
vigilaba en el recinto
de la muralla, el cual viendo
correr á un desconocido
á tales horas, le dió
el quien vive repetido,
mas viendo no respondia
le hizo fuego.

CONDE.

Este que miro. . . . (*ap.*
¿no es Mervil? Aqui sin duda
se descubre mi delito.

AYUDANTE.

Gran Señor estos papeles
tambien traja consigo.

REY.

Veamos.

El Ayudante entrega al Rey una carta, este la abre y lee para sí.

FILÍSBERTO.

¡Qué tropel de dudas
me asaltan aun tiempo mismo!

MERVIL.

¡Ay de mí!

FILISBERTO.

¿Qué contendrá
este enigmático escrito,
que el Rey parece indignado,
y sobre el Conde ahora mismo
echó una fiera mirada?

CONDE.

Temblando estoy. . . . (*ap.*

REY.

Este escrito. . . . (*ap.*
la delacion de Matilde. . . .

la aptitud en que le miro. . . .
¿Qué mas? todo me comprueba
la infamia de su delito.
¿Y quien eres tú infeliz?

MERVIL.

Mervil soy, criado antiguo
del Conde.

REY.

Basta, y ahora
¿podrás negar atrevido
tu crimen?

CONDE.

Señor. . . . .

REY.

¿De quien,
traydor, es aqueste escrito?

El Rey muestra al Conde la Carta, y este procura ocultar su turbacion.

¿De quien esta firma, di?

por dar un público indicio
de tus traiciones, leed
Ayudante.

Le da la carta al Ayudante.

CONDE.

Soy perdido, ... (*ap.*

El Ayudante lee.

» Querido Ribolf, por Mervil mi confidente, te será entregada la jóven Matilde Urley, la que en el momento llegue á tu poder encerrarás en la torre del norte de mi Castillo de Stein, de quien eres Conserge, encargandote con la mayor vigilancia su custodia, y haciendote responsable de este secreto, hasta que á mi llegada á ese Fuerte, te comunique á boca mis ulteriores disposiciones.=Tu Señor.=*El Conde Welfein.* «

FILISBERTO.

¡Oh malvado!. . . . . (*ap.*

EDUARDO.

¡Que no pueda. . . (*ap.*
vengarme aqui de este indigno!

REY.

Y bien ¿que respondes Conde?
acaba

CONDE.

Tan solo digo,
gran Señor, que aunque es verdad
que esa firma y ese escrito
parecen mios, no son.
Sabeis que hay muchos malignos
que falsean firma y letra.

REY.

Y el habérselo cogido
á tu criado, ¿que indica?

CONDE.

Salveme de este conflicto (*ap.*
aunque él padezca. Será
que traidor á mi servicio

y á su buena fé, tal vez
por el oro seducido.....

MERVIL.

¿Qué decis Conde? Señor
en el último peligro
de la vida, en que me hallo,
contemplo que es ya preciso
hacer, por salvar mi alma,
confesion de mis delitos.

CONDE.

¿Qué, que dices? El me pierde. *(ap.*

El Conde le hace señas que calle.

mi ruina proxima miro.

MERVIL.

El momento de la muerte
es de la verdad asilo.
En vano son fingimientos
ya, en vano los artificios;
y asi, Señor poderoso,
sabed que el Conde atrevido
robar intentó á Matilde,

él me entregó aquese escrito
para el conserge de Stein.
Aun resta mas, seducidos
por su astucia Breslow y yo,
alevosamente dimos . . . .
la muerte, al Conde de Erliz,
por cuyo infame homicidio
el capitan Eduardo
ha tiempo que sumergido
yace en un obscuro encierro,
estando de este delito
inocente..... mas..... ¡ay Dios....
yo muero..... ¡Cielos divinos!....
piedad.....

Muere y el Rey hace señas que lo retiren.

CONDE.

¡Que no se abra ahora . . (*ap.*
la tierra, y en sus abismos
me sepulte! . . . .

REY.

Di traidor,
¿y de esa suerte has podido
en tu vil pecho ocultar
tal cúmulo de delitos?
¿Asi, inhumano, la muerte
diste á mi mayor amigo?
¿con que corazon de fiera
por tu causa has consentido
padeciese un inocente?
Y por último, hombre indigno,
¿como te atreviste ¡ah cielos!
á manchar el puro y limpio
honor de una honesta jóven,
fraguando el fiero designio
de arrebatarla cruel
del dulce paterno asilo?
¡Ah! de haberte dispensado
mi amor y amistad propicio,
me averguenzo, monstruo, sí,

me averguenzo de mi mismo.
Mas por los sagrados cielos
que has de ser egemplo digno
de mi severa justicia.

CONDE.

Clemencia, Monarca invicto.

El Conde se arroja temblando á los pies del Rey y este con la mayor indignacion le vuelve las espaldas, permaneciendo asi confundido.

REY.

Ea apartad de mi vista
ese bárbaro asesino.
Filisberto en el momento
al mas lóbrego retiro,
á la prision mas estrecha,
con el resguardo debido,
haz conducir á ese monstruo,
que mañana su castigo
en un patibulo, egemplo

será á los futuros siglos.

CONDE.

Mi Rey piedad.

REY.

De ella nunca
un vil criminal es digno.
Luego egecutad mi órden.

El Conde se levanta, entrega la espada á Filiberto, y este hace señal al Ayudante para que lo conduzca á la prision entre los soldados.

CONDE.

Le dió el Cielo á mis delitos. . (*ap.*
justo pago.

AYUDANTE.

Venid Conde.

CONDE.

Vamos Sermendorf, ya os sigo.
Ved aquí la recompensa. . (*ap.*
que el crímen siempre ha tenido. (*Vanse*

REY.

Y tú, victima inocente
del más infame artificio,
¡oh jóven heróico! que
por un supuesto delito
con acelerados pasos,
caminabas al suplicio,
admira la providencia
del Cielo justo y benigno,
pues que su piedad dispuso,
por este acaso imprevisto,
que ante mí se acreditase
tu inocencia ¡cuanta ha sido
de tu virtud la constancia!
¡de tu pecho el heroismo!
Y á vos, Baron generoso,
modelo de los amigos,
aunque os disimulo el yerro
de haber asi pretendido
darle libertad á un preso,

con rigor os apercibo
no volvais á egecutarlo,
que aunque como hombre de brillo
de vuestra lealtad admire,
como Monarca el castigo
me será forzoso daros,
Tú pideme beneficios,
Eduardo, pide gracias,
que asi como el Cielo hizo
justicia, con esos dos
sanguinarios asesinos,
Breslow y Mervil, pues muriendo
les dió el debido castigo,
igualmente que yo al Conde
en un público suplicio
haré se egecute, quiero,
imitando sus designios,
obrar tambien en justicia,
repartiendo equitativo,
mercedes al virtuoso,

y al delincuente castigo.

EDUARDO.

Gran Señor, la única solo
que á vuestras plantas suplico,
es me concedais piadoso
que merezca amante y fino
la mano de mi Matilde.

REY.

Sea asi como lo has pedido,
y el Cielo os haga felices.

TODOS.

Señor.

Todos se postran.

FILISBERTO.

Ante vos rendidos
mas que Rey padre os llamamos,
pidiendo al Cielo benigno
que por siglos vuestra vida
dilate.

REY.

Levantad, hijos,
á mis brazos. ¡Oh que alegre
vuestro gozo felicito,
pues igual á vuestra dicha
debe ser mi regocijo.
Y haciendo con madurez
de este suceso el debido
examen, hállamos que
aunque por varios caminos,
de Eduardo la inocencia,
del Baron el heroismo,
de Matilde la fineza,
y del Conde los delitos,
dan todo el ser á esta accion,
en la que el Cielo propicio,
repartió igualmente á todos
el premio justo y debido.

FIN.

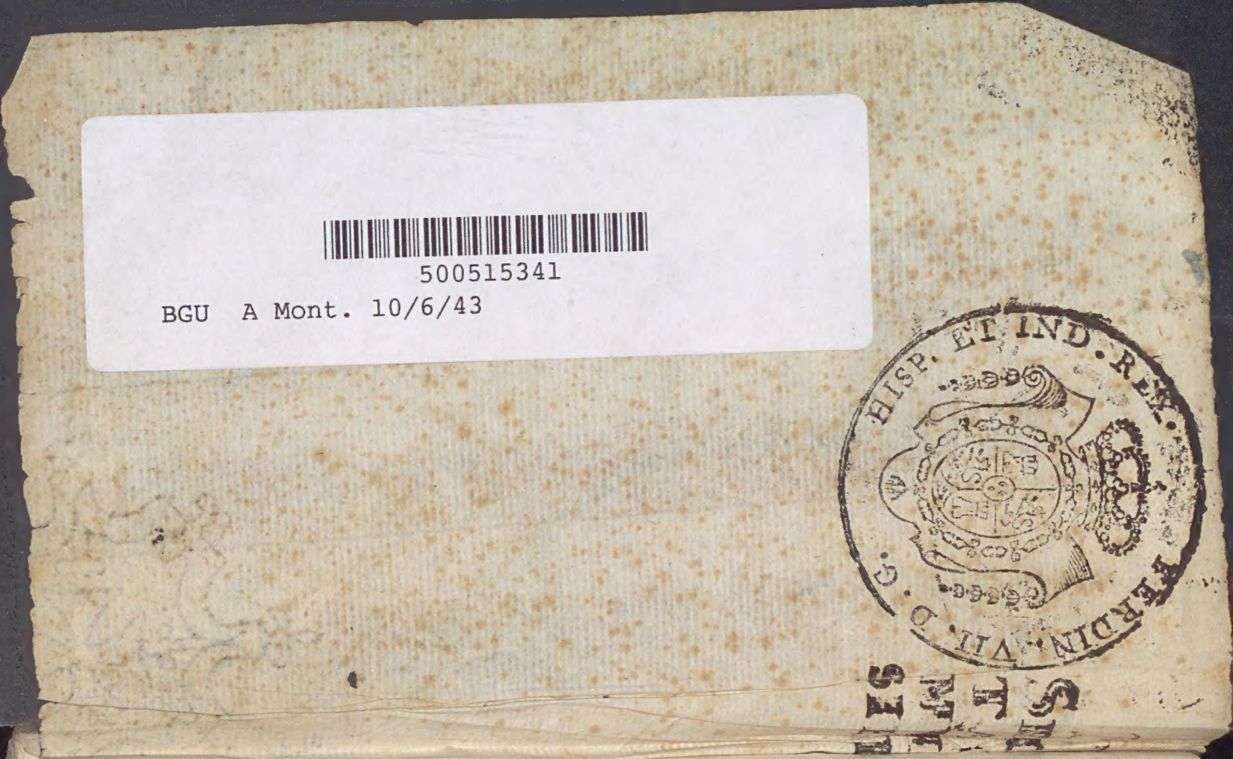
INDICE.

LETRILLAS.

ANACREONTICAS.

ODAS.

ROMANCE.


500515341
BGU A Mont. 10/6/43
FERDIN. VII. D. G. HISP. ET IND. REX.

